



LUIS CARRANZA TORRES

GANADORA DEL PREMIO DE NOVELA LEER Y LEER
MEJOR FICCIÓN DE SUSPENSO

EL JUEGO DE LAS DUDAS

se

Lectulandia

Un hombre llora la muerte de su mujer en la ciudad en la que la conoció. Está en Florencia, rodeado de recuerdos y monumentos, de calles laberínticas sin sentido, de obras de arte y turistas. Ha viajado desde Buenos Aires para tirar las cenizas de su esposa al Arno; ha decidido cumplir con las disposiciones finales que ella le dejó.

Abatido, Simón Heredia regresa al hotel decidido a dormir y marcharse al día siguiente. Entonces la ve: una mujer casi idéntica a su esposa; idéntica a la pareja que él habría querido: igual de bella que la que acaba de despedir, pero más solícita, frágil, compañera. Por un instante, cree que es mentira, que no puede ser cierto, que se trata de una alucinación. Sin embargo, ella es real, se llama Eloisa Manfredi. Y desaparece luego de conocerlo.

Así comienza esta impactante novela de suspenso; así comienza un juego lleno de dudas y de elementos sorprendentes hasta la última página, en el que nada es lo que parece; en el que la trama devela un sinnúmero de espejos y de correspondencias; en el que la acción, en plena guerra fría, se llena de agentes y doble agentes que quieren robar un secreto informático que Heredia posee; en el que Eloisa entra y sale de la vida de Simón para sembrar sospechas acerca de quién es y qué quiere; en el que el amor también puede ser una perversión.

Con una prosa afilada, con un manejo preciso de la intriga, Luis Carranza Torres construye una novela de suspenso perfecta, que mantiene en vilo al lector y que le ha valido el Premio Leer y Leer.

Lectulandia

Luis Carranza Torres

El juego de las dudas

ePub r1.0

Karras 19-03-2019

Título original: *El juego de las dudas*
Luis Carranza Torres, 2016

Editor digital: Karras
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Prólogo
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII
Capítulo IXXX
Capítulo XXX
Capítulo XXXI
Epílogo

Sobre el autor

A Florencia, por el amor y la incondicionalidad de siempre.

PRÓLOGO

Era una mujer de carácter con una especie de fuerza en parte oculta... ¿Cómo diría? No astucia, sino sutileza, algo que trabaja por debajo. Una atracción, una torsión, como un mar de fondo: amenazante.

Virginia Woolf

Simón sabía que sin ella su vida carecía de sentido. La había amado con locura. Sabía que él le brindaba mucho más amor del que recibía, pero nunca le importó. Ahora, sin Francesca, sus días eran desesperanza y desolación.

Ella siempre había tenido esa cualidad de ser una mujer ausente de belleza etérea, tan bella en sus facciones y distinguida en los modos, como gélida en el trato con todos. Él incluido.

No parecía tener una relación afectiva con nadie en particular, excepto con el piano. Lo tocaba durante horas, todos los días. Era el precio de ser una concertista de cierto renombre. Para Simón, el sonido de esos clásicos en la casa implicaba la señal de que su esposa no estaba disponible para él. Había convivido, con desagrado, con esa circunstancia. Ahora que ella no estaba para tocarlos, descubría que los añoraba.

Su muerte lo había sorprendido; nada hacía prever que su vida iba a terminar así, tan de repente. Sucedió en invierno, un año después de que el hombre llegó a la luna. No estuvo mucho tiempo enferma, fue un mal tan extraño en su origen, como rápido en evolucionar. Al tercer día de internada, un médico se acercó para decirle que había fallecido. Un súbito problema cardíaco había concluido en infarto.

Los primeros días luego de que muriera trató de serle tan fiel como lo había sido cuando vivía. Jamás desafió en vida ninguna de sus ocurrencias y caprichos. Francesca había dejado escritas algunas indicaciones sobre su

destino final, siempre le había gustado jugar a imaginar el después de la muerte. La primera de ellas era que debía ser cremada. La segunda que su piano no debía ser tocado jamás por nadie; sí debía ser mantenido en condiciones, afinado, lustrado, limpio. Además, sus cenizas debían ser arrojadas al Arno, en Florencia, la ciudad que la había visto nacer.

Al cumplirse una semana sin ella, Simón había llevado a cabo todos sus deseos, solo le quedaba arrojar las cenizas. No quería deshacerse de ellas, pero era incapaz de incumplir un mandato de Francesca. Contra la opinión de todos, decidió ir solo.

Pensó que con eso todo terminaría en la ciudad donde comenzó, allí donde la conoció y se enamoró de ella. En realidad, estaba por iniciar algo nuevo, la etapa más riesgosa y excitante de su vida, aunque el inmenso dolor que cargaba no lo dejaba verlo.

CAPÍTULO I

Si no fuera por el empeño que ponemos en la negación, la represión y la duda, nuestra vida sería una constante revelación.

Deepak Chopra

Cerró los ojos. Más bien se obligó a hacerlo. No quería descansar, deseaba caer en una inconsciencia que lo redimiera del dolor de la pérdida. Pero aun así no pudo. Todo estaba ahí, dentro de su cabeza. Experimentó esa sensación de soledad que lo tenía a un paso del delirio. Estaba vacío y frágil sin ella.

Luego de un rato de intentarlo, se levantó y buscó las píldoras, harto de su sufrimiento. Tomó dos para asegurarse de poder dormir unas horas. Luego volvió a la cama. Una sensación de somnolencia comenzó a ganarlo, recordó que no había comido nada durante el día y que el médico le había prescrito que tomara solo una. En una situación normal, se habría preocupado por eso. En su presente estado, nada suyo le importaba. Soñó con ella al dormirse esa noche.

Necesitaba descansar. Había llegado en la mañana a Fiumicino y en la estación Termini tomó el primer tren que salía a Florencia. Sobre el mediodía, ya estaba en la estación de Santa María Novella. Conseguir un sacerdote que estuviera cuando tirase las cenizas le había tomado gran parte de la tarde, por lo que prefirió pasar la noche allí en vez de volver a Roma. Se registró en el primer hotel que se atravesó en su camino y fue directo a la habitación, sin cenar. Estaba exhausto. Se había acostado, pero por alguna razón su cuerpo se negaba a relajarse. El dolor por el que atravesaba se negaba a ceder protagonismo.

Había cumplido con el deseo de Francesca al arrojar las cenizas desde el puente de Santa Trinidad. Algunos transeúntes se habían congregado para ver qué hacía. Típico de la Toscana: todos querían pispear algo de la vida del vecino.

En su cama, repasó el hecho una y otra vez. No entendía por qué ella le había pedido eso. En realidad, nunca la entendió demasiado. Solo la había amado con locura.

Diez años antes, él había llegado a esa ciudad con una beca para estudiar en el conservatorio. Para el resto de sus conocidos, era una de sus típicas divagaciones existenciales: él, ingeniero, estudiaba música. No importaba a quién le dijera que la música tenía muchísimos puntos en común con el cálculo de estructuras, nadie lo comprendía.

En la primera clase advirtió de inmediato su presencia. ¿Cómo no hacerlo? Se trataba, por lejos, de la mujer más bella del grupo. Siempre miraba con aire de ausencia sin entrar en conversación con otras personas, y muchos de sus pocos compañeros masculinos se le acercaron, pero no él. Se sentía, por alguna razón, intimidado. Cuando ella lo miró en un par de ocasiones, bajó la vista como un adolescente aturdido.

En la segunda clase, mientras borroneaba ideas sobre un sistema de contrapesos, la vio al lado suyo. Al levantar la vista, y antes de que pudiera decirle algo, ella le habló:

—Eso no es música, me parece —le dijo muy seria, como si lo hubiera descubierto mientras cometía un pecado de importancia.

Nunca supo de dónde sacó el valor para responderle.

—No. Pero ha sido Beethoven y su segundo concierto para piano el que me ha dado la idea. Si vemos las cadencias del sonido como fuerzas, esto sería...

—Sí, ahora entiendo —lo cortó—. Es algo lógico. La música, como la matemática, es en realidad filosofía.

Simón nunca lo había pensado de esa forma. Ella le pidió, más bien casi le ordenó, que la invitara a salir luego de clases. A partir de allí, Francesca estuvo a su lado como si fuera algo natural. Nadie entendió por qué lo había elegido, ni siquiera él mismo. Pasaría un tiempo antes de que lo averiguara. Cuando terminó la beca de seis meses, ella se volvió con Simón a Argentina. Un tiempo después, se casaron.

Así era como había comenzado. Ahora, todo formaba parte de un pasado irremediabilmente perdido.

Luego de repasar todos esos recuerdos, consiguió dormirse, pero pronto comenzó a soñarla. En el mundo de lo onírico, Francesca le recriminaba por no morir antes que ella.

No voy a dejarte en paz. No vas a librarte de mí, le decía. Tocaba el piano y le decía eso, una y otra vez.

Fue tonto de su parte buscar refugio en el mundo de los sueños. ¿Por qué iba a tener, dormido, esa paz que le faltaba cuando estaba consciente?

Se despertó y se sentó en la cama, intranquilo y turbado por el sueño, por la intensidad de las vívidas imágenes y su sobrecogedora nitidez. El corazón le latía con fuerza. Se preguntaba por qué la soñaba de ese modo, o si, en vez de ser un sueño, no era una forma que tenía Francesca para comunicarse con él. El sentimiento de pérdida lo enloquecía.

Volvió a intentar dormirse. Lo logró después de un buen rato de dar vueltas en la cama. Y otra vez tuvo ese sueño. Se despertó agitado por segunda vez, pero ya no quiso dormir más. Fue a sentarse en una silla; pasó a ese estado intermedio, entre el sueño y el estar despierto, el tiempo que faltaba para el amanecer.

Cuando percibió que la luz comenzaba a filtrarse por las cortinas de la ventana, se levantó adormilado del asiento. Se pasó las manos por el pelo y tragó saliva; tenía la garganta reseca y con gusto ácido. ¿Se habría excedido con las pastillas la noche anterior? Fue hasta el baño y tomó agua.

No tenía mucho sentido quedarse allí. Tomó una ducha; permaneció bajo el chorro de agua hasta que terminó de espabilarse. El espejo le devolvió el rostro de un hombre todavía joven, casi en sus treinta, sumido en una gran pena. Se peinó hacia atrás el pelo oscuro, sin dejar de ver la tristeza que le brotaba de los ojos marrón claro. Se cortó dos veces al afeitarse. Luego se vistió con un traje gris marino, camisa celeste y corbata negra de seda.

Una vez en el salón desayunador, descartó sentarse en una de las mesas y prefirió quedarse en la barra del bar. Pidió solo un *espresso*, pero el encargado de la barra insistió en que probara uno de los *croissants*: la especialidad del establecimiento. Al principio se negó, pero el hombre ponderaba sus cualidades con tanta efusividad, que terminó por aceptarlo para que se callara.

—*Con Nutella, signore?*

Él negó con la cabeza.

—*Semplice.*

Estaba tan deprimido como de pésimo humor. Estar en Italia no lo ayudaba con el duelo. Cada vez que quería replegarse para rumiar su dolor, aparecía alguien y empezaba a darle conversación como si se conocieran de

toda la vida. Nada de cómo vivían allí lo ayudaba a sentirse acogido; todos parecían disfrutar de la vida, manejaban como dementes pequeñas motos por mínimas callecitas y gritaban en vez de hablar. Eran expresivos y apasionados. El día anterior había visto tres parejas que se besaban en la calle mientras iba a tirar las cenizas de Francesca al Arno.

Terminó el café, no probó el *croissant* y comenzó a fumar. Estaba dolido por ella, no solo por su muerte. Era un imbécil que se había casado con la única italiana que no parecía tal: distante y fría, como una estatua de hielo. Así había sido con él, con todos. Se mintió mil veces al respecto; siempre alimentó la esperanza de que cambiase con el tiempo. Ahora ya no era posible.

La había idealizado en vida, pero se prometió que no iba a hacerlo luego de su muerte. El amor que le tenía lo llevó a disimularle los defectos y perdonarle la permanente distancia. Intentó todo sin lograr nada. Simón le entregó la vida a su esposa, pero ella le había respondido con una compañía distante. Lo suyo no fue un matrimonio real, sino una pantomima. Ella estaba casada con el piano, un regalo suyo del cual nunca se arrepentiría lo suficiente. Francesca le hacía el amor al piano a diario, en tanto que a él, nunca. Solo accedía a que Simón entrara en su cuerpo, sin devolverle casi ninguna de sus caricias, apenas mecánicos movimientos, lo mínimo indispensable para concretar el acto.

Maldita frígida, gélida y caprichosa mujer. Sí, podía maldecirla todo cuanto quisiera, pero eso no quitaba el hecho de que se había casado enamorado de ella y que ahora, muerta, con plena conciencia de todos sus defectos, todavía la amaba.

Sus ojos se humedecieron y comenzó a dolerle la cabeza. Se frotó la frente con nerviosismo; debía controlarse. Había dormido y comido mal y estaba preso de un torbellino de oscuras emociones. Lo último que le faltaba es que le pasara algo y tuviera que quedarse en ese país por más tiempo.

Recorrió con su vista el salón, que no era demasiado amplio. A esa hora, pocas personas desayunaban, todavía era temprano para hacerlo. Una mujer joven, sola en una mesa, le llamó la atención. Estaba de espaldas a él, tenía el pelo oscuro, casi oculto por el abrigo de pieles que llevaba echado por encima de los hombros. No podía verle el rostro, pero le parecía familiar. Cuando ella se levantó para irse, pudo observarla de costado. Se resistió a creer lo que sus ojos le mostraban. Alguien le gastaba una mala broma o había enloquecido.

Procuró calmarse. Puso el número de habitación en la cuenta, salió del bar y recorrió el largo pasillo alfombrado. Todavía le dolía la cabeza. Por un

momento, creyó que la había perdido, pero luego, al llegar a la recepción, vio que la mujer esperaba el ascensor. Procuró aparentar tranquilidad mientras se encaminaba hacia allí. El corazón se le agitaba en el pecho y tenía dificultad para respirar. Estaba conmocionado y lo sabía. Debía controlarse. No le haría nada bien cometer alguna imprudencia.

No puede ser, pensó. Se colocó detrás de ella. Una fragancia conocida le llegó de improviso: un aroma floral, sutilmente amaderado y con un toque de exotismo oriental. Arpège era el nombre de ese perfume, el preferido de Francesca.

Sintió que el sudor le corría por la frente. Sacó del bolsillo un pañuelo y se secó, al tiempo que las puertas del ascensor se abrieron. Entró detrás de ella y pudo verla de cerca. Era alta y delgada y tendría unos veintitantos años, quizás treinta, un rostro de bellas facciones, la frente despejada y una espesa cabellera color canela que le caía en ondas muy por debajo de los hombros. Bajo su tapado de piel abierto, la ropa era ceñida y le dejaba ver las curvas de las caderas y la prominencia de los senos.

La miró con detenimiento, sin poder salir de su sorpresa. Solo estaban ellos dos en el cubículo. Era y no era. Se veía casi idéntica a Francesca. Su misma altura, edad, las mismas formas del cuerpo. El parecido del rostro resultaba inquietante y tenía los ojos grises, igual que ella. Pero vestía de una forma mucho más vanguardista que su esposa y su cabello no era rubio ni cortado a los hombros ni lacio como el de Francesca.

Cerró los ojos por un momento para tratar de entender si eso de verdad sucedía o si se trataba de una broma perversa de su mente. Fue un instante de pánico, de negación y de esperanza. Al abrir de nuevo los ojos, ella y el aroma de su perfume seguían allí. Con lentitud, con desconfianza, Simón volvió a tranquilizarse.

La mujer lo miró con ojos preocupados.

—*Tutto a posto, signore?*

Hablaba con el leve acento de la Toscana. Eso no debería asombrarle, estaba en la Toscana. Lo que sucedía es que Francesca hablaba con idéntica entonación, era como escuchar sus palabras.

—Sí, estoy bien —le respondió en castellano—. Creo.

Mentía. Mantenía una frágil apariencia de calma. Por su expresión, vio que ella lo sabía.

—No lo parece en absoluto —le replicó la mujer.

Ahora le hablaba en castellano. El acento seguía allí; hablaba en el idioma de él de igual forma que Francesca.

Ella sonrió a medias y alzó una ceja. Era evidente que la situación la incomodaba.

—Me mira como si viera a un monstruo, a un fantasma o algo así, ¿no? — le dijo. Al parecer, trataba de averiguar el motivo de su sorpresa.

—En absoluto. Es que me recuerda a alguien.

—No es una frase muy original para abordar a una dama.

Su garganta se había cerrado de repente, le costaba articular palabras. No podía creer lo que sus ojos le mostraban.

—A mi esposa. Usted se parece a ella.

—Vaya, eso sí es algo que sale de lo común. No sé si le ha funcionado antes, pero soy algo chapada a la antigua, no salgo con hombres casados.

La tristeza reemplazó a la sorpresa en el rostro de Simón.

—Yo no estoy casado, lo estaba. Ella murió.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron con un campanilleo apagado. La mujer murmuró que era su piso y salió presurosa. Tenía en el rostro la misma expresión de incredulidad que Simón.

CAPÍTULO II

Habría partido de allí con la velocidad de un rayo, pero ese extraño encuentro amenazó con desbaratarle los planes. Procuró sacarse de la mente, una vez más, esas ideas locas que lo atormentaban. No era ella, no podía serlo, acababa de echar sus restos al río Arno. Fantaseaba con un imposible, y pensar de esa forma solo demostraba lo cerca que estaba de perder el juicio.

Había planeado, una vez arrojadas las cenizas, volver de inmediato a Argentina, pero al entrar a la habitación, pensó si no era mejor esperar un par de días y averiguar quién era la muchacha que había encontrado. Bajó entonces a la recepción. Por suerte, estaba desierta. Le latían las sienes y su corazón estaba acelerado. Se sentía un bobo por lo que iba a hacer; sin embargo, la necesidad era más fuerte que todas las prevenciones juntas. Debía parecer tranquilo, en especial porque no lo estaba. Tras un momento de indecisión tardía, se acercó al empleado del mostrador.

—Su cuenta está lista, *signore* —dijo el empleado al verlo. Era el mismo con quien se había registrado el día anterior.

—¿Cómo dice?

—*Suo scontrino*, su factura. El señor me dijo que se quedaría una sola noche. Viene por eso, ¿verdad? —le dijo. Hablaba un castellano perfecto.

Sí, lo había dicho, pero ahora no estaba seguro de irse, no después de ese encuentro que había tenido.

—Necesitaría cierta información sobre una huésped. Muy bonita, cabello castaño, desayunaba más temprano en el salón. Me gustaría saber su nombre y qué habitación tiene.

Su interlocutor puso una expresión severa.

—No podemos dar ese tipo de informaciones.

Simón sintió cómo la vergüenza le crecía por dentro. Sabía que era probable que le contestaran eso, no tenía derecho a indagar en vidas ajenas, pero tampoco podía dejar de hacerlo.

Sacó un billete de quinientas liras y se lo colocó de manera discreta en la mano del empleado, que se lo guardó con rapidez.

—Por esas señas, es la persona que subió con usted al ascensor.

Simón asintió sin asombrarse demasiado. Si el mundo era un lugar pequeño, los hoteles lo eran todavía más. Nada escapaba del ojo avizor de un empleado despierto, y ese lo era, sin dudas.

—Eloisa Manfredi. Está en la 224. Se registró ayer por la noche.

—¿Sola?

El recepcionista dudó un momento si contestarle. Simón le acercó otro billete, que desapareció igual de rápido que el anterior.

—Vino con un caballero, alto, de cabello oscuro, pero se registró sola.

—¿La conoce? Es decir, ¿se ha hospedado antes aquí?

—No que recuerde. —El empleado consultó el libro de registros. Simón lo vio contemplarlo con cierta sorpresa en los ojos.

—Es extraño, no completó sus datos, solo colocó su nombre. No deberían suceder estas cosas, pero, bueno, tenemos nuevo personal y fue un momento con cierto movimiento de gente. Dejé eso en manos de la otra persona que me ayudaba. No puedo darle más datos que lo que ya le dije.

Simón musitó un «gracias» y se alejó unos pasos, pensativo. El empleado había sido cooperativo al inicio, billete mediante, pero luego se había vuelto esquivo. Tal vez no quería comprometerse más allá de un cierto límite, o, en verdad, no tenía más datos para brindarle que esos.

Sacó la cigarrera, la que Francesca le había regalado en uno de sus cumpleaños. Si vas a mantener ese hábito asqueroso, por lo menos que sea con algún estilo, le había dicho. Ella odiaba que fumara y le tenía prohibido hacerlo dentro de la casa. La cigarrera tenía grabadas unas palabras: «Para Simón de Francesca». Ni una palabra más, tampoco el menor signo de afecto. Llevaban entonces tres años de casados.

Sacó un cigarrillo y se lo colocó en la boca. Esa mujer había surgido de la nada luego de que tirara las cenizas de su esposa al Arno. Era como... No, no podía pensar así. Se suponía que era una persona racional, un ingeniero más que reconocido en su profesión. La extrañaba horrores, en todo momento, pero eso no podía hacerle perder la sensatez y empezar a darle rienda a su imaginación. Ella estaba muerta. Ojalá hubiera, de alguna forma, renacido de sus cenizas, pero eso no era posible ni tampoco resultaba saludable alentar ese tipo de pensamientos.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón en busca del encendedor. Otra vez creyó oler el perfume de ella. Cerró los ojos con inquietud.

Basta, basta, se dijo para sí. Se trata de tu imaginación.

—¿Podría darme fuego, por favor? —le dijo una voz en castellano, como la de su mujer.

Allí estaba otra vez. Tenía un cigarrillo en la mano y una expresión un tanto culpable en el rostro. Él le acercó el encendedor de manera mecánica. Tenía la garganta reseca y las sienes volvieron a latirle.

Al encenderle el cigarrillo, ella le sujetó la mano con la suya. Fue un mínimo contacto físico, pero le hizo perder la tranquilidad por un instante. Procuró aparentar calma mientras se encendía un cigarrillo; cuando se decidió a mirarla a los ojos, percibió que ella observaba el encendedor. La mujer, al percatarse que la veía, echó el humo hacia un costado a la vez que le devolvió la mirada.

—Es un regalo de su esposa, ¿verdad?

Se lo preguntó con un dejo de timidez. Parecía incómoda por algo, aunque Simón no pudo reparar mucho en ello, sus palabras lo sacudieron. Sí, también ese encendedor de oro había sido un obsequio de ella.

—¿Cómo sabe eso?

—Tiene un nombre de mujer grabado: «Francesca». Supuse que era ella.

Simón asintió. Estaba contrariado; toda su loca teoría de que ella podría haber vuelto a la vida una vez más se vino abajo. Volvió a sentirse un tonto que albergaba pensamientos cada vez más irreales.

—Debió de amarla mucho —prosiguió ella.

Volvió a asentir. Más que eso, pensó. Era todo para mí, la sola razón de mi existencia. Aunque ella nunca me devolviera en igual forma, habría querido decir. Pero no era propio compartirlo con una desconocida, aunque fuera tan parecida a Francesca.

—Disculpe si antes fui cortante con usted. No tengo buenas experiencias con los hombres. ¿Comenzamos de nuevo?

Simón le tendió la mano, algo torpe. El ofrecimiento lo había sorprendido. Tenía una cordialidad en los modos que Francesca nunca tuvo, ni con él ni con nadie.

—Me llamo Simón Heredia.

—Eloisa Manfredi.

Se estrecharon la mano; él advirtió que llevaba las uñas cortas, sin pintar. Todo lo contrario a Francesca: el apretón era firme, pero gentil. Quería saber más de ella, pero el parecido con su esposa nublaba todo lo demás.

—Parece un buen hombre, señor Heredia. Ojalá lo hubiera conocido antes. Tal vez... —Se detuvo de improviso, como si hubiera tomado

conciencia de que estaba por decir algo que no debía—. Disculpe; lo demoro con asuntos que no le conciernen.

—No hay problema. Si puedo ayudar...

—No, no puede —lo cortó ella—. Nadie puede. Disculpe otra vez, solo quería decirle que sentía haberme comportado de esa forma. Adiós, señor Heredia.

Se dio vuelta hacia la puerta de salida y caminó con paso inseguro. Simón apreció la perfección de su figura vista desde atrás. A excepción del cabello, le parecía estar viendo irse a Francesca.

Dio algunos pasos indecisos sin saber qué hacer. Dudaba entre seguirla o subir a su habitación. Empacar e irse sería lo más adecuado, en lugar de perseguir a una mujer solo porque se parecía a otra. Se decía que todos tenían sosias en algún lado. Una persona que se parece a otra, era una casualidad, y darle otra entidad, cualquiera que fuese, demostraba lo profundo del dolor de su pérdida. No se trataba de un signo, de una advertencia cósmica o de la resurrección de su esposa, solo era una terrible casualidad o coincidencia en el peor momento de su vida.

Fue hasta el ascensor y buscó convencerse de que hacía lo correcto, que debía volver a Argentina y nada más. Entonces fue cuando reparó en la extraña conducta de la mujer. Ella era quien lo había buscado, estaba ofuscada, perturbada por algo. Tal constatación le hizo nacer a Simón un sentimiento de solidaridad y preocupación. Parecía, de alguna forma, estar tan herida en el espíritu como él. Notó también que se le había acercado, no solo para disculparse, sino también para despedirse. ¿Por qué lo haría? No había llevado consigo valijas ni dado señal alguna de que fuera a irse.

Salió del hotel hacia la calle y esperó que no fuera muy tarde para ubicarla. Lo acompañaba un sentimiento oscuro porque creía que, de alguna manera, se hallaba en peligro. La había visto dos veces en su vida: ¿pretendía adivinar lo que le pasaba en el interior de la muchacha?

Definitivamente, esa corta charla y la disculpa nerviosa lo habían dejado inquieto. Había percibido en ella su mismo desamparo.

CAPÍTULO III

No soy una mujer, soy un mundo. Solo han de caer mis vestiduras y en mi cuerpo encontrarás toda una serie de secretos.

Gustave Flaubert

Por fortuna, apenas salió del hotel, la mujer se había detenido frente a una vidriera. De otra forma, la habría perdido entre el gentío de la mañana. Las callecitas eran estrechas y zigzagueantes, trazadas en la Edad Media, abarrotadas de gente moderna que iba y venía. Tuvo que observar a un lado y otro de la calle con atención para dar con ella.

Se quedó y la miró a la distancia. Llevaba una cartera colgada del hombro y que aferraba con fuerza. Ella entró en el negocio y, luego de unos minutos, salió con un pequeño paquete. Simón la siguió, no tan de cerca como para que reparara en su presencia, ni con tanta distancia como para perderla. Sentía que hacía algo indebido, que se metía en una vida que no le correspondía. Pero el parecido con Francesca y aquel extraño comportamiento en el *lobby* le habían agudizado la curiosidad.

Pronto, las callecitas mínimas cedieron lugar a un espacio abierto, igual de colmado de transeúntes. Habían desembocado en la Piazza della Signoria. La mujer pasó de largo la verdosa estatua ecuestre de Cosme I de Médici. Luego, se detuvo por unos momentos detrás de un grupo de turistas en la Fuente de Neptuno. Simón creyó que lo había descubierto cuando se dio vuelta de improviso y miró hacia donde él se encontraba. Se quedó allí, petrificado, en medio de las personas que pasaban. Su rostro se enrojeció, y el frío le ganó las manos por el miedo de haber quedado en evidencia. Pero no pasó de ser una falsa alarma. Pronto, la mujer volvió a dirigir su vista hacia la estatua del dios

de los mares. Simón se acercó más y pudo verla de costado, tenía una expresión tristísima en el rostro. También supo que no admiraba la escultura, sino que en realidad solo fijaba la vista en ella con la mente puesta en otro sitio.

Habría querido acercársele y fingir que se trataba de un encuentro casual. Pero ella reinició su marcha antes de que pudiera estar lo suficientemente cerca como para abordarla. Apuró el paso, caminaba casi pegada a la pedregosa pared del Palazzo Vecchio sin detenerse siquiera ante el David de Miguel Ángel, luego dobló a la derecha después de sobrepasar la estatua de Hércules y Caco.

A un lado del palacio, había un par de agentes a caballo de la Policía Municipal, enfundados en sus uniformes azules. Uno de ellos reparó en ella y la siguió con la vista mientras se perdía más allá de los arcos y columnas estilo gótico de la Loggia dei Lanzi.

A Simón le perturbó que también pudiera descubrir que la seguía. Trató de calmarse, se dijo que no hacía nada malo, pero eso no lo liberó de la sensación culposa que lo acompañaba desde la salida del hotel.

De nuevo, entró en un laberinto de estrechas callecitas empedradas de color gris. Anduvo por Chiasso dei Baroncelli primero, dobló a la izquierda por la Via Lambertesca después y de allí caminó por la Via dei Georgofili hasta desembocar en el río. Se pasó entonces a la vereda que daba al Arno de la Lungarno degli Acciaiuoli y caminó en el sentido del tránsito en dirección al Ponte Vecchio.

Avanzaba casi a los empujones, mientras esquivaba a la gente que a esa hora, ya media mañana, colmaba el pasaje cubierto por los arcos y pilares en que se asentaba el Corredor Vasariano. No era fácil seguirla en una vereda tan estrecha y con tanta gente en uno y otro sentido. La perdió un par de veces, para luego volver a divisarla entre la masa de los cuerpos en movimiento.

Él pensó que doblaría en el puente y se mezclaría con los turistas, pero en lugar de ello, siguió de largo. La vereda se achicó aún más y pasó a ser a cielo abierto. La separaba del río un pequeño muro de ladrillos rojizos y de poca altura. Más allá, las verdes aguas del Arno discurrían silenciosas y dividían en dos el ajetreo matutino de la ciudad.

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo como una descarga eléctrica. Allí estaba, a su izquierda, cruzaba el río. Tras la línea de faroles negros que salpicaban el muro costero, se alzaba la mole gruesa y compacta del puente de Santa Trinidad. Era allí donde, el día anterior, había tirado las cenizas de Francesca.

La mujer que se parecía tanto a su esposa caminaba hacia allí sin prisa. La situación se había vuelto por demás extraña. Se detuvo y la dejó alejarse, incluso pensó en regresar. Buscó convencerse de que seguir de ese modo a una extraña, por el solo hecho de que se pareciera a Francesca, resultaba una absoluta tontería. Había, sin embargo, en ese seguimiento subrepticio que llevaba a cabo algo atrayente, embriagador, y no podía dejar de hacerlo. Ignoraba qué encontraría, pero igual siguió tras ella.

La mujer caminaba sin darse vuelta con la vista perdida en el río. Quizá debería alcanzarla y preguntarle si se encontraba bien, aunque quedara en evidencia, aun cuando podría recibir un más que merecido rechazo o hacerla enfurecer al advertir que la había seguido. Se le aproximó por segunda vez para enfrentarla. En aquel momento, sin embargo, ella cruzó la calle y entró a un bar. Simón se acercó a la puerta con timidez, el lugar estaba repleto. Luego de unos minutos de espera, juntó valor para observar con disimulo desde la puerta. No se decidía a entrar, o, más exactamente, se le había ido la valentía para hacerlo.

Ella se había sentado en una de las mesas al aire libre que daban a una especie de playón al interior de la manzana. Una moza le llevó un café en taza chica. Encendió un cigarrillo y, tras sacar una hoja de papel y una estilográfica de la cartera, se concentró en escribir. Se encontraba absorta, sin atender a lo que ocurría a su alrededor, y tampoco parecía molestarle el bullicio ni el continuo movimiento de gente en el lugar. Tenía una expresión severa en el rostro, no de enojo, sino de cierta tristeza. Parecía más desamparada que cuando la había visto en la Piazza della Signoria.

Simón se preguntó qué escribiría, por qué habría interrumpido su recorrido de repente para hacerlo. Escribía con prisa, la pluma le temblaba apenas entre las manos, y fumaba mientras lo hacía. Se la notaba intranquila. Parecía probable que se tratara de algo que había meditado en el camino.

Era extraño lo que esa mujer hacía, o, al menos, así resultaba al observador ajeno a la cadena de causalidades que la llevaron hasta ese punto. De todos modos, más extraña resultaba la conducta de Simón, que se ocultara como lo había hecho era algo inapropiado por completo, lo sabía muy bien, pero, aun así, no podía dejar de hacerlo. Algo le decía que ella se hallaba en algún tipo de riesgo, de peligro. Lo presentía con firmeza, aunque no podía comprobarlo con ningún elemento.

La mujer dobló el papel y lo introdujo en un sobre; después lo cerró con cuidado y escribió algo más en el reverso. Abrió la cartera y sacó unas liras, que dejó sobre la mesa. Luego se levantó con la carta en la mano y la cartera

colgada del hombro. Simón retrocedió unos pasos para buscar algún negocio o recoveco en la calle en donde pudiera pasar desapercibido.

Ella salió y cruzó de nuevo la vereda hacia el puente. Ahora los pasos eran apresurados, nerviosos. Por su expresión, Simón supo de inmediato que algo le pasaba; algo que no podía ser bueno.

Sintió que el aire le faltaba de improviso. Las imágenes de las cenizas mientras caían al río le volvieron a la mente. Se agolpaban allí, en tanto el sudor le empapaba la frente y comenzaban a temblarle las manos. Cada paso que daba le implicaba un esfuerzo, pero no podía dejar de seguirla, aunque lo condujera de nuevo a ese sitio.

Cuando llegó a la mitad del puente, ella se detuvo. Se aproximó al borde y recargó el cuerpo contra la baranda de piedra, aquella menos transitada, opuesta a la que daba al Ponte Vecchio. No era muy alta esa construcción, le llegaba a la altura de la cintura. Por un momento pensó que observaba el paisaje hacia el siguiente puente, el Ponte Carraia; sin embargo, enseguida ella dejó la carta a un lado y se quitó algo de uno de los dedos de la mano, al parecer, un anillo. Inmediatamente después, se sentó en la baranda. Luego, con lentitud, colgó los pies del borde exterior.

El pánico le ganó a Simón. Ahora entendía que no había estado errado en lo que había sentido al estrecharle la mano y tenerla cerca. Ella se encontraba en peligro. Sus miedos pasaron a un segundo plano, debía hacer algo para ayudarla.

Se aproximó a la mujer. Los transeúntes pasaban sin reparar en ella; en el lado opuesto, un par de turistas se sacaban fotos. Más lejos, un par de jóvenes se besaban, afirmados en la baranda. El mundo parecía ajeno a lo que Simón advertía que estaba por pasar. Tenía el rostro muy pálido, le temblaban levemente las manos y los ojos, muy abiertos, se perdían en la distancia. Un par de lágrimas le rodaban por las mejillas.

A un lado suyo, sobre el borde del puente, había un sobre blanco y una alianza encima. Casi había llegado hasta ella, cuando vio las palabras que estaban escritas en ese sobre: *per il giudice*. Para el juez.

Él olió una vez más ese perfume. Una brisa tibia le hacía ondear el cabello castaño a la muchacha con el rostro, de perfil, inmóvil, sin expresión, desencajado por completo. Agachó la cabeza y miró las aguas que discurrían por debajo de ella. Tenía las manos muy juntas contra el cuerpo y balanceaba apenas los pies.

—No lo haga —le dijo, nervioso, cuando estuvo su lado.

La mujer se dio vuelta para mirarlo. Simón supo que lo había reconocido casi de inmediato. No había furia en el rostro de la joven. No parecía molesta, tan solo extrañada de verlo allí.

—Usted no entiende —le reprochó.

Simón se acercó un poco más. Quería tenerla a tiro.

—Sé lo que es el dolor.

Las lágrimas de la mujer se multiplicaron. Esa fue toda la respuesta que él obtuvo. Ella lloraba en silencio. Dios santo, su rostro era tan parecido al de Francesca.

—No me dejes, por favor —le imploró Simón.

No se lo decía a ella. O sí.

La mujer negó con la cabeza.

—Lo lamento, yo...

El vio que afirmaba el peso en los brazos: iba a saltar. La sujetó con fuerza. Al abrazarla, notó que ella pugnaba por ir hacia adelante, hacia la nada entre el puente y el río.

—*Lasciami stare! Lasciami stare!* —gritó, desencajada e histérica para que la soltara.

No lo hizo. Simón la tiró aún más y consiguió bajarla de la baranda. Ella comenzó a golpearlo en el pecho, hasta que él la aferró por las muñecas.

Algunos curiosos se detuvieron a ver. Tenía que salir de allí antes de que se complicase todo, pero no se iría sin ella, que intentaba zafarse de los brazos que la contenían. Simón resistió con firmeza los embates: no se iría de nuevo de su lado, no se le escaparía otra vez. No señor, la muerte tendría que partir esa vez con las manos vacías.

La mujer se afirmó contra su pecho sin dejar de llorar ni de lamentarse. Luego pareció perder pie. Él, sin embargo, llegó a sostenerla justo antes de que ella terminara por desvanecerse.

CAPÍTULO IV

El médico le observó las pupilas con detenimiento. Era un anciano alto, de pelo blanco y mirada seria; Eloisa no parecía reparar en la presencia del doctor. Se hallaba sentada en la cama de su cuarto, Simón la había llevado allí tras lo ocurrido en el puente. Pidió al conserje que llamara a un médico y se había quedado con ella hasta que llegó.

En todo ese rato, no dijo una palabra. Ella se sentó en la cama, con las piernas extendidas y la espalda contra el respaldo. Cada tanto, una lágrima le rodaba lenta por las mejillas.

—*Come si sente, signora?* —le preguntó el doctor, luego de terminar de revisarla.

Ella no le contestó, era como si no lo hubiera oído. Tampoco se dio vuelta a mirarlo. Siguió sentada muy rígida, aferrada tenazmente con ambas manos al cubrecama. Lanzó entonces un leve suspiro, luego otro más fuerte y se echó a reír. Al principio era una risita por lo bajo, apenas audible, pero no cesaba. Su rostro se enrojeció y la risa se hizo más fuerte y chillona, al tiempo que se estremecía y sacudía todo el cuerpo como presa de un espasmo. Ahora la risa era histérica, potente. Simón se sobresaltó, pero el médico permaneció tranquilo en tanto la observaba. Era como si tal situación no le fuera desconocida. Buscó en el maletín, luego le arremangó la blusa y, mientras le sostenía el brazo con fuerza, le colocó una inyección.

—Es una reacción normal a la angustia —le dijo a Simón—. Por lo que veo, debe de haber pasado por alguna circunstancia terrible.

Sin soltarle el brazo, la miró mientras se calmaba. Eloisa dejó de agitarse, la risa cedió y los ojos se le comenzaron a cerrar. Tras acomodarle la cabeza en la almohada, le tomó el pulso. Luego guardó los instrumentos en el maletín y fue hacia donde estaba Simón, que había contemplado todo allí parado, al lado del médico, en total silencio. Era como ver sufrir de nuevo a Francesca.

—Dormirá algunas horas. Eso le hará bien —dijo—. Su esposa tuvo una crisis histérica. Lo que acabo de darle es un sedante, creo que bastará, pero

llámeme si ocurre algo.

Simón iba a decirle que él no era el marido, cuando reparó en que el médico se había fijado en el anillo matrimonial que aún llevaba en el anular. Tal vez había visto también el anillo de Eloisa que había recogido en el puente junto a la carta y que había dejado en la mesa a un lado de la cama. Por alguna razón, le gustó que creyera eso.

—¿Quiso suicidarse, verdad? —le preguntó el anciano.

—¿Cómo dice?

Simón no esperaba que le preguntara eso.

—Le vi las laceraciones en las muñecas, una herida vieja. Supongo que habrá buscado reincidir.

Él se vio obligado a contarle lo del puente.

—Dejó una carta extraña. La seguí hasta el puente de Santa Trinidad. Estaba extraña, miraba hacia el agua. Quería que me fuera, pero la forcé a volver al hotel.

—¿Pensó en hospitalizarla?

Negó con la cabeza. El médico se encaminó a la puerta.

—Tendría que hacerlo. No hay dos sin tres, como dicen. Ahora le recomendaría que no le saque la vista de encima hasta que tenga en claro qué va a hacer con ella.

Simón le agradeció, pagó la consulta y cerró la puerta. Estaba metido en un problema mayor con esa mujer.

Observó cómo dormía de costado, hacia donde se hallaba él. La expresión del rostro era sosegada y nada parecía perturbarle el sueño. Todavía se parecía demasiado a Francesca; como dos gotas de agua. Solo el color castaño del pelo marcaba alguna diferencia.

A pesar de los problemas que podía implicarle, no le disgustaba el consejo del médico. Todo lo contrario, le proporcionaba una justificación para estar allí, cerca de ella, cuando despertase.

Hizo una rápida visita a su cuarto; se trajo de allí su anotador personal y una pluma fuente. Tal vez se le ocurriría alguna idea para el proyecto que tenía en mente, pero lo dudaba. Desde lo que había pasado con Francesca, no podía poner ni una mínima idea sobre el papel.

No le gustó dejarla sola; sin embargo, cuando volvió, se tranquilizó al observar que dormía en igual posición que cuando se había ido. Primero intentó quedarse en una silla, a un lado de la cama, pero estaba incómodo, el respaldo recto lo mataba. La mujer dormía con tranquilidad en un extremo de

la cama matrimonial por lo que tenía allí suficiente espacio para sentarse. No pasaría nada malo con probar.

Se sentó en el borde y apoyó la espalda en el respaldo. Se acomodó un poco más y el dolor de espalda pareció atenuarse. Estaba exhausto. Había pasado por demasiadas cosas juntas: el viaje, arrojar de cenizas, encontrarse y seguir a esa mujer extraña, impedirle saltar del puente. Su vida parecía haberse trastornado en una serie de derroteros tan erráticos como imprevisibles. Sí, su existencia, además de vacía, se estaba convirtiendo en algo extraño.

En algún momento de sus pensamientos se quedó dormido.

* * *

Se despertó inquieto. A medio camino entre el sueño y la conciencia, cayó en la cuenta de que estaba acostado, con la cabeza apoyada en una almohada blanca, en posición fetal y con los brazos contra el pecho.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó una voz de mujer.

Todavía adormilado, dirigió la vista hacia donde había escuchado la voz. Descubrió entonces que ella lo observaba con los ojos muy abiertos desde el otro lado de la cama.

Le costó terminar de despabilarse y contestarle. Era la primera vez, desde la muerte de Francesca, que había podido dormir sin la ayuda de pastillas.

—Sí, eso creo.

De repente, comprendió la situación en la que se hallaba. Estaba tendido en la cama con una mujer que acababa de pasar por una crisis, con alguien que, pese al parecido con su esposa, era una completa extraña. Un sentimiento de incomodidad lo invadió por dentro. Él, hombre de guardar siempre las formas, se había desubicado y tomado confianza, a la que no tenía derecho alguno.

Se sintió avergonzado. Al menos estaba vestido. Eso le trajo cierto alivio, pero no demasiado. Cuando quiso abrir la boca para disculparse, ella se lo impidió, al tiempo que le ponía la mano en la boca y le decía:

—No, por favor; no diga nada.

El roce de la palma en su rostro lo inquietó y aspiró una vez más ese perfume conocido. Esa extraña mujer lo contemplaba con una dosis de afectuosa comprensión. Pero no pudo dejar las cosas y, apenas ella retiró la mano, le dijo:

—Disculpe, no sé qué me pasó.

Se incorporó y quedó sentado sobre la cama. Tal como ella, que se hallaba en el extremo opuesto, apoyada en el respaldo. La mujer dulcificó su mirada.

—Yo sí. Terminó exhausto luego de todos los problemas que le he dado. Se quedó a cuidarme, ¿verdad?

Simón asintió.

Ella llevaba puesta una bata blanca a medio cerrar, debajo de la cual se dejaba ver un camisón negro. Debía de habérselo colocado en algún momento mientras él dormía, porque estaba vestida cuando el médico le colocó la inyección.

—Soy yo la que tiene que excusarse —continuó—. He actuado como una tonta.

—No diga eso.

—Es lo que siento, lo que es. Actué de manera impulsiva, me dejé llevar por sentimientos oscuros. Fue una suerte para mí que usted haya estado allí.

Él no quiso aclararle que la había seguido, ya experimentaba suficiente vergüenza con que al despertar lo hubiera encontrado de esa forma.

—Salvó mi vida, señor Heredia. Le estoy agradecida por eso. ¿No es algo paradójico? Me rescató de mí misma.

Sonrió con timidez por las palabras que acababa de decir. Era más hermosa de esa forma, el rostro parecía iluminarse con el gesto. Tal como ocurría con Francesca en las contadas ocasiones en que lo hacía.

—Llámeme Simón, por favor. Solo hice lo que cualquiera habría hecho.

—Lo dudo. De todos modos, en cualquier caso, Simón, he quedado en deuda con usted. Una gran deuda que no sé cómo retribuirle.

—Señora, yo...

—No, no me diga así. Dejé de ser señora hace tiempo. O, mejor dicho, dejaron de considerarme tal. Mi nombre es Eloisa.

No entendió el sentido de esas palabras, pero sea lo que fuera que evocaban, la afectaban lo suficiente como para borrarle esa sonrisa tan atractiva del rostro. Ella percibió su perplejidad, lo que lo hizo explicarse:

—No es agradable que la abandonen a una así como así, pero tampoco justifica lo que hice. Lamento mucho, en verdad, haberlo complicado con toda esa escena patética.

—No sea tan dura consigo misma. Créame que entiendo lo que es el dolor que provoca perder a alguien.

Eloisa se acercó hacia él; todavía estaba apoyada sobre el colchón. La bata se le abrió un tanto más por la presión de sus pechos, y antes de que Simón pudiera entender qué era lo que trataba de hacer, ella lo besó con fuerza.

CAPÍTULO V

Usted tiene la brujería en sus labios.

William Shakespeare

Fue algo por demás raro; también, una locura: dos seres extraños con una intimidad que nacía precisamente de no saber nada el uno del otro. Criaturas lastimadas en lo profundo que buscaban afecto con el que curar sus heridas.

Supo casi de inmediato que ella era como él. Podía sentir, en cada caricia, en cada gesto y movimiento, el dolor que llevaba auestas. Al principio lo había sorprendido la iniciativa de Eloisa, aunque pronto se la había arrebatado. No era racional tal respuesta, en medio de tanta extrañeza y dolor necesitaba sentir lo que era volver a ser querido. El roce de sus labios bastó para despertarle un sinnúmero de sensaciones y, pronto, el placer lo invadía. Apenas reparó en que ella lo había despojado de la ropa con mano experta y le sumergía la cabeza entre los muslos. Él jadeó, ganado por la excitación y la sorpresa; el cuerpo se le arqueó, en tanto sentía cómo se le cortaba la respiración.

Pensó, Simón, entre la neblina de las sensaciones intensas, qué cierto era aquello de que la pasión nunca avisa y siempre cae de sorpresa. Era lo que sucedía con él en ese momento, lo apoderaba, lo convertía en energía, lo sacaba de sus pesares, lo inflaba de placer y lo elevaba hasta la cúspide del goce para, en el vértice del apogeo, sacudirle el cuerpo y traspasarle el alma.

Entonces se arrojó sobre ella, todavía invadido de asombro y fascinación por lo que le sucedía. La mujer, puesta de espaldas en la cama, le sonrió expectante. Era una visión embriagadora que lo paralizó por unos segundos. No ofreció ninguna resistencia cuando la envolvió en sus brazos y se

acomodó con deseo para recibirlo. Entonces descubrió que aquel cuerpo se sentía tibio y dócil cuando apoyó allí el suyo.

Simón se perdió en ella. En la oscuridad, esa mujer no solo era Francesca. Tenía por primera vez a la Francesca que siempre había deseado, una compañera de ruta en el viaje a las sensaciones más íntimas, aquellas más ardientes y menos confesables, en el punto en que los sentidos humanos ceden paso a esa carga atávica, ancestral, propia del animal que no deja de ser por dentro.

Su esposa siempre había sido fría para todo lo que tuviera que ver con la intimidad. Era un ser asexuado que invariablemente lo había condenado a mecánicos encuentros. En la mayoría de ellos, apenas si disimulaba la molestia por hacerlo y adoptaba una actitud pasiva, las veces que no pretendía asumir el control. Todas eran distintas formas de obligarlo a satisfacerla o de demostrarle su poder. No podía ser de otra forma: si de algo estaba enamorada, era de ella misma, y no tenía cabida en su vida para amar a nadie más.

Pero con Eloisa volvió a sentir algo que creía irremediablemente perdido: la alegría de amar. Ella, a diferencia de a quien le recordaba, se dejaba querer, consentía todos sus juegos bajo las sábanas, participaba de buen grado en ellos y le devolvía otros. Simón cerraba los ojos y se dejaba llevar por sus embates, cuando no los replicaba. Era un ir y venir de abrazos y caricias, de besos y sensaciones, el roce de su piel suave y el aroma de ese perfume, Arpège, que tantos recuerdos le traía. Volvía a sentir placer luego de atravesar un calvario de dolor.

Salpicado de besos en el cuerpo, se dejó llevar, para luego responderle con la misma moneda. La aferró a él, como si fuera a perderla, y sintió cómo ella le clavaba las uñas en la espalda. Tan igual y tan distinta; era la medida justa, tal y como él siempre había esperado que se comportara su esposa.

Ella, en su excitación, le mordió el cuello con suavidad y le arrancó una sensación por demás placentera. Perdida en ese mundo de placer, apenas si reparó en que Simón le acercó la boca a la oreja para susurrarle:

—Te amo, Francesca.

* * *

No se suponía que debía ocurrir eso, pensó Eloisa. No era lo que tenía en mente al comenzar el juego amoroso. El sentimiento de Simón le llegó hasta

las entrañas, la contagió, la desbordó. Justo a ella, que mil veces había podido moverse en este tipo de encuentros sin sentir nada más que algo físico.

Habían existido muchos antes que él, hombres que la trataban de igual manera, sujetos grises e idénticos que en nada diferían. Eran seres ávidos de las formas de su físico que la habían poseído como voraces conquistadores y que la habían sentido como incómodos intrusos en su cuerpo.

Pero no él, Simón, no era como los otros. Había sido maravillosamente tierno con ella. La había acariciado en lugar de rozarla, había buscado unirse a ella y no solo poseerla.

Se había introducido en su cuerpo con suavidad, con una firmeza no exenta de delicadeza. La compenetración entre ambos cuerpos la había obnubilado, era como si hubieran sido hechos para encajar el uno en el otro. Y a pesar de su excitación, Simón la había esperado en sus tiempos para terminar codo a codo. Luego, mientras la agitación de los sentidos se disipaba, había permanecido a su lado: abrazado a ella le prodigaba todo tipo de caricias.

Había confluído en su esencia y se había quedado allí, con ella en medio de un cénit de sentimientos como nunca antes había tenido con nadie.

Nunca antes, pensó divertida, pero no exenta de cierta tristeza, había tenido a un caballero en la cama. Era una clase de hombre que hasta entonces, en su vida, solo había existido en sueños.

Tuvo que dejar de mentirse: ese hombre la atraía. Hasta la molestia que experimentó al escuchar el nombre de esa otra en el oído lo confirmaba. Debía tener cuidado: podía enamorarse de Simón, y eso indefectiblemente le complicaría toda la existencia. Entonces, por primera vez en mucho tiempo, sintió miedo.

* * *

Despertó a su lado. Aun después del sueño, estaba exhausta. Llevaba en el cuerpo, por fuera y por dentro, las marcas de lo que había hecho. Se apoyó de lado sobre uno de sus brazos para contemplar cómo él dormía. Ya lo había hecho otra vez, cuando volvió de los efectos del sedante. Le gustaba verlo así, parecía tan inocente, tan necesitado de afecto y protección. Pero nada de eso le simplificaba las cosas.

Dormía tranquilo. Lo hacía en silencio, con sosiego, no como en la ocasión anterior, en la que parecía sufrir en sueños. Se movía cada tanto, al

parecer angustiado; lo oyó tres veces lamentarse y suplicar entre sueños. En una de ellas, levantó un poco la voz con gritos apagados de auténtico miedo.

Salió de la cama con cuidado y trató de no hacer ruido para no despertarlo. Sintió el cuerpo en casi cada movimiento, huesos y músculos que le reclamaban por el esfuerzo. Un buen baño, sin dudas, los mejoraría. También esperaba que eso la ayudara a reflexionar sobre sus acciones. Abrió la ducha y esperó hasta que el chorro de agua se volviera cálido. Entonces, se metió de lleno bajo esa lluvia.

Había sucedido lo previsible, solo la forma en que había pasado la preocupaba. Nunca esperó que él la afectara tanto y se preguntó qué tenía de distinto a otros hombres. Lo que fuera la había marcado en lo profundo.

Se enjabonó con dedicación, mientras se detenía a masajear en especial las partes más sentidas, y luego se lavó el cabello. Pero por más ahínco que puso en ambas cosas, no pudo sacárselo de la cabeza. Cada porción del cuerpo, cada movimiento suyo, le disparaba algún recuerdo de lo vivido.

Se secó a medias. En esa época del año, Florencia era calurosa. Las temperaturas no bajaban de los veinte grados y podían dispararse más allá de los treinta, por eso le gustaba dejarse la piel húmeda.

Volvió a la habitación con una gran toalla blanca que le envolvía el cuerpo y con el cabello mojado peinado hacia atrás. Encontró a Simón despierto, sentado en la cama. Estaba desnudo, con las piernas cruzadas como un escriba egipcio y apoyaba sobre un almohadón el papel en el que garabateaba algo con su pluma. Tan ensimismado estaba en lo que hacía que no reparó en su presencia. Eloisa se acercó y observó con curiosidad lo que escribía en el papel, pero solo vio líneas rectas, en posiciones diversas, que empalmaban con toda clase de símbolos extraños.

—Hola, extraño —le dijo y fue directo a sus labios para besarlos. Sentía necesidad de él.

Simón le devolvió el saludo y la observó con ojos dominados por la ternura. Ella le preguntó qué hacía.

—Se trata de una idea en la que trabajo desde hace un tiempo.

—Ese dibujito tuyo me parece un jeroglífico.

—Es un diagrama esquemático de un microprocesador. Una especie de plano para construirlo. O, al menos, intenta serlo.

Eloisa no dejó de reparar en que a un lado de la cama había un par de papeles abollados. Ideas que no llegaron a conformarlo, supuso. Luego le confesó:

—Sigo sin entender nada. Es una de esas palabras nuevas sobre informática, ¿no?

Él se sorprendió. No eran muchas las personas que pudieran orientarse en ese tema sin formar parte de alguna actividad relacionada. De alguna forma, le gustó que supiera lo suficiente como para poderle hablar del tema. Estaba por demás entusiasmado de haber podido retomar su tarea, porque, desde que había perdido a Francesca, no había conseguido articular una sola idea respecto de ese proyecto.

—En líneas generales, es un circuito integrado complejo que procesa datos.

—¿Como las calculadoras?

Seguían las sorpresas. Ella sabía de lo que hablaba.

—Algo así, pero mucho más pequeño y complejo. Es poner el componente principal de un dispositivo computacional, ese que interpreta las instrucciones contenidas en los programas y procesa los datos, en tamaño pequeño, pero más potente.

Eloisa puso cara de no haber terminado de entender.

—Hace veinticinco años —continuó él—, se necesitaba una gran habitación para un equipo informático computarizado. Hoy, solo un largo pasillo. En diez años las pondremos sobre un escritorio; en veinte, cabrán en nuestros bolsillos.

Le mostró el diagrama, entusiasmado por tener a alguien con quien conversar el tema.

—Para eso, todo debe ser más pequeño. Hablo de un elemento que contenga unos cuatro mil transistores capaces de ejecutar un cuarto de millón de instrucciones por segundo y cuyo tamaño sea la mitad de un dedo pulgar.

Le dio algunos datos más que, como los anteriores, ella no terminó de entender. Se sentía pésima, por lo que miró lo dibujado en el papel y buscó disimular esa sensación. Así que de eso se trataba la causa por la que había cruzado su destino con él.

De pronto la asqueó lo que era, a qué punto había dejado llegar las cosas en su vida. No se trataba de nada que no hubiera llevado a cabo antes, pero en esa ocasión solo se sentía incapaz de seguir adelante. No con ese hombre, él no se merecía nada de lo que debía hacerle.

Lo convenció de que fuera a su habitación, de que tomara un baño y terminara tranquilo los diagramas. Ella lo esperaba en el *lobby* del hotel para almorzar juntos.

No quiso verlo mientras se vestía y lo besó con intensidad cuando se acercó a la puerta. Luego lo observó irse por el pasillo, mientras se negaba a dejar de mirarlo hasta que desapareciera dentro del ascensor. Sí, era un buen hombre, el primero que se le cruzaba en su camino, así que no podía hacerle eso. Malditos sentimientos. El miedo experimentado cuando yacía con él se transformó en vergüenza.

Cerró la puerta y se quedó sola en la habitación. Se sentía una desconocida para sí misma. Trató de calmarse, de convencerse de que no era distinto de las otras veces, pero no hubo caso, las imágenes no dejaban de arremolinarse en su mente. Todas eran de Simón sobre su cuerpo mientras se adentraba en ella y rememoraba la forma afectuosa con que la había tratado. No solo la había hecho gemir de placer, sino que, de alguna forma, se había adueñado de ella. Lo peor para Eloisa y sus planes tenía que ver con que ese goce seguía allí aún después de terminar todo.

No parecía un hombre sino un brujo. Un extraño que había despertado en ella los sentimientos más inconvenientes. Hasta entonces se consideraba invulnerable en ese tipo de cuestiones, pero, por alguna razón que ignoraba, él la había hecho sentir como nadie.

Repasó mentalmente todo lo sucedido una vez más. Buscaba dar con su error, pero no logró ubicarlo; se había manejado como siempre. Aplicó lo que le habían enseñado y también sus propias experiencias. Simplemente, en algún punto, había dejado ir las cosas, había perdido el control de la situación para empezar a disfrutarla.

Hasta entonces, nada había salido mal en la operación, salvo por ella misma. El dichoso factor humano. Se había involucrado como una colegiala tonta con su objetivo. Entonces, terminó de decidir lo que iba a realizar. Se trataba de algo poco profesional que nunca había estado en sus planes.

CAPÍTULO VI

Simón deambuló por las calles de Florencia mientras rumiaba su insatisfacción. Esas mismas calles por las cuales la había seguido el día anterior. Era un buen día de primavera con un sol generoso y un cielo totalmente azul.

Pero su interior distaba de emparentarse con el entorno. Tenía el mismo paisaje gris de los últimos días. Volvía a perderla, a su imagen, su reencarnación o lo que fuera.

Rememoró los últimos hechos. Al goce con Eloisa le había seguido la desilusión de esa extraña desaparición. Así como había aparecido de la nada, de la misma forma parecía haberse perdido. Simón había ido hasta su cuarto a ducharse; no quería dejarla, pero ella insistió. Luego bajó a la recepción del hotel tan pronto como pudo porque habían quedado de encontrarse allí.

Eloisa nunca llegó. Peor aun, cuando la ansiedad lo invadió y preguntó por ella en la conserjería, nadie pudo darle respuesta. El empleado del día anterior estaba de franco; para quien lo atendió, ninguna mujer se había registrado en la habitación 224. Solo la había ocupado un hombre que se había marchado.

Insistió hasta que abrieron la habitación, pero no había dentro rastro de la mujer. Tampoco pudo dar con el médico que la había atendido.

—No tenemos médico en el hotel. Es probable que el conserje de ese día haya llamado a uno de fuera.

Caminó cada vez con peor humor entre una ciudad por demás concurrida. Todos los turistas del mundo parecían haberse puesto de acuerdo para ir allí. Los detestaba, porque parecían tener lo que a él le era esquivo. Sonrientes y despreocupados, sus existencias no mostraban rastros de haber sido, alguna vez, marcadas por el dolor de una pérdida.

No quería reconocer la razón de ese ir y venir, de por qué volvía a caminar por lugares ya transitados varias veces. Albergaba la infantil ilusión

de volverse a cruzar con ella, pero, conforme las horas pasaban y el cansancio lo ganaba, esa ambición comenzó a menguar.

Sus pasos lo habían llevado hasta debajo del descomunal arco que franqueaba la entrada a la Plaza de la República, un rectángulo gris donde un mar de personas caminaba en todas direcciones. Se trataba de uno de los lugares preferidos de Francesca, aunque no guardaba ninguna relación con el trayecto cumplido por Eloisa. Comprendió entonces que se negaba a aceptar lo inevitable: que ella había partido también.

Buscó un lugar entre los cafés que circundaban la plaza hasta llegar a Le Giubbe Rosse. Era un lugar de reunión de artistas. Su esposa lo había arrastrado hacia allí un par de veces. Su nombre, que en castellano quería decir «las casacas rojas», no tenía que ver con las tropas de Garibaldi, sino con un hecho mucho más mundano. Al principio fue una cervecería atendida por dos hermanos alemanes que vistieron a los camareros con chalecos de ese color. A los florentinos les era más fácil decir «vamos a lo de las casacas rojas» que pronunciar el nombre alemán del lugar: Café Reininghaus. Como con tantas cosas, se salieron con la suya y el lugar finalmente se llamó de esa forma.

Francesca le había contado con orgullo la anécdota. Se la recordó todas las veces que le permitió acompañarla a ese lugar a juntarse con sus amigos artistas. A Simón nunca le gustaron esas reuniones, la gente era demasiado presuntuosa y creída de sí misma, pero Francesca se movía como un pez en el agua en medio de ellos y él nunca pudo negarle nada.

Tomó asiento en una de las mesas del exterior, que, bajo un gran toldo blanco, permitían no perderse detalle de lo que pasaba en la plaza. Sus piernas se lo agradecieron. Pidió al mozo de chaleco rojo que lo atendió el aperitivo que por lo general tomaba su mujer: un *spritz*. Tenía la mente absorta. Las imágenes de lo vivido con ella se resistían a salir de allí y se repetían una y otra vez. Hizo un esfuerzo para dejarlas a un lado y pensar en otra cosa.

Alguien había dejado un diario olvidado en la mesa que ocupó: un ejemplar del día anterior del diario *Corriere della Sera*. Simón le echó un vistazo a la nota que desarrollaba el titular de la portada: la selección italiana había perdido la final del campeonato mundial de fútbol celebrado en México. Se trataba de una derrota ignominiosa, aunque el rival fuera el equipo de Brasil con Pelé a la cabeza. Cuatro goles a uno había sido el marcador. Todas las opiniones en el artículo eran de reproche y tristeza. Al menos, él no sufría en soledad ese día.

Dejó el diario y paseó su mirada alrededor de la mesa. La clientela del lugar seguía tan excéntrica como de costumbre, aunque con grandes cambios. Ya no se veían esos graves intelectuales de traje con libros y anteojos, los habían reemplazados muchachos melencólicos con pantalones oscuros y camisas con colores vivos. Casi no había diferencia en la vestimenta con sus acompañantes femeninas: ellas también vestían pantalones y, en general, llevaban el pelo corto; además, todos se colgaban collares y cadenas del cuello. Se trataba de un mundo, el de ellos, que había cambiado los roles de hombre y mujer. Era visible cómo se marchaba a la uniformidad en la materia. Tal constatación a Simón lo hizo sentirse más extraño.

Encendió un cigarrillo y advirtió que otra vez pensaba en Eloisa y en todo cuanto había ocurrido en el último día y medio. El dolor seguía allí, dentro de él, y no tenía mayor sentido preguntarse por algo que había terminado. Arrastraba la culpa de haber hecho algo indebido, fuera de lugar con ella, sin saber a ciencia cierta de qué se había tratado.

El mozo le trajo entonces un vaso grueso y alto lleno casi hasta el tope con un líquido naranja en medio de mucho hielo. Dejó también un pequeño plato con aceitunas verdes a un lado del vaso.

Habían preparado al trago sin escatimar ni el vino blanco ni el Campari, apenas tenía soda, aunque sí una gruesa rodaja de naranja y mucho hielo. Bebió con cuidado al principio, era la primera bebida fuerte que tomaba en mucho tiempo. Sintió el reconfortante y fresco líquido que le bajaba por la garganta y el pecho se le comenzó a relajar. Era una sensación bienvenida, necesitaba distenderse y pensar un poco sobre los eventos pasados.

Cierta parte suya estaba aliviada de que Eloisa hubiera desaparecido, se parecía demasiado a Francesca. Había visto en ella, con sorpresa y estupor, cómo repetía ciertos gustos y gestos de su esposa muerta. Ahora se había esfumado, tan de improviso como se había cruzado en su camino. Nadie la recordaba en ese hotel, como si todo hubiera sido producto de su imaginación, y empezaba a pensar que había sido de esa forma. ¿Una suerte de construcción de su mente herida? No estaba demasiado en sus cabales desde que su vida carecía de Francesca. Aunque era fría y distante, descubría ahora que había sido, además de su amor, un gran factor de estabilidad. Que estuviera allí lo relevaba de tomar decisiones propias, pues era más cómodo e implicaba pensar mucho menos y solo limitarse a cumplirle los deseos.

No se sentía orgulloso de su carácter ni de cómo había vivido. Pero la sola idea de perderla, de que se alejara de él, podía más que cualquier orgullo suyo, más incluso que su dignidad. Tenía que reconocer, aunque le doliera

bastante, que Francesca lo había amado por conveniencia. No lo quería a él sino a la seguridad económica que podía brindarle. Lo que la atraía en realidad era la perspectiva de una vida acomodada, despojada de preocupaciones que le posibilitara dedicar todas sus energías a tocar el maldito piano. Había recogido, a lo largo de los años que duró lo suyo, pruebas sobradas de eso. Se había negado, de todos modos, a reconocer lo evidente, lo obnubilaba su belleza, pero, aun más, esa distancia que ponía. Ella había sabido explotar en su beneficio esa parte caprichosa de su carácter; ese empecinamiento suyo en no rendirse ante las negativas cuando quería algo había sido la mejor carta para dominarlo.

Simón estaba acostumbrado a que la gente le reclamara atención; pocas veces había conocido el rechazo. Una familia acomodada y una mente brillante habían ayudado a eso. Si lo veía en retrospectiva, debía admitir que Francesca había desplegado sus encantos primero para llamarle la atención, para luego terminar de clavarle el anzuelo y apelar a la distancia en el trato. Podía jurar que todo había sido pensado por esa gran calculadora que había sido su esposa: dejarlo sorprendido e interesado con todo eso de la asociación entre los números y la música y luego esperar que fuera a donde ella quisiera. La habitual aparente falta de interés en casi todo lo que no fuera ejecutar un piano había despertado el suyo. Negarse a ceder a los gustos de él, imponerle de continuo pequeñas condiciones no eran sino parte de lo mismo. Por supuesto que en las contadas ocasiones en las que Simón parecía cansarse de esa actitud distante y se veía amenazada, volvía con naturalidad sobre sus pasos. Eran los momentos en que parecía notar que él existía para algo más que satisfacerle los caprichos. Por un corto tiempo buscaba mantenerlo contento, le alimentaba las fantasías y le hacía creer que había cambiado. Claro que lo hacía solo por un tiempo y en la medida justa como para renovarle las fuerzas de complacerla en todo aquello que le pidiera. Luego volvía a encerrarse en su mundo de música.

Sí, había hecho el papel de imbécil, debía admitirlo. Además, se ufanaba de ser un hombre práctico y racional, no había podido serlo con su esposa. Siempre había esperado que cambiase, aunque ella nunca lo hizo, solo amagó con hacerlo en contadas ocasiones por propia supervivencia.

No, Francesca no había resultado un amor beneficioso. Había buscado anularlo como persona para convertirlo en un mero instrumento de sus deseos. Lo incomprensible para él era que, aunque reconocía todo eso, no podía dejar de guardarle un sentimiento amoroso, y, pese a todo, no podía aceptar que se hubiera ido así, de esa forma tan repentina. No quería hacerlo.

Lo ocurrido con esa otra mujer, Eloisa, quien quiera que fuera, no alivió el sentimiento de pérdida, pero sí enfrió su dolor interno y lo instaló en otro lugar, congelado en lo profundo. No había superado para nada la muerte de Francesca, pero por lo menos la hacía más llevadera. Eloisa también despertó en él ciertas sensaciones que no recordaba haber experimentado.

Todavía se sentía culpable por haberle murmurado al oído el nombre de su esposa. Estaba confundido entonces y todavía lo estaba ahora. Rememorar lo pasado no era precisamente lograr entenderlo. Su confusión —decidió— tenía más de un motivo. Eloisa parecía ser Francesca en más de una cuestión, y en lo que resultaba distinta, se le antojaba todavía más atrayente. Una versión mejorada, por así decirlo, de la original. Eloisa actuaba como Simón habría querido que lo haga su esposa.

Apagó el cigarrillo y pidió la cuenta. Todavía pensaba en el cuerpo de la mujer, atractivo y sensual: sintió entonces que una vez más el deseo le surgía de lo profundo.

Dejó un billete y unas cuantas monedas por el *spritz*. El vaso todavía estaba a medio tomar y sin tocar ni una de las aceitunas. Debía volver al hotel primero y luego a su país.

Así le pondría fin a todos esos acontecimientos extraños. Debía, a su pesar, regresar a las cuestiones diarias. El clima en Florencia era realmente espléndido en esa época del año: diáfanos cielos azules y un sol acogedor; lástima que no estuviera en condiciones de disfrutarlo. Pronto cambiaría el clima dócil de la Toscana por el frío del sur del mundo y su vida diaria, pobladas de grises.

Todavía no entendía qué había pasado y si, de verdad, todo ello había sucedido. Detestaba que los sentimientos se le impusieran a la racionalidad para lidiar con ciertos asuntos. Quizás, a la vuelta, le pediría a su hermana que arreglara un turno con el psicoanalista al que ella iba. Estaba más que claro que él no podía lidiar solo con todo eso.

Caminó hacia el hotel a buscar sus cosas, mientras la pena lo seguía. También la extrañeza e incompreensión de lo ocurrido. Hasta tenía rabia por haber dejado que ella se escapara de nuevo de su lado. Pero descubrió que, inmerso en ese cóctel de sentimientos diversos, su ánimo permanecía notablemente tranquilo.

CAPÍTULO VII

Su hermana lo esperaba en el *hall* central del aeropuerto de Ezeiza. Hacía casi veinte horas que él había iniciado el vuelo desde Roma. El embarque en el aeropuerto de Fiumicino se había demorado tres horas por una amenaza de bomba y, además, debieron hacer un aterrizaje no programado en el Aeropuerto Internacional Galeão, en Río de Janeiro: el apéndice de uno de los pasajeros dijo basta en pleno vuelo sobre el Atlántico. Demasiadas contrariedades para un vuelo que no terminaron al llegar a destino. Una vez que descendió del avión, debió aguantarse una cola de aquellas en los controles de migraciones y aduanas.

Nada de eso ayudó al alicaído ánimo de Simón, que, a esa altura, se entendía poseído por alguna suerte de maldición cósmica. Quizá, desde alguna parte, Francesca cumplía la promesa de no dejarlo tranquilo. Una suerte de continuación, desde el más allá, de lo que había sido mientras estaba viva.

Al salir al *hall*, se encontró de inmediato con la figura de su hermana. Allí estaba, enfundada en un abrigo de piel y con un sobretodo oscuro en el brazo. Era siete años mayor que él y bordeaba los cuarenta. Siempre bromeaba que era su versión femenina: el mismo pelo oscuro y los mismos ojos color avellana; también la misma tristeza en la mirada cuando algo la atormentaba.

Se acercó a ella, sin dejar de reparar en que lo contemplaba con cara preocupada.

—¿Cómo estuvo tu vuelo? —le preguntó, luego de abrazarlo con ternura y besarlo en la mejilla.

—Terrible.

—Me lo imaginaba por las demoras. Reprogramaron el horario de llegada dos veces.

—Espero que no hayas tenido que esperarme todo este tiempo. —Simón le vio en los ojos que había sido justo así.

La devoción que ella sentía por él era de las pocas cosas de las que podía estar seguro en ese mundo suyo tan incierto últimamente. Desde que habían perdido a sus padres en un accidente cuando eran pequeños, ella lo había protegido. Más que hermana, había sido en realidad una especie de madre. Aunque estaba casada desde hacía años, igual se preocupaba por él como cuando eran niños.

—Pasé por casa y te traje tu sobretodo. Por si nos faltaran males, hay una ola de frío polar.

Se lo pasó; él se lo colocó de inmediato. No había atinado a dejar a mano algo más abrigado que un *pullover* fino. Una ola polar, pensó, venía a ser el digno broche final de un regreso complicado y penoso. Sí, la temperatura debía de ser muy baja. El frío se percibía dentro del *hall* del aeropuerto con calefacción central y todo.

Caminaron hasta donde Estefanía había dejado el auto. La mayoría de la gente con la que se cruzaron eran parejas, solas o acompañadas de parientes o amigos, era fácil distinguirlas. Caminaban abrazadas o tomadas de la mano y muchas de ellas, con chicos que alborotaban alrededor. Todo eso, sumado al cansancio, le acentuó la sensación de taciturnidad. Una vez fuera, el frío lo forzó a abotonarse el abrigo hasta el cuello.

En verdad no tenía ganas de hablar de nada cuando subió al auto, solo quería estirarse en el asiento y ver cómo pasaba el mundo por la ventanilla. Pero su hermana lo había esperado por horas y no podía hacerle eso.

—¿Cómo te fue? —le preguntó ella.

Buena pregunta. ¿Por dónde empezar? Trató de ser lo más breve y conciso posible al relatarle todo lo ocurrido en Florencia. Cuando terminó, notó dos cosas: una, la incredulidad en el rostro de su hermana; la otra, que había hablado más de esa mujer misteriosa que de las cenizas de Francesca.

—Vaya —comentó, sin dejar de mirar hacia delante en el carril más rápido de la autopista Ricchieri—. Es algo difícil de creer. —Las palabras estaban medidas por el tacto. No quería molestarlo, pero tampoco terminaba de convencerla ese relato.

—¿Por qué esa cara? —le preguntó Simón, algo molesto—. Así pasó, no fue producto de mi imaginación.

Ella pensó muy bien qué decir antes de hacerlo.

—No lo sé, Simón. Has estado muy mal últimamente.

—Si fue algo producto de mi dolor, se veía muy real.

—Nada es más real que aquello que imaginamos. La mente puede jugarnos malas pasadas a veces. Creo que no tengo que decírtelo.

Antes de viajar a Italia, en dos ocasiones se había despertado por la noche al sentir que alguien tocaba el piano. Por supuesto, no había nadie, y a eso se refería su hermana. Él se enojó consigo mismo por habérselo contado.

—Te llamaron otra vez de Estados Unidos cuando no estabas. —Estefanía era una experta en el arte de pasar de un tema a otro como si nada cuando no convenía seguir con una conversación. Por una vez, estaba de acuerdo con ella en hablar de otra cosa.

—¿Intel o el Instituto Tecnológico de Massachusetts? —le preguntó.

—Ese último. Están deseosos de venir para hablarte. No sé por qué estás jugando a las escondidas con ellos.

—Lo único que quieren es conocer si he avanzado más que ellos en el microprocesador.

Por una vez, su hermana apartó la vista de la autopista para observarlo un breve momento.

—¿Y lo estás o no?

Fue la primera vez en que Simón pudo sonreír bastante tiempo.

—Creo que estoy en la dirección indicada. A decir verdad, encontrarme con esa mujer pareció ponerlo todo de nuevo en perspectiva.

Esperó que ella no le pidiese detalles de cómo y en dónde había conseguido ubicarse.

—Es una pena, entonces, que haya desaparecido así como así.

Simón miró por la ventanilla. El dolor de la pérdida volvió a él, pero había conseguido engañarlo por unos minutos, dejarlo de lado y pensar en el proyecto que lo tenía ocupado hasta que sucedió la muerte de Francesca.

—Sí, una verdadera pena.

—Puedo quedarme en tu casa esta noche, si te parece.

Simón negó con la cabeza.

—No quiero que tu esposo me odie más de lo que ya lo hace.

Vio el fastidio de su hermana por el comentario.

—Mario no te odia. Es un poco celoso, eso es todo.

—Es una forma elegante para definir a una persona posesiva y dominante. Ella se molestó aún más.

—Simón, por favor, no nos vemos desde hace días, tengamos el viaje en paz.

No quería pelear; tampoco él. Debía de ser el cansancio y la frustración lo que lo llevaba a ponerse así de fastidioso con la persona que seguramente lo amaba más que ninguna otra en el mundo.

—No es necesario que te quedes.

—No me gusta dejarte solo.

—No voy a estar solo.

—Por supuesto que sí. Por Dios, Simón, hay un punto en que uno debe aceptar las cosas como son y seguir adelante.

—Como si eso fuera tan fácil —decidió sincerarse, incluso a costa de intranquilizarla más. Por alguna razón, necesitaba decirlo—. No puedo aceptar que no esté. Simplemente no puedo, todo me hace recordarla.

—Pero no está, murió; inventar mujeres que se le parezcan no va a ayudarte en nada.

Él no le contestó, no tenía sentido. Era obvio que su hermana no le creía nada de lo que había pasado en Florencia; no podía culparla. A él varias veces le ocurría lo mismo, dudaba de si en realidad le había pasado. No sabía, a esa altura, qué pensar de sí mismo.

CAPÍTULO VIII

Terminó de quitarse el maquillaje frente al espejo. A su espalda, ya metido en la cama, su esposo leía unos informes. Cada uno permanecía en sus cosas, sin molestarse. Era la forma en la que terminaban sus días desde hacía mucho tiempo. Se trataba de un matrimonio sin conflictos, pero también sin pasión. Eran buenos compañeros, pero no mucho más que eso. Hubo un tiempo de velados reproches, aunque fue breve y pasó pronto al olvido; ninguno se hacía demasiadas ilusiones respecto del otro. No se daban, pero tampoco reclamaban que el otro lo hiciera. De todas maneras, ambos decían que se amaban y sentían algo similar a eso; Estefanía, al menos. Se parecían mucho: se sabían seres ambiciosos y prácticos, lo que había alimentado la pasión en los comienzos. Luego, los esfuerzos de ambos se dirigieron a la empresa antes que al matrimonio. Cuando desapareció el apasionamiento mutuo, no era poco lo que quedaba entre ellos: cortesía, compañerismo y estabilidad.

Tal vez, si hubieran podido tener hijos, todo habría sido distinto. O no. A esa altura, Estefanía procuraba no pensar en lo perdido, sino en tratar de aprovechar lo que tenía. Siempre había intentado ser una mujer práctica, pero, incluso, al asumirla de ese modo, su situación conyugal no dejaba de dolerle en el alma.

La lastimó en especial cuando, sin querer, escuchó a Mario decir en una conversación de amigos cuando creía que ella no estaba cerca:

—Lo único que queda de mi matrimonio es una aceptable situación financiera.

Años antes, había pensado que ser feliz era dejar de lado ciertas sospechas. Ahora, ya se negaba a pensar que la mejor parte de su matrimonio se había esfumado. No sabía dónde, cuándo o por qué, solo trataba de mantener lo que todavía conservaba. ¿Por qué lo hacía? A esa altura, ya no se hacía ilusiones de que fuese por amor o por algún afecto similar, no era tampoco por miedo a la soledad, sino sencillamente por vergüenza a tener que reconocer que había fracasado en su vida personal.

Varias veces había pensado que podía reconquistarlo, volver a vivir con Mario las intensidades de una vida íntima pasada; sin embargo, nunca encontró el menor eco en él. Y si bien había abandonado esos esfuerzos, todavía conservaba ciertas prácticas de ese tiempo. La principal era arreglarse cada noche como si fuera a ser avanzada por él: lucía peinada y perfumada de manera impecable y vestida con sugerentes vestuarios nocturnos. Aun cuando no sucediera nada, al menos tales hábitos le mantenían la autoestima razonablemente en alto. Y aunque el espejo era su juez respecto de lo bien que se veía sin importar el paso de los años, sabía que ese orgullo implicaba también una debilidad. En secreto envidiaba a sus amigas que se sumergían en la cama con el cabello cubierto de ruleros aprisionados por finas redes; también a las que, además, se embadurnaban la cara con alguna crema nada sutil, siempre blanca y aceitosa. A ellas no les interesaba cómo se veían en la intimidad; a la mayoría de sus maridos, tampoco. Pero con Estefanía era distinto, no habría soportado ni un momento verse de tal forma y no se atrevía a pensar cómo reaccionaría Mario frente a una situación de ese tipo.

—Invité a Simón para que almorzara con nosotros esta semana —le dijo a su marido al meterse en la cama.

Mario no le dijo nada y fingió seguir con la lectura de unos papeles. Se sintió incómoda al esperar una respuesta que no llegaba. Tenía una novela en la mesa de luz, pero se resistió a tomarla. Solo la miró, y lo hizo más para disimular la espera de una respuesta que por otra cosa. Su título era *Conversación en La Catedral*, y la había escrito ese autor peruano de moda, Mario Vargas Llosa. Era lo primero que leía de él pese a tener otras dos obras. Un escritor comunista, lo habría descalificado su esposo. En realidad era lo que hacía con todos, incluso, cada vez menos disimulo, también lo hacía con ella.

No había tenido en mente comprarlo, pero cuando lo abrió por pura curiosidad en la librería, quedó como petrificada ante su primera frase: «Desde la puerta de La Crónica Santiago mira la avenida Tacna, sin amor». Pensó que bien podrían haberlo escrito para ella. A Estefanía, su marido, igual que Santiago a Tacna, desde hacía tiempo la miraba sin amor.

—¿Y ahora qué le pasó a tu hermano? —La respuesta en forma de pregunta la agarró desprevenida. Se dio vuelta para verlo, pero él seguía en la lectura de los papeles.

—Sé que no te gusta, pero estoy preocupada por él.

—Es nuestra única comida juntos de la semana. Es perfectamente razonable que no quiera a terceros.

Usaba de nuevo ese tono de superioridad y condescendencia que ella detestaba; de todos modos, no le dijo nada al respecto. Desde hacía tiempo, había renunciado a reclamarle esas cosas. Buscaba, cada vez con menor éxito, mantener la ilusión de una concordia.

—Regresó raro de Italia. Dice que conoció una mujer igual a Francesca.

Eso sí logró apartarle la vista de los documentos. La miró por encima de los anteojos de lectura. En los labios, se le dibujó una sonrisa irónica. Se veía que la noticia lo había regocijado de una forma malsana.

—¿Cuándo vas a convencerte de que tu hermano está cada día más loco? Lo de esa mujer es lo de menos, peor resulta gastar todo lo que hace en esa cosa que no va a funcionar nunca.

—Son varios los que están interesados en lo que hace. Todos del exterior.

—Qué raro, mi esposa lo defiende.

—¿Por qué no lo haría? Aparte de ser su hermana, creo en él. Es un ingeniero brillante.

—Nos va llevar a la quiebra por su capricho. No tengo que decirte cuán al límite estamos en lo financiero.

—No niego que se haya estirado un poco en las fechas y en los costos, pero va a lograrlo.

—O a hundirnos.

Ella no quiso contestarle nada. En general defendía a su hermano, al menos con timidez, pero esa vez, lo que acababa de decir Mario, era también lo que ella temía.

Como nunca antes, la continuidad de la empresa dependía del éxito de Simón con su proyecto. Habían gastado demasiado como para solo dejarlo. Estaban a mitad del río: o alcanzaban la otra orilla y se salvaban, o serían arrastrados sin remedio por la corriente. Y como si la situación no fuera lo suficientemente crítica, desde la muerte de Francesca, Simón había comenzado a actuar cada vez con más extrañeza.

Temía, con toda sinceridad, que Mario estuviera en lo cierto.

* * *

Su actitud violenta la sorprendió. Sabía que estaba ante alguien autoritario, creído de sí mismo y a quien no le importaba nada del resto del mundo. Como era habitual en la gente de poder, o que aspiraba a tenerlo, no le gustaba ser contradicho en sus deseos, aunque nada la preparó para esa reacción.

El cachetazo le dio justo en la mejilla y le hizo girar el rostro a un lado. Quiso devolverle el golpe, pero él la atajó y le aferró el brazo cuando ya tenía la mano en alto.

—Ni se te ocurra.

Ella lo miró desafiante. No había llegado a ese punto de su vida para permitir que un hombre violento la tratase de esa forma. Estaba enojada por el golpe recibido, pero más aún lo estaba con ella misma por dejarse sorprender de esa forma.

La culpa, una vez más, la tenían los cambios que parecía haber sufrido su carácter. Había centrado su interés en ser liberada de aquello a lo que se había comprometido antes que en cuidar su propia seguridad. Tal descuido, como cualquier otro desliz en su área de trabajo, conllevaba un desagradable precio que pagar. Pero no por eso iba a dejarlo pasar. Ahora estaba en inferioridad de condiciones físicas y por eso no era prudente llevar las cosas a más. Pero no lo olvidaría, sería una cuenta a cobrarse en el futuro.

—Que sea la última vez que me pone una mano encima —le advirtió.

—Teníamos un acuerdo.

—Ya le dije que no lo pude hacer. Es demasiado inteligente para caer.

Su contratante la miró con una expresión sobradora.

—No juegues a la tímida conmigo, conozco tu historia. Sé muy bien que te resulta posible sacarle a un hombre lo que te propongas. No sé por qué no seguiste adelante con el plan, dicen que nunca dejaste un contrato a medias, sin cumplir. Tal vez que tu reputación no es tal como se la publicita.

Ella pensó sus opciones. Sabía que estaba en peligro, pero no más que en otras ocasiones. Ese hombre, a pesar de sus buenos modales y la ropa cara a medida, era por demás peligroso; no iba a subestimarle. Había lidiado con lo peor de los seres humanos lo suficiente como para saber que la persona que tenía enfrente no tenía nada que envidiarles a ellos. Podía disimularlo con su solvencia económica o nivel de estudios, pero en nada cambiaba lo que era: un psicópata que sabía lo que buscaba y cómo lograrlo.

Estaba, por otra parte, su ego profesional. La confianza lo era casi todo en ese mundo de trampas y engaños en el que ella se movía. Echarse para atrás, dejar a un cliente de ese calibre sin satisfacer, podía traerle no pocas consecuencias desfavorables.

—Quiero más —le dijo al fin.

Debía disimular lo que en realidad le pasaba.

—Ah, era eso. Tendrías que haberlo pensado mejor al fijar tu precio.

—Va a ser mucho más difícil de lo que pensé en un principio.

—¿Y de cuánto sería el aumento?

—Del doble.

—Es algo elevado ese reajuste tuyo.

—Un trabajo de calidad siempre es algo costoso. Si no le parece, dejamos todo como está y cada cual por su lado.

Era justo lo que buscaba, porque estaban por agotársele las opciones para salirse de lo pactado. Todo el asunto había estado mal barajado desde el principio, pero andaba en una mala temporada y necesitaba el dinero. Debía haberlo sabido desde el inicio, cuando le propuso llevarlo a cabo. Algo en ella le decía que no debía aceptar, pero la suma ofrecida la tentó. Todas esas prisas para llevarlo a cabo y esos aspectos innecesarios sobre provocarle sufrimiento; ella estaba acostumbrada a encargos más profesionales, de esos que se planean con tiempo y en los que no se hace nada más, en cuanto al daño, que lo estrictamente necesario. Pero allí las circunstancias habían sido otras. El personaje de la mujer que interpretó no era muy meticuloso, no había tenido tiempo de prepararlo mejor, y con tanto apuro hasta había tenido que usar su nombre real. No tenía documentos que justificaran otra identidad llegado el caso; tampoco el dinero para adquirirlos. Eso era lo malo de ese tipo de trabajos que se hacían por cuenta propia: debía encargarse de todos los detalles y asumir de su bolsillo los costos. Había hecho lo que razonablemente podía hacerse en el breve tiempo que su contratante le había estipulado. Todas esas eran razones adicionales para salirse de la manera más rápida y limpia posible.

Antes del golpe, había ofrecido devolverle la entrega, pero su contratante no quiso escuchar razones. No solo quería robarle algo, sino también martirizarlo. Resultaba algo paradójico que una persona tan cercana a Simón le tuviera tanto odio. Le extrañaba el hecho de que, a lo largo del tiempo, todos esos sentimientos no se hubieran exteriorizado de otra forma. Sin dudas, su contratista era tan experto en el arte del disimulo y la traición como ella; por eso mismo sería igual de peligroso pretender defraudarlo.

Sintió crecer la ansiedad en ella, mientras veía cómo evaluaba el nuevo monto que la había pedido. Rogó que no aceptara, que le dijera que todo había terminado.

—Está bien, acepto, pero sin sorpresas de acá en adelante. No trates de tomarme de nuevo por tonto o te irá mal.

Era justo la respuesta que temía oír.

CAPÍTULO IX

Simón había retornado a su trabajo habitual en la empresa en un día pésimo. Una vez más, los ensayos y pruebas habían dado resultados opuestos a los esperados. Se pasó media mañana en el laboratorio, al tiempo que recibía informes de nuevos fracasos y contratiempos. Cuando volvió a su oficina, se halló frente a otro disgusto. Su cuñado aprovechó su ausencia cuando bajó al laboratorio para colmarle el escritorio con cuestiones contables de las que siempre procuraba huir. Era el modo que tenía de molestarlo por la invitación a almorzar que le había extendido Estefanía. Una pequeña represalia para dejar en claro que no quería que fuera.

Repasó una y otra vez los puntos críticos del proyecto. Luego le pidió a Facundo que fuera a su oficina para decidir algunas cuestiones. Los unía una vida en común: habían sido compañeros de estudios desde el colegio, más tarde, en la facultad de ingeniería; sin embargo, no siempre concordaban en lo que debía hacerse. El desarrollo del microprocesador los tenía cada vez más enfrentados. Se suponía que Facundo debía secundar a Simón en la dirección del proyecto, pero la falta de solución a ciertos aspectos críticos y necesarios para avanzar había hecho subir la tensión entre ellos. Facundo era partidario de intentar algo nuevo; Simón, de persistir en el camino ya recorrido.

No saldaron esa diferencia en la reunión que tuvieron. Concordaban en el diagnóstico de la situación, pero no pudieron consensuar una salida superadora de ese estado de cosas.

Se miraron las caras luego de constatar la irreductibilidad del otro. Simón observó, molesto, a su amigo y colaborador. Allí estaba, le devolvía la mirada, a su vez, con esos ojos engañosamente tímidos detrás de los anteojos. Aunque era incapaz de ponerse una corbata con el saco y Llevaba el cabello rubio largo hasta cubrirle por entero las orejas, la rebeldía exterior no llegaba al plano de las ideas. Facundo era, en ese campo, un disidente por demás discreto, de aquellos incapaces de llevar a mayores extremos una diferencia de opinión. Solo exponía sus diferencias, nada más que eso. Todo lo demás se

lo guardaba hacia adentro. No discutía ni aceptaba ser rebatido y se refugiaba en un pertinaz silencio siempre que pasaba eso. Muchos entendían que se trataba de una muestra de ego y orgullo antes que de humildad.

No tenía sentido gastar el tiempo de ambos en la búsqueda de un acuerdo cuando ninguno estaba dispuesto a ceder en su postura. Le agradeció, más por cortesía que por sentirlo, al terminar la reunión; Facundo salió por la puerta de la oficina tan cerrado en sus puntos de vista como cuando entró.

Simón se quedó solo, mientras rumiaba sus problemas. Miró hacia afuera por el ventanal que tenía en la oficina. El paisaje de la ciudad, con edificios horribles, parecía estar a tono con su ánimo. No podía ver allí nada que no fuera desalentador y aburrido.

Deseó otra vez estar en Florencia con ella. Desde que había regresado, las imágenes de Francesca y Eloisa se turnaban para ocupar su mente. A falta de una, dos ausencias.

Se obligó a poner en limpio la cabeza y volver a su tarea. Intentaba trabajar en los bocetos, pese a todos los recuerdos de quienes no estaban y las molestias de los que tenía cerca. Sabía que estaba en una carrera contra el tiempo para llegar a un prototipo aceptable de microprocesador. Papeles, carbónicos, lápices y biromes de tres colores estaban desparramadas a tal fin por todo el escritorio. Se hallaba a mitad de camino de reformular una parte del diagrama, cuando vio la luz del intercomunicador encenderse. Reprimió el insulto para sus adentros. Esa maldita caja gris plástica, con parlante y micrófono en el interior, le cortaba las ideas por sexta vez en la mañana.

—Ingeniero, soy Gladys. Disculpe la interrupción, pero necesito que vea algo.

Era su secretaria. ¿No había sido claro cuando le dijo que no lo molestaran? ¿En qué idioma tenía que decirlo para que le hiciera caso?

Pulsó un botón negro, el segundo de una hilera de ocho. Una luz anaranjada se encendió.

—Intento concentrarme en un tema, Gladys, déjelo para después.

Si creyó que con eso había dado por terminado el asunto, estaba equivocado. Acababa de volver a observar un croquis, cuando sintió que la puerta de su oficina se abría.

Antes de que pudiera decirle nada, la secretaria le alcanzó un par de papeles que habían sido arrugados y vueltos a alisar.

—Disculpe la intromisión, escuché lo que me dijo, sin embargo, creo que debe ver esto.

Tenía el rostro lívido, como si se hubiera cruzado con un fantasma. Simón observó los papeles. Ambos tenían en el membrete su nombre y cargo en la empresa, así como los teléfonos y domicilio. Más abajo, había unos trazos y símbolos dentro de un rectángulo, casi idénticos el uno del otro. Reconoció de inmediato el estilo. Eran hechos por él mismo.

—¿De dónde sacó esto?

—Era lo que quería decirle, parece eso en lo que trabaja. Los trajo una mujer que no quiso dar su nombre.

Fue el turno de Simón de poner cara de sorprendido. Luego, una sonrisa se le dibujó en los labios.

—¿Dónde está ella?

—Se fue luego de entregármelos. No quiso darme mayores explicaciones, dijo que usted entendería.

Simón salió como disparado del asiento. No podía ser, la había tenido tan cerca sin saberlo.

—Ingeniero, yo no sé cómo decirlo, pero esa mujer... Bueno, era igual a su esposa.

Gladys no podía dejar de decírselo, aunque la tildara de loca. Pero Simón apenas si la había escuchado. Salió casi a la carrera de la oficina.

* * *

No esperó el ascensor, bajó los seis pisos por las escaleras como un poseído. Los pocos que encontró en el camino lo miraron sorprendidos. El pasillo de la planta baja que seguía hasta la calle se le antojó interminable. ¿Cómo podían los segundos convertirse en algo eterno? Una vez en la vereda, miró hacia un lado y al otro con desesperación. Era como volver a Florencia, cuando decidió salir del hotel para buscarla.

Le pareció, a media cuadra de distancia, ver alejarse una figura de mujer que le llamó la atención. Echó a correr, mientras trataba de no atropellar a los transeúntes que iban en sentido contrario. Le gritó sin dejar de correr, pero la mujer se alejaba entre los que iban y venían hasta que se escapó entre la multitud.

Cuando perdió al fin las esperanzas y volvía al edificio, alguien conocido lo esperaba casi en la puerta de ingreso.

Ella lo vio primero; no apartó la mirada cuando él volvió a repetir su nombre:

—¡Eloisa!

De nuevo pudo sonreír luego de varios días sin hacerlo, desde que estuvo con ella en ese cuarto en Florencia, para ser exactos. Por unos momentos se preguntó si ella de verdad estaba allí o si era una alucinación. Se le acercó despacio, como si cualquier movimiento brusco de su parte pudiera espantarla.

Sí, definitivamente era ella, la misma mujer de Florencia. Vestía un *trench coat* rojo ceñido a la cintura y con doble hilera de botones negros, que se abría lo suficiente en el cuello como para destacar un suéter blanco de cuello alto. Llevaba el pelo castaño recogido hacia atrás, lo que parecía aumentarle la expresión de duda que llevaba en el rostro.

Procuró tranquilizarse. Tenía el rostro enrojecido y sentía que el corazón iba a salirse del pecho.

Una vez frente a frente, la observó. Le habría gustado tocarla para asegurarse de que era real, pero se contuvo. Tenía en el rostro demasiada timidez e inquietud y no quería asustarla, sobresaltarla, enojarla o hacer algo que fuera una causa para que ella se alejara otra vez de él.

—Hola, Simón —le dijo simplemente. Quizá porque no sabía de qué otra forma iniciar una conversación—. Te vi salir a la carrera y no supe si seguirte o esperarte acá.

No podía quitarle los ojos de encima, aunque procuraba disimular lo que él le provocaba. No había podido dejar de pensarlo y, ahora que lo tenía enfrente, lo encontraba aun más apuesto con ese traje a cuadros de color *beige* y marrón, que combinaba perfecto con esa corbata oscura un poco desajustada y con el celeste pálido de la camisa. Parecía que había corrido un maratón para alcanzarla. Esa mezcla en él, de ejecutivo formal y loco desesperado, la cautivó de inmediato. Todo en él era atractivo.

Se repitió una vez más que no debería haber ido de nuevo a buscarlo, incluso cuando no tuviera otra salida. Se trataba de un hombre peligroso, no porque fuera malvado, sino todo lo contrario. Ella sabía lidiar con los malos, pero desconocía cómo hacerlo con quienes no se comportaban de esa forma, pues nunca se había cruzado con uno de ellos. Simón era el único que podía desbaratarle los planes.

Él todavía estaba sorprendido de tenerla así, tan cerca. No había dejado de pensar en ella, pero ya se había hecho la idea que no la vería de nuevo. Para su fortuna, estaba equivocado.

—Te fuiste sin darme la oportunidad de saludarte.

—No quería molestarte. Solo pasé a devolverte esos papeles que dejaste en el cuarto. No sabía si podían servirte o no.

Él la observó con ojos inquisitivos. Esa mirada, pensó Eloisa, la misma que agitó su interior en Florencia.

—No creo que hayas cruzado medio mundo para traerme unos papeles arrugados.

Ella bajó los ojos, se diría que con timidez.

—No, no fue por eso. Quería verte primero, luego me arrepentí. Me entró un miedo tonto porque no sabía qué podías pensar sobre mí. Cuando salí a la calle, dudé si volver o no; entonces saliste corriendo.

Ese hombre tenía la capacidad de confundirla, de dinamitarle la voluntad. Por fortuna, él no se había aprovechado de esa debilidad y no lo hizo tampoco en ese momento. Se le veía en el rostro la expresión de alivio y gozo por haber dado con ella. Si supiera...

—Yo también quería volver a verte —le dijo Simón, que se acomodó el pelo con una mano—. En Florencia desapareciste sin despedirte.

Ella notó en lo último que había dicho un indisimulado tono de reproche. Y tenía razón, tuvo que reconocer, sin poder decirle por qué había tenido que obrar de esa forma.

—No quería rendirme a lo evidente.

—¿Y en qué consiste eso?

—En que... Bueno, siento ciertas cosas.

—¿Por mí?

Ella asintió.

—¿Y eso es algo malo?

Él estaba feliz de escuchar esas palabras; su sonrisa cautivadora no le facilitaba en nada las cosas a Eloisa, que debió tomar unos instantes para juntar coraje antes de responderle. Se comportaba como una tonta y lo sabía, pero no era fácil la posición en la que estaba. No quería dañarlo, pero tampoco resultar lastimada.

—No soy una mujer buena, Simón. Lo mejor que podrías hacer es volver a tu oficina y olvidarte de mí.

Se lo decía en serio. Él se acercó un poco más y la tomó del brazo; no quería perderla, que se fuera otra vez. Le pasó los dedos sobre la mano y la muñeca. Podía sentir cómo una piel reaccionaba contra la otra: con un escozor que tenía algo de eléctrico. Ella, al principio, se resistió a ese contacto físico, pero terminó por tomarle la mano.

Eso era justo lo que la había hecho escapar de su lado en Italia. Una vez más, confirmaba aquello que más temía: estaba unida a ese hombre de una manera extraña, tanto como él parecía estar atraído por ella, por su imagen o

por lo que fuera. Había un algo que volvía a enlazarlos, pese a todas las posibilidades que tenían para separarse.

Él trató de expresar lo mejor posible sus sentimientos sin parecer un tonto o caer en el patetismo.

—Yo veo a una persona maravillosa, más allá del misterio que siempre te gusta tener a tu alrededor.

—No es por gusto que lo hago. No es fácil lidiar conmigo. Mejor así, sin que sepas demasiado de mí.

—No creo que seas una mala persona.

Ella le dirigió una mirada triste.

—Te decepcionaría saber al respecto, puedo jurártelo.

Sus ojos estaban muy serios y tristes, igual que cuando se fue de su lado. Al menos reconocía esa aura de misteriosa, una propia, que era tanto o más asombrosa que el parecido con Francesca.

—Voy a tomar el riesgo. El mundo parece cambiar cuando te tengo conmigo.

—Todo esto es muy loco, Simón; no niego que fue algo hermoso. Creo que a los dos nos alivió nuestras penas. Pero somos un misterio el uno para el otro. Es mejor dejar así las cosas.

—No quiero hacerlo. ¿Qué importa que no nos conozcamos todavía? La vida es un misterio, todos nosotros somos misterios andantes, hasta para nosotros mismos. No me interesa saber nada de tu pasado, quiero tenerte en el presente.

—Simón, solo te gusto porque me parezco a...

No pudo nombrarla, no quiso hacerlo. Era una presencia incómoda. Simón negó con la cabeza, pero a Eloisa le habría gustado que le dijera que la quería a ella y no a una muerta. Él no lo hizo, sin embargo. Y, a pesar de esa expresión gestual de negación, no se hacía ilusiones, porque no creía que él negaba para rebatirle las palabras, sino solo porque esperaba que eso no constituyera un impedimento para seguir viéndose.

Estaba claro que Eloisa no tenía forma de convencerlo de que se apartara de su lado. ¿Podría ser él la excepción a su maldita condena con los hombres? Si así fuera, solo complicaba más las cosas.

Cuando Simón comenzó a caminar de vuelta hacia el edificio de su empresa sin soltarle la mano, Eloisa se dejó llevar. Al traspasar la puerta, ella le habló con un tono de voz que revelaba que estaba un poco molesta:

—Te lo advertí, Simón: lo que pueda pasarte ahora es tu culpa.

CAPÍTULO X

Eloisa conducía bien. Podía verse que le gustaba la velocidad y detestaba quedarse por mucho tiempo en un mismo carril de la avenida. Tenía la mayor parte del tiempo la mano derecha en la caja de cambios para colocar una marcha distinta cuando fuera necesario.

—¿No deberías ir un poco más despacio? —le preguntó Simón, con algo de preocupación en el rostro. Ella era, al volante, todo lo contrario a lo que él acostumbraba al manejar.

—Miedoso —le recriminó con una sonrisa. Luego, apuró una vez más la marcha para pasar a un camión con caja trasera de madera. Lo hizo en dos movimientos, con la aguja del velocímetro en la marca de los cien kilómetros por hora. Ella y el Ford Fairlane se entendían a la perfección; una simbiosis entre mujer y máquina. Pero también, un vínculo alimentado del vértigo, que no resultaba para nada del agrado de Simón.

Aferrado al asiento del acompañante, no podía dejar de preocuparse por cómo conducía ni sacarle la mirada de encima. Dos sentimientos lo poseían: la inquietud y la atracción hacia ella.

A Eloisa le encantaba esa atención; cada vez que podía lo miraba de soslayo. Dejaba por un momento de agitar la caja de cambios para acariciarle la pierna con la mano. Sabía que lo había hechizado. Podía parecerse físicamente a Francesca, pero conducir de esa forma acelerada no podía ser más distinto a la languidez de su esposa para llevar a cabo casi cualquier cosa. A excepción, claro está, del piano. Simón percibía en ella cierta fuerza y una clara dosis de temeridad que nacía de aquellos que saben que pueden perderlo todo y poco les importa.

Eloisa, por su parte, agradecía que la conducción la relevara de tener que observar a Simón. Desde lo ocurrido en Florencia, se sentía una extraña, estaba insatisfecha e inquieta y era él quien lo provocaba.

Simón era muy apuesto, y a ella le costaba disimular la atracción que sentía. Le resultaba difícil dejar de mirarlo cuando fijaba sus ojos en él. Ese

pelo oscuro, espeso, con suaves ondas, la tentaba a sumergirle las manos. Los ojos tan tiernos e inocentes, de hombre bueno, le resultaban hipnóticos, como la mirada de la serpiente que hipnotiza a un ave silvestre. Todo lo contrario a lo que ella era. Tal vez por eso la atrajera tanto, con esa intensidad inusitada. Desde hacía mucho tiempo, los hombres le resultaban indiferentes en lo afectivo. Eran, nada más, una necesidad de desahogo. Podía fingir casi cualquier cosa con ellos sin que ningún sentimiento se le cruzara en ese camino. Pero no con Simón. Desde el principio, lo disfrutó como se contempla extasiado a una obra exquisita de arte. Eso la asombró inicialmente y, luego, la asustó.

También sabía que él no carecía de experiencia con las mujeres. Había tenido incluso un par de relaciones sentimentales antes de Francesca. Para Eloisa, volver a verlo, le permitió entender esa sensación que vivió en la Toscana. Ya fuera por su bondad o por esa candidez que manifestaba, se trataba de un ser que seguía intacto, impoluto de callos de la existencia aun cuando la vida no le había sido muy fácil. Nunca se lo diría a nadie, porque temía pasar por loca, pero estaba convencida de su extraña virginidad, una del alma antes que de la carne. Se sentía a ese respecto una especie de corruptora, y eso la excitaba en vez de provocarle culpa. Sí, él era una extraña criatura, pero no más que ella misma.

Un sentimiento de atracción le daba vueltas, uno que se había negado a reconocer porque le complicaba muchísimo los planes. Pero surgió de nuevo, mientras conducía a toda velocidad el Fairlane azul oscuro por esa adormecida avenida que bordeaba la costa del río. No era la adrenalina de zigzaguear entre los otros autos lo que se le interponía en el camino. Estaba allí, una vez más, en cada ocasión que volvía a mirarlo o lo tocaba. Era lo que la llevaba, por primera vez en mucho tiempo, a sentirse feliz y entusiasmada.

Muy a su pesar, debió reconocer lo que le ocurría. No era una simple atracción sexual, no era ningún tipo de sentimiento subalterno de afecto, cariño o similar. Estaba enamorada de Simón. No podía mentirse más porque ya no tenía la menor sombra de duda al respecto, pero tampoco se hacía demasiadas ilusiones. Había aprendido, por las malas, que de esas situaciones nunca quedaba nada bueno para las personas como ella.

* * *

Luego de la discusión con su amigo y compañero de estudios de toda una vida, Facundo pasó por el despacho de Estefanía para desahogarse. Ella lo

atendió con interés; estaba preocupada por su hermano. Todas esas historias sobre una mujer que parecía la reencarnación de Francesca podían ser la señal de que Simón estaba en serios problemas de salud. Los cerebros privilegiados son también siempre más débiles para afrontar ciertas pérdidas o para mantener la cordura frente al dolor.

Escuchó las dudas sobre la habilidad de su hermano para llevar adelante el proyecto. Hasta cierto punto eran también las suyas, aunque se cuidó de emitir comentario al respecto. Sí, le prometió ocuparse del tema. Facundo se disculpó por tener que traerle esos problemas; ella replicó que nada había para disculpar y le agradeció por tenerla al tanto.

Lo acompañó hasta la puerta de la oficina. Para despedirse, él se le acercó, la tomó apenas del brazo y le dio un beso en la mejilla. No era nada que no hubiera hecho antes; sin embargo, desde hacía de un tiempo, ese tipo de demostración de afecto la incomodaba. Conocía a Facundo desde siempre, desde la niñez, a causa de la amistad con Simón. Había sido una presencia usual en casi todas las actividades de la familia y siempre lo había visto como a un amigo de su hermano. Pero él, al parecer, no sentía de igual forma y eso la descolocaba.

A veces, por la cercanía, no se repara en ciertas personas: eso le había sucedido a Estefanía. Encasilló a Facundo como «amigo de» y no lo percibió de ninguna otra forma. Si lo veía en retrospectiva, apenas si podía creerlo. Se jactaba de ser una buena observadora, pero había pasado por alto todas las señales.

Ahora procuraba no darse por aludida, trataba de convencerse de que no era tan así la cosa, de que estaba equivocada. De todos modos, él se mostraba cada vez más y más abierto en sus atenciones hacia ella. Simón se lo había dicho hacía no mucho, un tiempo antes de que falleciera Francesca. Fue una de esas charlas de hermanos en absoluta confianza que tenían cada tanto.

—Facundo te quiere con locura.

—Yo también lo estimo mucho.

—Te digo que te mira como mujer.

Ella se había reído con cierto nerviosismo, nunca se le habría ocurrido tremenda idea.

—Por favor, Simón, es de tu edad. Tenemos unos añitos de diferencia.

—Él no parece pensar eso.

—Soy una mujer casada —dijo, para ponerle fin a la conversación. No quería reconocerlo, pero las palabras de su hermano la preocuparon. Facundo era apuesto y mucho más joven, ¿qué podía buscar en ella? Es decir, no podía

dejar de halagarla que la viera de esa forma, pero, a la vez, le parecía descabellado que le profesara ese tipo de sentimientos.

Conforme pasaba el tiempo, veía cómo sin dudas él se sentía atraído hacia ella. En la empresa varias le andaban atrás: mujeres más jóvenes e incluso más atractivas que Estefanía, todas con la edad correcta como para tener una relación con él. Pero Facundo parecía no estar interesado en ninguna.

Por su parte, ella estaba casada pero no era feliz. ¿Eso la autorizaba a pensar en otro hombre? Se suponía que las mujeres casadas no pensaban en otro que no fuera su marido. Aun sin esposo, las mujeres de su edad, o cualquier otra, no debían pensar en hombres más jóvenes en términos románticos. Sin embargo, para los hombres era distinto, podían tener esa libertad dentro de lo razonable, aunque no estaba bien visto a la inversa. Desconocía quién lo había establecido de esa forma y se descubría incapaz de rebelarse en contra de tal mandato social.

Estefanía se había casado enamorada de Mario. Todavía seguía junto a él y mantenía el voto hecho en la iglesia ante Dios: juntos hasta que la muerte los separe. Sin embargo, no se hacía ilusiones respecto de los sentimientos entre ambos. El romance primero y el afecto después habían desaparecido de la relación.

Nunca se lo reconocería a nadie, ni siquiera a su hermano, pero algunas veces fantaseaba con imaginar cómo sería una relación con Facundo si fuera una mujer libre de ataduras. Él siempre había sido muy atento y afectuoso con ella, todo lo contrario de cómo se comportaba su marido. No le cabían dudas de que sería un compañero de lujo para cualquier mujer libre y de su edad. Y quien quiera que fuese, a esa mujer Estefanía le tendría una profunda envidia.

* * *

Fue una llamada tan temida como anunciada. Había jugado con ellos a las escondidas y todos los participantes de ese convenio secreto lo sabían, en particular quien lo llamaba. Su interlocutor, al otro lado de la línea, era un tipo de cuidado.

—Tenemos un trato —le recriminó. Hablaba en castellano, pero con ese acento marcado del sur de Estados Unidos—. Uno que no cumple.

—¿Qué le pasa, está loco? ¿Cómo va a llamarme a la empresa?

Intentó disfrazar la falta de respuestas con un fingido enojo, pero la siguiente frase le erizó la piel:

—Loco, no; con poca paciencia.

—Tendrán lo que les prometí.

Intentó parecer seguro de sus palabras, pero no lo logró en lo absoluto. Podía sentir el sudor frío del miedo que le empapaba la camisa. Reprimió una vez más el insulto a sí mismo por haberse metido en todo eso, por tener que llegar a esos extremos para solucionar los problemas. Pero no tenía mucho sentido culparse ahora, el pacto estaba hecho y no podía hacer otra cosa que cumplirlo.

—Usted nos aseguró que no debíamos preocuparnos —le recriminaron del otro lado de la línea en el extremo opuesto del continente.

—Y se lo digo una vez más ahora. Ya no tienen fondos: no podrán hacer nada.

—Dijo lo mismo el mes pasado y el anterior, pero no han cesado las actividades.

—Se endeudaron para seguir adelante; ahora ya nadie les presta. Se trata de la fantasía de un iluso.

—No intente tomarnos por tontos. —El tono de la voz que surgía del teléfono se volvió amenazante—. Heredia tiene la capacidad de hacerlo, usted lo sabe muy bien, tanto o más que nosotros.

—No tiene los medios, nunca los tuvo; tampoco los recursos, menos ahora.

—También escuchamos antes eso.

Se quedaba sin excusas. Maldito Simón. Debía fingir cada vez más cuando lo tenía cerca, disimular todo lo que en realidad quería hacer con él. Ya arreglaría cuentas en su momento con esa mujerzuela que no terminaba de hacer aquello para lo que se le había pagado. En tanto, debía justificarse con ellos una vez más.

—El proyecto está en punto muerto, tal como les he informado.

—Sus informes no son suficientes, queremos las pruebas. Se le especificó qué era lo que necesitábamos y usted estuvo de acuerdo en proporcionárnoslo.

—Me estoy ocupando justo de eso.

Las palabras no sonaron demasiado convincentes para su interlocutor. Escuchó también otras voces en inglés.

—Iremos en persona a tratar nuestro acuerdo —le dijo la voz con acento sureño.

—No es necesario, yo...

Sus palabras quedaron en el vacío, ya habían cortado la comunicación.

CAPÍTULO XI

Al entrar en la casa, recorrieron un pequeño vestíbulo pintado de un tono crema. En el medio, había una diminuta mesa redonda de madera oscura con un gran jarrón finamente decorado que contenía un enorme ramo de rosas blancas. Eloisa se detuvo a ver las flores por un momento. Eran hermosas y lucían como recién colocadas. Le sonrió a Simón.

—Es un gesto muy caballeroso si las pusiste para recibirme.

La sonrisa se le borró un tanto cuando él le explicó que era una demanda de su fallecida esposa. A los caprichos de esa muerta, que a esas alturas conocía como si hubiera vivido con ella, debía sumarle el querer rosas frescas todos los días.

Simón le pidió el abrigo y la ayudó a quitárselo. Con muy poca discreción la miró por unos instantes: al sacarse el *trench coat* reveló que traía puesto por debajo de la cintura una minifalda corta tipo escocesa a cuadros de líneas blancas, rojas y azules sobre un fondo verde oscuro. También dejó al descubierto un par de piernas estilizadas, visibles casi hasta el inicio de los muslos. Provocativa y a la moda, tal como nunca Francesca se había vestido.

Luego de colgar los abrigos pasaron por un amplio pasillo. Tras atravesar una puerta doble, llegaron a la sala principal de la casa. Se trataba de una habitación inmensa con paredes pobladas de cuadros y techos altísimos. Oculta en el fondo por un gran cortinado, una pared vidriada de anchas puertas daba a un jardín lleno de flores y árboles. Había en la sala, en el extremo opuesto al jardín, un amplio sofá con forma de «L» dispuesto frente a una chimenea de piedra. Sobre ella se ubicaba un gran cuadro de una mujer rubia vestida de largo. Tenía el cabello platinado, la piel aporcelanada y llevaba un trabajado vestido de fiesta igualmente blanco. Desde la pintura, la imagen de Francesca los observaba con ojos muy serios y adustos.

Eloisa experimentó una sensación muy rara al detenerse a observar el cuadro. Parecía que se veía a ella misma. Le habían dicho —incluso Simón al encontrarla— de la similitud entre ambas. Era la causa de que la hubieran

contratado y estuviese allí con él, sin embargo, nada resultaba comparable a observar el parecido en persona. Observaba, incrédula, una versión rubia de sí misma. De alguna forma, había algo, una conexión.

No podía quitarle la mirada. Francesca la miraba desde el retrato, y Eloisa no podía dejar de verla. Un ligero estremecimiento le recorrió el cuerpo. Sabía que se le parecía, pero no tenía idea de cuán iguales eran, al menos en lo físico.

Sintió entonces cómo un sudor frío le empapaba la frente y la espalda. No debía haber aceptado. Sabía que, por alguna razón, no debía estar allí; le costó dominarse para no entrar en pánico.

—Estás pálida. —Esas palabras la arrancaron del letargo. Cuando se dio vuelta, vio a Simón con una indisimulable preocupación en el rostro.

—Ha sido un largo viaje —le mintió, mientras intentaba sonreírle, cosa que solo pudo hacer a medias—. Necesito tomar algo fuerte.

Eloisa esperó no haber quedado demasiado en evidencia. Simón se apresuró en cumplirle el deseo.

A la derecha de donde estaban se hallaba dispuesta una barra con sillas altas. Ella miró cómo él se metía por detrás por un angosto espacio a uno de los lados.

—¿Qué te gustaría beber? —le preguntó solícito, mientras le hacía un gesto hacia la hilera de botellas tras el mostrador.

—Un *spritz* estaría perfecto. Con tónica y sin limón, si se puede.

Simón la miró algo aturdido. Sí, por supuesto que lo podía hacer de esa forma, era tal como lo tomaba Francesca. Procuró concentrarse en preparar la bebida y no volver a pensar en ciertas cosas. Le alcanzó el vaso tipo *highball* con el trago sin decir palabra.

—¿Pasa algo malo? —le preguntó ella tras tomar los primeros dos sorbos. El calor le volvía al cuerpo y su mente se despejaba con rapidez—. Estás tan asombrado como la primera vez que nos vimos.

Simón pensó si decirle la verdad o no. Por alguna razón, evitó decírselo. En cambio, no pudo contener la curiosidad de preguntarle:

—¿Por qué pediste ese tipo de trago?

—No sé, solo se me ocurrió, es muy común allá en Italia.

Eloisa se había sentado en uno de los taburetes altos cercanos al mostrador de la barra. Desde allí, cruzada de piernas y vaso en mano, paseó la mirada por la sala. Era imponente, cómoda y hasta lujosa, pero de todos los objetos bellos que había allí, ninguno resaltaba tanto —e invariablemente captaba cualquier mirada— como el piano. Uno enorme, de color negro, de

cola, ubicado en el centro. Su madera lustrosa delataba el cuidado casi religioso que se le prodigaba.

—Era su piano, ¿verdad? —le preguntó, y se levantó del asiento para acercarse al instrumento.

Simón asintió.

—Tocaba aquí todos los días, por horas. Creo que era la única actividad que la hacía de verdad feliz.

—Es un piano muy bonito.

—Se trata de un Bösendorfer de gran cola. Francesca me lo pidió como regalo de bodas. En realidad, yo prefería los Blüthner, pero la fábrica está en Alemania Oriental y no hubo forma de convencerlos de venderme uno. Supongo que no les gusta tener clientes al otro lado de la cortina de hierro.

Simón se había acercado al instrumento y, tras pasar un pañuelo sobre la madera que cubría el teclado para asegurarse de que no hubiera polvo, le hizo señas para que se aproximara. Ella se acercó, todavía con la copa en la mano.

—Que yo me le parezca tanto supongo que no debe facilitarte las cosas — admitió comprensiva.

Simón no supo o no quiso contestarle. Eloisa pudo verle en la cara que había cruzado una frontera indebida, se hallaba en un terreno tan prohibido como sensible.

Se sintió rechazada y molesta.

—Me encantaría quedarme, pero todavía debo buscar un hotel donde acomodarme —le dijo. Racionalmente sabía que debía irse, de esa vida y hasta del mismo país, de preferencia. Pero, en secreto y en lo profundo de su espíritu, esperaba no tener que hacerlo.

Simón la miró, todavía desconcertado por aquellas palabras. Esa sombra de molestia y rechazo se había esfumado en un instante. Volvía a tener la misma expresión tímida y bondadosa de siempre.

—Podrías quedarte acá —le propuso.

Eloisa lo miró muy seria.

—Te lo agradezco, pero te traería complicaciones.

Ni ella pudo entender por qué rechazaba ahora lo que había esperado tanto que él le ofreciera.

—Insisto.

Fue una insistencia débil, más con visos de ruego que de imposición. Si solo la quisiera por lo que ella era, pensó Eloisa, quizá las cosas habrían podido ser distintas. Pero no le convenía hacerse ilusiones: él solo veía en ella la imagen de otra.

—Hoy dejaste de almorzar con tu familia por mí. Siento que revuelvo tu vida.

—No es cierto.

—Tampoco sería algo muy propio. Traer una mujer a tu casa, a tan poco de... —Se detuvo al ver de nuevo cómo en el rostro de Simón se engendraba la molestia.

—Yo te quiero aquí, conmigo.

Sus palabras tuvieron esa grandiosidad de las frases simples y lograron conmovérla, pese a todas sus prevenciones. Nunca le habían pedido que se quedara en ningún sitio.

Eloisa se alejó para dejar el vaso sobre la barra y luego fue decidida hacia él. Había intentado tomarse esa distancia para tratar de convencerse de no seguir adelante, pero la demora solo consiguió enardecerla. Le tomó el rostro entre las manos antes de darle un beso fortísimo en los labios.

Sintió cómo él la aferraba y reaccionaba a sus estímulos. Luego hubo, de repente, un momento de indecisión. Por un instante, permanecieron inmóviles y solo se dejaba oír el rítmico sonido de sus respiraciones agitadas.

—Aquí no —le dijo, mientras separaba de los labios.

¿Era simple comodidad o la imposibilidad de llevarlo a cabo en el lugar preferido de su esposa muerta? ¿O se trataba del cuadro que lo perturbaba?

Antes de que pudiera decir nada, Simón la cargó en brazos y se la llevó de la sala. Lo último que vio al salir fue el rostro enmarcado de Francesca. Esa imagen todavía la atemorizaba, pero ahora también descubrió que la enfurecía.

La cargó a través de un pasillo. Aun no se decidía cómo tomar esa actitud de Simón, cuando él se detuvo y la puso contra una de las paredes. Más por sorpresa que por pasión, Eloisa le pasó los brazos por el cuello. Él la bajó, pero sin sacarle las manos de encima, y ella le acarició con desesperación la espalda, mientras él extraviaba las manos en los muslos de la joven.

Pronto, ella le desabrochó el cinturón del pantalón, en tanto Simón le levantaba la corta tela de la minifalda a cuadros y le arrancaba la ropa interior. A Eloisa la sorprendió ese gesto; lo encontró atractivamente varonil. Un reclamo de poseerla, algo que ella descubrió que deseaba con ansias que ocurriese.

Le abrió el cierre del pantalón casi al mismo tiempo que él apretó con fuerzas las manos bajo las nalgas de la muchacha y la elevó del suelo. Perdía el control de nuevo, como le había sucedido en Florencia. Se suponía que debía ser al revés, pero ese hombre, por momentos tierno y tan tórrido ahora,

la podía. Esos sentimientos enterrados en lo profundo la arrastraban una vez más allí, a ese lugar donde dejaba de dominar la situación. La pasión que Simón desataba le anulaba el juicio. Al poco tiempo, estaba en ese estado que solo quería gozar de él y dejar de lado todo el resto del asunto: exactamente lo que no debía hacer. Él era más adictivo que cualquier cosa que hubiera probado hasta entonces; no podía evitar desmoronarse, excitada, frente a los estímulos que le provocaba. Sin embargo, no la sacudía solo en lo sexual, también le provocaba otras cosas cada vez que estaban juntos. Lo hacía con las palabras y actitudes menos deliberadas. La modificaba: su cariño y bondad le hacían tener raros pensamientos. El más fuerte: avergonzarse de la persona que era y de lo que hacía. En ese momento, su pasión le revelaba que podía llegar a cotas de placer que nunca había pensado posibles.

Era demasiado bello, sin imperfecciones, como para resultar verdad. Siempre había desconfiado de la felicidad por haber sido, más que otra cosa, un espejismo en su vida. Pero ni su cuerpo ni su espíritu podían haberse confabulado para mentirle y engañarla de esa forma. Era feliz. Se sentía absoluta, plena e incondicionalmente presa del gozo más profundo, embriagador y reconfortante.

No creía en ninguna de esas teorías sobre el destino y no había hecho nada bondadoso en su vida para merecerlo. Todo lo contrario. De todos modos, por alguna razón y de la forma menos esperada, se había encontrado a ese hombre bueno. Eran los momentos en que casi podía aceptar que una voluntad sobrenatural dirigía la existencia de todos y determinaba los hechos que pasaban en el mundo.

Lo aferró con fuerza para adherirse a él. Su cuerpo explotaba por dentro en un abanico de sensaciones y necesitaba tenerlo adentro. Era como una droga que la convertía en adicta a sus caricias, a que la amara y a ese momento en que la hacía suya. El cuerpo casi se lo exigía. La subyugaba, la embriagaba, la obligaba a perderse en un mundo de placer desbordante.

Él entró profundamente en ella y la apretó aún más contra la pared. Se trató de una intrusión tan voluptuosa como querida. Eloisa se cerró sobre él y le apretó las caderas con las rodillas, al tiempo que le cruzaba las piernas en la espalda y se sostenía de su cuello con las manos.

Al principio se demandaron con cierta torpeza, apresurados en el ritmo; luego descubrieron cómo moverse acompasados. Entonces, avanzaron y retrocedieron, embebidos por la más sublime rutina de cortejo.

Entre las brumas de la pasión, ella tuvo que reconocérselo a sí misma: sí, definitivamente era un hombre peligroso, el más terrible que se le hubiera

cruzado en el camino. Por supuesto, él desconocía eso, y Eloisa esperaba que persistiera en dicha ignorancia por bastante tiempo más. Acaso que nunca se enterara de lo riesgoso que podría ser para ella. Casi tanto como ella era para él.

Llegaron así hasta el anochecer, cautivos el uno del otro.

CAPÍTULO XII

Se despertó, todavía incrédula y hasta algo aturdida. Aun le quedaban de la noche demasiadas sensaciones y sentimientos por digerir. Como en el hotel de Florencia, él había estado deslumbrante. Tenía un vigor físico como pocos que hubiese conocido. Tal vez como ninguno. Combinaba eso, durante la pasión, con un esmerado cuidado y afecto por el otro. Simón era tan insaciable como gentil, atento y romántico.

Era eso lo que la descentraba y le hacía caer todos los planes. Nunca antes un hombre había podido conmoverla de esa forma, solo la habían sorprendido, desilusionado, espantado o dado asco.

¿Podía ser que él fuera distinto a todos y que se tratara del hombre a su medida? Tal vez, esas historias de amor eterno y gente predestinada a pasar juntos una vida existieran. Su madre siempre lo creyó, a pesar de su propia experiencia de vida. Quizá por eso, Eloisa nunca había tenido demasiada fe en el asunto. La carne era la carne y la gobernaban otras reglas, unas normas que nada tenían que ver con lo que en general denominaban amor o cariño. Se trataba de una simple atracción animal, una necesidad que debía ser satisfecha. Podía agradar más o menos, como una comida, pero no pasaba de eso.

Simón la había hecho dudar de todo y ahora pensaba como una adolescente. Sí, como aquellas estúpidas enamoradas que ella siempre se había resistido a ser. Quince años después, casi en sus treinta, desenterraba sentimientos que creía haber dejado para siempre en el pasado. Él tenía la culpa.

Palpó con las manos hacia los costados para dar con él, para tocarle de nuevo la piel, pero no halló nada. Se descubrió molesta y perdida porque él no estaba allí. Fue solo por un momento, antes de prohibirse seguir en ese estado impensado. Dios, cada vez se parecía más a su madre. No era algo que le agradara, ya que ella había sido el epítome de la mujer débil, sojuzgada de continuo por los hombres; primero por el padre de Eloisa, y luego por el

esposo con quien había formado pareja más tarde. Sacudió también ese asunto de su mente. Se preguntó por qué estaba tan sensible al pensar en cuestiones que le había sido indiferentes por años.

Rodó sobre la cama vacía. Buscaba, en medio del caos de sábanas y cobertores, dónde había quedado su ropa interior; su mente, de todos modos, seguía en otro sitio. No le gustaba ser sentimental, aunque eso fuera precisamente lo que ocurría.

Volvió preguntarse dónde estaría él. Tenía a medio pensar la respuesta, cuando Simón entró en la habitación. Bajo la bata blanca que vestía, se le adivinaba el cuerpo húmedo. Volvió a excitarse, casi de inmediato.

Eloisa siempre había tenido un buen apetito sexual; no habían faltado, más para mal que para bien, hombres dispuestos a satisfacerlo. Pero pocas veces podía sentirse satisfecha, aun cuando podía excitar a su compañero de cama hasta hacerle pedir misericordia.

Simón era el primero en mucho tiempo que la había hecho llegar al goce sin mayor dificultad. El único que podía elevarla a lo más alto y dejarla allí por lo que se asemejaba a una eternidad. Se perdía en sí misma, en un éxtasis que no había experimentado antes. Esa nueva experiencia la confundía y asustaba, como en Italia. Todavía ahora, otra vez vivida, no dejaba de perturbarla. Era una sensación agradable, celestial, pero sabía que la volvía débil. Nunca se había cruzado con un hombre que no pudiera dominar. Ahora, de buenas a primeras, estaba con quien, al parecer, era la horma de su zapato.

—Me encantaría conocer tus pensamientos.

La voz de Simón la devolvió a la realidad, porque lo miraba sin verlo de verdad, arrastrada una vez más por todo lo que él le provocaba.

—Simples tonterías.

El hombre que la desarmaba traía en las manos una bandeja repleta. Él desplegó las patas que tenía el adminículo en la parte inferior antes de alcanzársela. Un suave aroma a café recién preparado asaltó a Eloisa aun antes de que pudiera echar una mirada a lo que él le acercaba. Una gran taza de café acompañada por una pequeña jarra con leche tibia, un recipiente circular con azúcar y un plato con dos medialunas.

Ella parpadeó incrédula un par de veces. Era obvio lo que pasaba, pero no terminaba de creerlo: un desayuno en la cama, tal como en las películas de romance. Le costaba admitir que esa realidad fuera cierta.

Para eso se había ido, para prepararle el desayuno. Nunca un hombre la había mimado tanto. Por lo general, ellos trataban de librarse de su compañía

una vez que habían conseguido tener sexo. No pocas veces, había sido Eloisa quien había buscado huir.

—Tengo que salir un rato, debo pasar por la empresa —le dijo, mientras le alcanzaba la taza. Se había sentado en la cama a su lado.

—Sí, claro, no hay problema.

Simón le pasó la mano por la frente y le acomodó el cabello despeinado. Dios, debía de estar hecha un desastre aparte de desnuda, pero eso pasó a un segundo plano. Tenía esos afectos, esas tiernas atenciones que la podían.

Eloisa dejó el café para tomarle la mano con fuerza. Lo besó antes de entender lo que hacía. Otra vez, la tonta enamorada se apoderaba de ella.

—Prometo volver pronto.

Simón parecía con culpa por dejarla. Le dio un beso breve en los labios antes de irse, y ella sintió cuánto volvía a querer estar con él en la cama.

—Estás en tu casa —le dijo. Luego se fue.

Cuando pudo reaccionar, Eloisa supo que debería tomarle esas últimas palabras al pie de la letra. Volvía a ser ella.

* * *

Apenas Simón partió, se dedicó a revisar la casa de arriba abajo. No dejó lugar, mueble ni cajón sin inspeccionar. Quería saber quién era en realidad ese hombre que la había afectado como ningún otro. Se dedicó, con paciencia y esmero, a desentrañar los secretos de Simón. Todos eran iguales, por eso él debía de tener, como todos los hombres, algún punto débil, algo inconfesable, algún muerto en el placar. Solo debía hallarlo.

Se le había pasado por la cabeza, y se negaba a aceptarlo, que podría ser él quien en realidad jugaba con ella. No dejaría de ser una cruel paradoja: de cazadora a presa. Temió haber elegido mal de quien enamorarse.

En el estudio halló algunos papeles que se le antojaron parecidos a los que le había visto en Florencia. Bocetos, cálculos y diagramas de los que no entendía nada. Recorrió las paredes de madera, descolgó los cuadros y buscó tras los anaqueles repletos de libros. Quería cerciorarse si existía o no una caja fuerte. No dio con ella.

Cuando terminó, acomodó todo en su lugar y pasó a la parte alta de la casa. Tampoco encontró nada de interés en los cuartos. En una de las paredes del dormitorio principal, se abría una pequeña puerta que daba a una especie de vestidor, que también tenía una mesa con un gran espejo. Se notaba el toque femenino y de clase. Seguro que era donde Francesca se arreglaba y

guardaba sus cosas. Repasó las botellas, botellitas, frascos de todo tipo y tamaño que se abarrotaban en la mesa. Nunca había visto a una mujer que tuviese necesidad de tantas cosas para maquillarse.

Echó un vistazo a los armarios. El guardarropa contenía todo lo imaginable, no solo en los distintos tipos de vestidos, sino también en cuanto a los accesorios. Desde sombreros hasta estolas, un par de tiaras y muchos, muchísimos, zapatos de las más diversas formas y colores. Tenía también toda una colección de abrigos de piel. Cortos o largos, de visón, zorro o nutria en tonos claros y oscuros. Era evidente que el número, diversidad y cuidado revelaban una de las pasiones de la antigua dueña en cuanto a preferencias de vestuario.

No pudo con su curiosidad femenina y se probó un poco de todo. Tenía el mismo talle que Francesca y la misma medida de zapatos. Las pieles le calzaban a la perfección, igual que la tiara se ajustaba a su cabeza. La similitud de los cuerpos no dejó de impresionarla: era como ponerse y quitarse atuendos y calzados que hubieran estado destinados a sí misma. Otra vez sintió que existía una extraña conexión entre ambas. Tenían demasiadas coincidencias como para sentirse cómoda.

Procuró dejar de lado esos pensamientos y volver a concentrarse en la exploración que llevaba a cabo. En uno de los estantes, había un neceser estampado en tela búlgara azul con bordes de cuero marrón. Lo tomó con cuidado y lo llevó al dormitorio.

—Veamos tus secretos, Francesca.

Depositó el contenido sobre la cama todavía sin tender. Tuvo cuidado en recordar de dónde sacaba cada cosa para luego ser capaz de ponerlas en su sitio. No era algo muy difícil, todo estaba muy ordenado en pequeños frascos de plástico o cajas.

Al principio no encontró nada fuera de lo previsible: pequeños pomos de champú, pasta de dientes, un par de pañuelos, lápiz labial de tono coral, otro de color rojo furioso, cremas para la piel, frascos de perfume francés, unas pequeñas tijeras, otras aún más diminutas, pinzas y un peine redondo. Hasta allí, lo usual en una dama que se preciara de tener un estilo cuidado. Pero había un falso piso en el neceser y, al retirarlo, encontró algunas cajas reveladoras. Se trataba de medicamentos. También había una pequeña libreta con anotaciones personales, datos de citas, teléfonos y algunas frases, todos redactados con letra manuscrita. Al parecer, la pianista escribía para sí misma. Eran pensamientos o citas de otros. Dos le llamaron la atención: el primero, anotado con tinta negra decía: «Qué buena vasalla sería si tuviera un buen

señor». Eloisa sabía lo suficiente de literatura como para reconocerla como una parte del *Cantar de Mio Cid*. Pero no se trataba de una transcripción textual, Francesca había «feminizado» la frase. En el original, la palabra era «vasallo».

La segunda frase, le llegó todavía más: «No lo amo, pero me brinda seguridad». Tenía la certeza de que se refería a Simón. Encontró también una en inglés: «*You only see what your eyes want to see!*», con signo de admiración. La tradujo con rapidez: uno ve lo que sus ojos quieren mirar. Eloisa también estuvo de acuerdo.

Los remedios fueron aún más reveladores. Aspirinas, nitrato de fenticonazol para las infecciones vaginales y una caja rectangular de pequeñas cápsulas dispuestas en compartimientos. Algunas faltaban. Miró el nombre y no pudo evitar sonreír, ella usaba las mismas píldoras anticonceptivas que la gélida pianista.

Recordó que en alguna de sus charlas de cama, Simón le había confesado su tristeza por no haber tenido hijos con ella. «Niño o niña, habría sido hermoso, como ella». Francesca no podía tenerlos, le había dicho. Ahora veía, en esa caja de cápsulas rosadas, el porqué de esa falta de hijos.

«Tus ojos solo ven lo que quieren ver». Era cierto, muy cierto. La difunta esposa de Simón era tan mentirosa e impostora como ella. Por alguna razón, constatar ese hecho, llegar a tal conclusión la alegró sobremanera.

CAPÍTULO XIII

Simón llamó por segunda vez a la puerta. Como en la anterior ocasión, lo hacía para apurarla. Enclaustrada en el cuarto, la misteriosa presencia femenina en su vida no terminaba de vestirse.

—¡No se puede pasar! —le gritó una voz conocida desde dentro.

—¿Te falta mucho? Estamos retrasados —dijo él con impaciencia.

—Solo un momento más.

—Eso dijiste la vez anterior.

—Aún no estoy lista. No seas ansioso, Simón —lo retó con afecto.

—¿Estás segura de no necesitar ayuda?

—¡No! Y el paso está vedado; no se puede entrar.

—Quiero verte.

—A su tiempo, cuando termine. Ahora es momento de actuar como un caballero y esperar; bajo en cuanto termine.

Eloisa sintió los pasos que descendían por la escalera. Casi podía ver la ansiedad de él mezclada con cierta decepción que llevaría en el rostro. Debía apresurarse si no quería tenerlo en la puerta golpeando por tercera vez. Se suponía que debía ser ella, y no él, quien estuviera nervioso por ser presentado en la familia.

Se concentró en darle los últimos toques al maquillaje. Se retocó los labios con rojo y se puso un tanto más de sombra oscura en los párpados. Luego acomodó un poco mejor el pelo, se lo había peinado hacia atrás con raya al medio y ondas. Se colocó unos aros de plata con forma de lágrima y un collar que hacía juego. No eran su estilo, pero no tenía nada que combinase con el nivel del vestido que se había puesto.

Se inspeccionó por última vez. Pronto perdió atención a los detalles en la piel, las pestañas o el cabello: no terminaba de reconocerse en el rostro que la observaba desde el espejo. Miró un rato a esa persona. Por primera vez en mucho tiempo, tenía una expresión feliz, sonreía sin proponérselo y su actitud era más relajada.

Habían sido tres días maravillosos desde que Simón la había invitado a quedarse. No solo se trataba del sexo, que descubrió fabuloso, sino que de verdad habían intimado, en el más profundo sentido de la palabra. Coincidían: se complementaban a la perfección. Simón le había dado unos días libres a la persona que se ocupaba de la casa y eso les había permitido quedarse a solas. Apenas habían salido para lo indispensable y buscaban extender, el mayor tiempo posible, ese mundo de a dos que habían construido. Pasaron esos días como si se tratara de una pareja de recién casados que se amolda a un nuevo hogar. Simón estaba siempre pendiente de ella y de sus deseos; además de fogoso, era un hombre tierno y servicial, de aquellos que nunca había tenido en su vida. Eloisa pronto descubrió que no podía separarse de él por mucho tiempo. Estar un rato en sitios distintos de la casa le provocaba ir a verlo para confirmar que él existía y que lo que le pasaba era real. Cuando lo encontraba dedicado a sus bosquejos, solo lo observaba como una adolescente enamorada hasta que él reparaba en ella.

Eloisa era la primera sorprendida por todo lo que vivía junto a él. Había encontrado esa felicidad tan buscada, de la cual había ya perdido toda esperanza, en la persona y situación más imprevistas. No quería pensar que se trataba de un breve paréntesis, era lo más valioso que había tenido en mucho tiempo y se aferraría a ello tanto como pudiese.

Se obligó entonces a dejar de divagar con la mente y concentrarse en lo que debía hacer. Observó unos momentos más su imagen sin encontrar nada que corregir. Luego salió del cuarto y se detuvo a mirar por el hueco de la escalera hacia el *hall* de entrada. Abajo, vestido con un traje azul, Simón daba pequeños pasos de un lado a otro. Buscaba, nervioso, llenar el tiempo de la espera.

Ella bajó con lentitud por la escalera. Podía sentir los latidos de su corazón y la boca se le había secado de improviso. Esperaba, con la mayor expectación, que él la aprobara; sería la primera salida en público que harían juntos.

Ese dolor del pasado volvió a surgirle. Cada vez que había esperado algo de un hombre, siempre había concluido de la peor forma. Deseó no estar en la situación de trabajo que se encontraba; justo tenía que pasar de esa forma. Buscó dejar de lado ese tipo de pensamientos y se recriminó por sentirse así. Sin dudas, había una parte masoquista y autodestructiva en ella, solo así se entendía que en vez de disfrutar el momento, comenzara a poblar su mente con aspectos negativos. Era la parte oscura de volverse una sentimental.

Simón reparó en ella cuando estaba a mitad de la escalera. La observó, parado a un lado de donde terminaban los escalones. La miraba fijamente, impresionado, también miraba con sorpresa su ropa. Llevaba puesto un vestido color turquesa de mangas largas y cuello redondo que se ceñía a la altura de la cintura en una franja bordada para luego caer hasta los tobillos.

El vestido era de Francesca. Se trataba de uno especial, que su difunta esposa adoraba. En varios conciertos se había presentado enfundada en él.

—No te gusta que me lo haya puesto —dijo ella, con el rostro entristecido. Había adivinado lo que él pensaba.

—No, está bien. Es la sorpresa de la primera impresión.

Eloisa se le acercó y lo acarició en la mejilla.

—Fue algo desconsiderado y torpe de mi parte. Voy a sacármelo y ponerme otra cosa.

Él negó con la cabeza. Trató de parecer enfático en sus palabras, pero todavía no podía borrarse la impresión del rostro.

—Ya te dije que está bien. Es solo un vestido, ¿no?

—Por supuesto —acordó ella, no muy segura.

Simón no podía quitarle la vista de encima. El vestido, los aros, el collar, la forma en que se había maquillado. Era como tener de nuevo a Francesca con él. Solo el pelo oscuro se interponía para que la semejanza fuera completa, como el único recordatorio de que, en realidad, no se trataba de ella.

—Estás preciosa —le dijo, mientras la atraía hacia él.

La besó con fuerza, como si buscara con esa intensidad que ella no se fuera nunca más de su lado. Las imágenes le poblaban la mente. Tantas ocasiones, tantas cosas que no había podido realizar y que ahora volvía a tener al alcance de la mano.

Luego de unos momentos, justo en la mitad del beso, Eloisa lo rechazó con delicadeza.

—Vamos a llegar tarde —le dijo y lo llevó de la mano hasta la puerta de calle de la casa. Estaba muy seria, como si hubiera percibido algo que no le gustaba. Quizás, la confusión de personas que anidaba en su mente. Simón la obedeció y se dejó arrastrar, muy a su pesar.

* * *

Llegaron cuando la fiesta ya había iniciado. Desde el parque podían escucharse los sonidos de la orquesta que tocaba dentro. Se trataba de una

gran casa estilo americano en dos plantas, de la clase que se muestran en las revistas de arquitectura.

Ella miró de reojo a Simón cuando se acercaban a la entrada, le hacía gracia su nerviosismo. Él le sonrió a medias al verse observado; eso la conmovió. Eloisa era inmune, a fuerza de callos de la vida, a ser insultada, echada, rechazada, pero descubría que no lo era a ese encanto: un niño grande, un genio terrible necesitado de marcar presencia y dar afecto, sin más idea de la vida que caer bien a la mayoría y hacer su voluntad. Tan cariñoso o tan tirano y dominante como se necesitara de acuerdo a la circunstancia.

—¿Estás lista para esto? —le preguntó Simón antes de tocar la puerta.

Ella sonrió. Si supiera las situaciones por las que había debido atravesar, se habría ahorrado la pregunta. Pero no las sabía y era mejor que nunca las conociera. Si se enteraba, casi seguro lo perdería.

La puerta se abrió unos instantes después. Eloisa supuso que esa mujer de unos cuarenta años, educada e impecable, era la hermana de Simón. Tenía los mismos ojos color avellana, aunque mucho más inquisitivos. En el pelo negro se le comenzaban a insinuar algunas pocas canas, pero eso, en vez de avejentarla, le otorgaba un cierto toque de distinción. Llevaba un vestido de seda azul marino, sofisticado y discreto, que evidenciaba ese aire de mujer elegante, de mundo. Un sencillo collar de perlas en el cuello y aros que hacían juego lo confirmaban.

Se veía que lo era hasta en los mínimos gestos. Culta, medida en sus formas, orgullosa y dueña de sí misma: la clase de mujer que Eloisa nunca había podido conseguir ser.

Por detrás de ella se dejaba ver un hombre regordete, de cuello grueso y ojos desconfiados. Llevaba un traje marrón, que no terminaba de combinar con la corbata amarilla con dibujos que se había puesto. Todo en él, desde la mirada a la ropa, parecía buscar provocar. ¿Era una actitud casual o un cálculo deliberado?

Simón hizo las presentaciones. Si tenía curiosidad en saber cómo iba a explicar su presencia, no pudo menos que maravillarse de su don para esquivar los detalles molestos.

—Estefanía, ella es la *signorina* Manfredi, de la cual te hablé.

Signorina. Señorita. Una palabra que evitaba mayores definiciones. Acto seguido, se dirigió a ella.

—Eloisa, esta es mi hermana Estefanía y él es su marido, Mario.

Pudo ver cómo ambos la miraban de arriba abajo, como si buscaran sacarle una radiografía. La mujer lo hacía con sorpresa; su marido, con poco

disimulada prevención.

Resultaban algo obvias y hasta entendibles tales reacciones. Ella sonrió y les extendió la mano, a la espera de que alguno de ellos hiciera lo mismo.

—*Piacere*.

—Como ves, existe. —El comentario de Simón no estaba exento de reproche.

Estefanía tardó unos momentos en reaccionar antes de tenderle la mano.

—Disculpe —se excusó con la recién llegada—, pero es tan parecida...

—Sí, me lo habían dicho —la cortó Eloisa, lo más cortés que pudo. Había quedado en medio de algún tipo de disputa familiar lo que no le gustaba.

—Lamento interrumpir las presentaciones —intervino Mario—, pero hay unos caballeros que quieren hablarte, Simón. Tenemos que dejarlas por unos momentos, estimadas.

Su voz era ampulosa, como si la impostara; a Eloisa le desagradó aún más.

—¿Ahora? —protestó Simón—. ¿Es de verdad necesario?

Mario no le contestó. Se limitó a mirarlo sin disimular enojo.

—Es algo corto. —El tono de Estefanía también bordeaba el fastidio—. Fueron a la empresa dos veces esta semana, ya no sabíamos qué decirles.

Tras un gesto de silencioso tedio en el rostro, Simón asintió.

—Vuelvo pronto —le dijo a Eloisa, antes de seguir a Mario al otro lado de la sala.

Ella se quedó sola con Estefanía y se dedicó por unos momentos a contemplar el lugar. Había caballeros con trajes caros y mujeres que parecían haberse echado lo mejor del ropero encima. Era igual en todos lados, se trataba de personas para las que dar una determinada apariencia era lo más importante, mucho más que ser quienes decían ser. Hipócritas y creídos de todos los tipos y tamaños. La mayoría de ellos la miraba como quien ve a un fantasma. Estaba claro que Francesca había sido una figura muy conocida en ese círculo.

Estefanía le alcanzó una copa aflautada. Pensó que de champaña, pero se trataba de otra cosa, una especie de vino dulce. En todo caso, el alcohol fue bienvenido y la ayudó a aplacar su incomodidad.

—Simón me comentó sobre el encuentro en Florencia. Confieso que me resistía a creerle —dijo de pronto, sin quitarle la vista de encima.

Ella se preguntó cuánto de todo lo sucedido le habría contado. Con Simón, era algo imposible de imaginar *a priori*. La miró a la espera de lo que

fuera que quería decirle. Nada bueno debía ser, a juzgar por la seriedad que tenía en el rostro.

—Mi hermano es una persona muy especial para mí. Perdimos a nuestros padres cuando él tenía diez años, y lo he cuidado desde entonces.

Eloisa asintió con cautela. Estaba frente a una dama con carácter, de aquellas que no disimulan lo que piensan, en especial porque tienen la suficiente cultura, educación y poder como para decir lo que les dé la gana.

—No me gustaría —prosiguió— que alguien lo hiciera sufrir. Ya demasiado padeció en su matrimonio.

—La entiendo, señora. A mí también me han hecho sufrir.

Observó que Estefanía iba a decirle algo más, pero las palabras quedaron truncas. Una persona de anteojos, de la misma edad que Simón, llegó para saludarla. Supuso que era Facundo, con quien Simón mantenía una relación de afecto en lo personal y de disputa en cuanto al trabajo que compartían. Confirmó estar en lo cierto cuando ella se lo presentó unos momentos después.

—Facundo, esta es Eloisa, una conocida de Simón.

Sus palabras tuvieron un inequívoco tono de displicencia. Era claro que buscaba relativizar su presencia allí.

Facundo hizo un breve gesto con la cabeza para saludar. Antes, había sido igual de parco con Estefanía.

—La mujer misteriosa de la que tanto me ha hablado Simón —dijo.

No intentó ser mordaz, aunque las palabras tuvieron ese efecto. Las había expresado con cierto nerviosismo, a falta de otra cosa mejor para decir. Se le notaba incómodo de estar allí; tal vez, fuera una de esas personalidades brillantes en su especialidad, pero que no terminaban de encajar en el mundo que tenían alrededor. La misma genialidad que los destacaba era también la que los llevaba a aislarse del resto y mostrar conductas antisociales.

Hubo un silencio incómodo, luego del cual Facundo murmuró una disculpa antes de irse. Eloisa no dejó de advertir la tensión entre él y Estefanía: miradas subrepticias, gestos forzados, pocas y cortadas palabras. Había, sin dudas, un sentimiento incómodo que ambos buscaban disimular.

Estos dos pájaros se traen algo, pensó, pero no pudo hacer muchas conjeturas al respecto. Otra vez a solas, Estefanía retomó la cuestión de su hermano.

—Es una muy buena persona y un genio en las cuestiones de números, cálculos y circuitos, pero nunca ha tenido el menor criterio con las mujeres.

Continuaba en esa especie de sermón de hermana protectora, símil madre celosa, que ya la sacaba de las casillas, sobre todo por lo que dejaba entrever, indirectamente, al respecto.

—¿Estoy acaso incluida en ese juicio suyo? —le preguntó con cierto aire de desafío en el tono—. Porque apenas me conoce.

Trató de guardar las formas y parecer educada. Lo logró a muy duras penas. A esa altura, la cautela inicial se había trocado en hostilidad poco disimulada.

La hermana de Simón no se amilanó en absoluto. Otros se habrían echado atrás frente a la constatación de haberla ofendido o habrían musitado alguna frase socialmente establecida para encontrar la salida fácil; sin embargo, la anfitriona de la celebración no eligió ninguna de esas opciones.

—Espero, por tu bien, que no lo estés —le dijo y se alejó con la copa aún en la mano.

Era directa en sus aseveraciones y sería implacable si sabía que su hermano se encontraba en algún tipo de peligro. Eso la convertía en una enemiga más que probable de los planes de Eloisa.

CAPÍTULO XIV

Cuando logró divisarlo entre la concurrencia, descubrió que Simón conversaba de mala gana con dos hombres. Uno vestía de civil y el otro, un uniforme militar. El primero parecía llevar adelante la conversación, tan educado en las maneras como firme en las frases. Usaba un traje oscuro y llevaba el pelo castaño peinado hacia atrás con fijador; debía de ser unos cinco o diez años mayor que Simón. El hombre de uniforme se limitaba a seguir la conversación con expresión seria pero atenta. Tenía, cuanto menos, diez años más que el civil al que acompañaba. Usaba gruesos bigotes y, cada tanto, hacía alguna acotación seca. Su postura era igual de rígida y mantenía la gorra bajo el brazo, aprisionada como si fuera a escapársele. Era de color verde oscuro con el escudo argentino de metal dorado en el frente; en la visera negra tenía un reborde en oro, al que seguían, por detrás, dos hojas de laureles.

Eloisa se acercó cautelosa. ¿Qué hacía Simón con ellos? Ambos parecían tener la palabra «gobierno» impresa en la frente. Burócratas, con o sin uniforme, que seguían directivas de otros similares a ellos, solo que situados más arriba. No era bueno, con su pasado, estar cerca ni dejarse ver por ese tipo de gente. No terminó de pensar eso, cuando Simón reparó en su presencia y le hizo señas para que se aproximara. Habría sido todavía más sospechoso huir en sentido contrario.

—No podemos permitir que su trabajo pase a manos extranjeras, ingeniero —escuchó que le decía el hombre de traje a Simón, en tanto ella se acercaba.

—Es una cuestión de seguridad nacional —acotó el militar.

Simón los miró a los dos sin demasiada simpatía.

—Nunca este gobierno ni el anterior me ayudaron en nada. Lo que logré es mío y puedo disponer de mi propiedad como mejor me parezca.

—Existe una ley sobre la transferencia de tecnología al extranjero. Deberá pedir autorización o atenerse a las consecuencias.

El funcionario civil sonó terminante con la frase lo que pareció alterar a Simón. Por fortuna, fue el momento en que ella llegó a su lado. Los tres hombres interrumpieron la charla para saludarla. Eloisa sonrió, cosa paradójica, al verlos esforzarse en colmarla de atenciones. Si hubieran sabido quién era ella en realidad, no habrían puesto ni la mitad de ese esmero.

Tomó a Simón por el brazo en un gesto protector y le dirigió una mirada para pedirle que se calmara. Sabía, por sufrida experiencia propia, que no debía enojar a esa gente, en especial cuando buscaba no hacerles caso a lo que pretendían.

Él captó su mirada y se llamó a silencio; se entendían a la perfección en eso. No sabían casi nada de la vida del otro, se conocían desde hacía escasos días, pero parecía que hubieran estado juntos toda una vida. Aunque eso no era así ni podría serlo, pensó ella con tristeza.

—Tiene una bella esposa, ingeniero —le dijo con admiración el hombre de traje.

Hablaba de ella como si no estuviera, típico machismo con el que Eloisa ya había tenido que lidiar en varios países y diferentes idiomas. Los hombres parecían todos iguales en sus vicios, sin importar la nacionalidad, con excepción de Simón. Él rompía de un modo extraño todas las reglas del propio género.

No fue el halago de ese hombre, que la confundió con Francesca, lo que la molestó. Tampoco que la dejara fuera de la conversación. Estaba más que acostumbrada a ese tipo de cosas cuando jugaba su papel de acompañante. Fue la actitud que luego tuvo Simón lo que la sacó de quicio.

* * *

En ningún momento de toda la noche, Mario se acercó a invitarla a bailar ni a compartir una mínima anécdota respecto de la fiesta. Debería estar agradecida de que Facundo se acercara a entablar una charla luego de que diera por terminada la conversación con Eloisa. Pero sus miradas, cada vez menos disimuladas, la ponían nerviosa, por eso había rechazado la invitación a bailar. No juzgó prudente bailar con otro hombre si estaba su marido en la misma fiesta, no le parecía algo socialmente apropiado, aun cuando él la hubiera abandonado para ir a la caza de oportunidades de negocios.

Sobre el final de la velada, después de que Simón se fuera, se le acercó al fin su esposo. Facundo, entonces, aprovechó para irse. Mario fue cortante con

él al devolverle el saludo y tampoco dejó, una vez que se alejó de ellos, de hacer un comentario malicioso.

—Ese chiquito parecía no querer despegarse de tu lado.

Estefanía no estaba de humor para ese tipo de frases; no después de que él pasara la fiesta como si ella no estuviera allí.

—Tuvo la caballerosidad de acompañarme al verme sola.

—Sí, muy caballeroso con mujer ajena.

En otra situación se habría preocupado por esas palabras y sobre qué escondían, pero estaba furiosa. Una vez más se sentía ignorada y abandonada por Mario. Y en esta oportunidad, se lo había hecho delante de medio mundo.

—Facundo es parte de la familia. Si te molestaba, podrías haber venido conmigo. Era la única mujer casada de la fiesta que no tenía al lado a su marido.

Mario pareció no acusar recibo de la crítica. Como siempre, cambiaba el tema cuando no le convenía hablar sobre eso.

—Tenía que arreglar los desastres de tu hermano. No trató muy bien a esos tipos del gobierno. Estamos a un paso de que nos intervengan la empresa.

—No se atreverían.

—Si no lo han hecho hasta ahora, es porque están a la espera de lo que pasa con el dichoso proyecto de tu hermano y su amiguito; sin embargo, cuando fracase, nos van a caer encima. Y en el remoto caso de que tenga éxito, harán lo mismo. La intransigencia de Simón les ha dejado claro que hará con su invento lo que le plazca.

Estefanía lo escuchó en silencio y le vio crecer la furia con cada nueva referencia a Simón. Quizás él tuviera razón: Mario lo odiaba de verdad.

—Hablaré con él mañana.

Su marido no depositó demasiada confianza en esa decisión.

—No creo que sirva. Pero bueno, es tu familia.

—Son varias las cosas que debo charlar, empezando por esa mujer que trajo.

—¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—Creo que lo influye mucho más de lo que pensamos. Casi lo secuestró en su casa durante tres días y ahora fue ella quien se lo llevó de la fiesta.

—Veo que no te cayó en gracia.

—Es un poco vulgar y, ciertamente, con el suficiente mal gusto como para presentarse en público con el vestido de otra.

—¿No estás siendo un poco dura?

De manera increíble, Mario abogaba a favor de alguien en lugar de criticarlo. Pero eso no la contuvo de decir lo que pensaba.

—Por favor, sabe Dios que apenas soportaba a Francesca y su esnobismo. Pero todavía me gusta menos que alguien venga a pretender imitarla porque se le parece.

Mario le lanzó una mirada de esas que le dirigía cuando la creía una exagerada. Con el paso de los años, ambos casi podían saber lo que el otro pensaba con solo observarlo. Por desgracia, ese conocimiento mutuo no había contribuido en nada a unirlos, sino que ponía en evidencia sus diferencias, en continuo aumento.

—No es solo el vestido o cómo domina a Simón. Esos son síntomas de que estamos ante un problema más profundo con ella.

Él no pudo evitar sorprenderse al escucharla decir eso.

—No te entiendo —admitió.

—Yo no me trago que haya surgido así como así, de la nada, justo cuando Simón estaba destrozado por la muerte de Francesca. Conozco a ese tipo de mujeres cuando las veo.

—¿Qué tipo de mujer?

—Aquellas que pueden conseguir que los hombres hagan cosas de las cuales van a arrepentirse luego.

* * *

Simón condujo de regreso. Se sintió más que agradecido de que Eloisa no quisiera estar al volante. Ya las personas con las que había tenido que hablar en la fiesta lo habían dejado lo suficientemente nervioso.

Ella parecía ausente. No cambiaron una palabra en todo el trayecto. A mitad del camino, comenzó a llover. Ya amagaba hacía rato y, tras unas pocas gotas de advertencia, comenzó a descargarse agua a cántaros desde las nubes que la noche ocultaba. De alguna forma, eso hizo el silencio más incómodo. Los limpiaparabrisas iban y venían sin terminar de dar abasto; por momentos, un velo líquido ocultaba la ruta.

Él tenía que hacer esfuerzo para conducir en esas condiciones, pero, aun así, no pudo disimular, ni dejar pasar, la preocupación por su conducta. Se había retraído, al parecer con bronca, sobre sí misma. Un enigma dentro de otro.

—Estás muy silenciosa —la tanteó él.

—¿Acaso hay algo que decir?

No era una pregunta, y el tono en que lo había dicho distaba de incluir cualquier forma de cortesía.

—Solo quería ser amable.

—Estoy cansada de tu cordialidad y la de tus amistades. Me hicieron sentir un animal de feria, me observaban como si estuvieran frente a un fenómeno.

—No fue mi intención que te sintieras así.

Ella lo miro con furia contenida en los ojos.

—Ellos no me lastimaron, Simón —prosiguió—, ni siquiera ese político creído que me confundió con tu esposa. Me parezco a ella, es lógica la reacción. Tu actitud conmigo es lo que me ofendió.

—¿Qué actitud?

—Nunca aclaraste quién era yo, ni al político ni a ningún otro. Dejaste que pensarán que yo era ella.

—Pensaron lo que quisieron pensar. Está bien, tal vez no aclaré las cosas, pero porque no supe qué decir. Es una situación complicada.

—Eso sin contar la frase tonta de tu amigo o el sermón de tu hermana. Me desamparaste.

Eloisa se sentía ultrajada. Hacía tiempo que no experimentaba esa sensación, desde que había decidido que sentir ciertas cosas no era algo importante en su vida. Pero ahora volvía a tenerla. Quería gritarle, golpearlo, pero se descubrió incapaz de hacerlo. Era como si lo amara y lo odiara al mismo tiempo.

Se sintió débil, tonta, usada. La garganta se le secó y comenzó a oír cómo el corazón le palpitaba. Era un sonido rítmico irregular. Conocía esos síntomas, le advertían que perdía el control. Se hallaba al borde de un ataque de histeria, de pánico o de lo que fuera, pero no podía permitírselo. Se afirmó en el asiento, al tiempo que se clavaba las uñas en las palmas de las manos. Lo hizo con fuerza hasta cortarse la piel. Un dolor agudo, y luego otro, la invadieron; dio gracias por ese dolor, que le permitía recobrar el control. Cuando volvió a tener dominio de sí misma, advirtió que Simón la miraba. Podía distinguirle una cauta curiosidad en los ojos.

Habían llegado a la casa y estacionado frente a la entrada. Afuera todavía diluviaba con fuerza. Ella no sabía cuánto había podido ver Simón de lo que había hecho, tampoco poseía una idea cierta del tiempo que había pasado. No tenía sentido, de todos modos, detenerse en tales cuestiones, eran trivialidades sin importancia al lado de lo que buscaba decirle.

Quería herirlo porque él la había herido. Su mente, que comenzaba a reaccionar, le decía que no lo hiciera, pero lo que sentía era más fuerte que cualquier aviso lógico. Estaba desbordada por primera vez en bastante tiempo y no quería terminar con todo el asunto sin decirle lo que pensaba, y, de ser posible, quedarse con la última palabra.

—Todo es muy simple, en especial lo nuestro. Ocurre que un ser infantil no puede verlo.

Él pareció aturdirse frente a esas palabras.

—Yo no soy infantil.

—¿Y cómo se llama el hecho de estar con alguien porque se parece a otra persona? Sé sincero conmigo. ¿Para qué me llevaste a esa fiesta, Simón? ¿Para demostrarle a tu hermana que tenías razón? ¿Para que esos hombres creyeran que soy Francesca, resucitada de su tumba?

Parpadeó un par de veces, incómoda, luego de reprocharle eso. Demasiadas preguntas con una excesiva emoción. Lo advirtió casi de inmediato: el bendito control, lo perdía de nuevo.

No debía ponerse así. A fin de cuentas, él era uno más en una lista, no debía involucrarse. Tampoco hacer nada de lo que, en efecto, hacía. Refrenó el insulto interno, ya se había involucrado demasiado y desconocía cómo iba a salir de eso.

—¡No!

Ensimismada en sus reproches, la sorprendió esa reacción de Simón, nunca esperó que gritara así, de improviso. Supo, desde el primer momento luego de oírlo, que no se lo había dirigido a ella. Pudo verlo en ese rostro tenso: luchaba contra sí mismo y buscaba alejar algún fantasma interno que lo molestaba.

Fue la necesidad de liberar un ahogo, podía entenderlo. Su familia que no le creía, gente que buscaba apropiarse de lo suyo, su mejor amigo que no lo apoyaba. En definitiva, en la adultez, todavía era ese niño raro que nadie entendía y del que algunos buscaban aprovecharse.

Él tenía sus demonios internos, igual que ella; constatarlo la asustó. Compartían demasiado en lo profundo como para sentirse a gusto con lo que hacía. Lo que le hiciera a él, se lo hacía un poco a sí misma. Le molestó pensar en eso. Estaba enojada de ver cómo mutaba cada vez que compartían algo. Era como si le contagiara sus emociones, las peores, las más peligrosas, aquellas que una mujer como Eloisa no se podía permitir poseer.

—No ha sido de esa forma. —Simón se mostró más sereno en la siguiente frase—: Nunca te haría algo así.

Ella no contestó. Empezaba a sentirse culpable de lo que le había dicho y todavía estaba enojada por todo lo sucedido. Su cabeza era un cóctel de emociones; ya no era nada, salvo una mujer herida.

Miró por la ventanilla. Gruesas gotas de lluvias se estampaban contra el cristal. Más allá, existía la oscuridad. Fantaseó por un momento en abrir la puerta y huir hasta llegar allí, a donde no existía nada, un lugar donde dejara de sentir todo lo que le recorría el espíritu en ese momento.

—Lo lamento muchísimo si te lastimé —insistió él en su disculpa—. De verdad te lo digo, no tuve esa intención, no pensé lo que hacía. Tampoco en cómo podías llegar a sentirte.

Ella se dio vuelta para verlo; su furia se había aplacado. Seguía algo herida, pero ver y escuchar aquel arrepentimiento la había sorprendido gratamente. Nunca un hombre se había disculpado por nada con ella.

—Es difícil aceptar que seas tan brillante para algunas cosas y tan tonto para otras.

—Puede que sea eso. En cualquier caso, lo lamento y te pido perdón. Has sido demasiado buena conmigo.

—Ya te he dicho que no soy buena.

—Por supuesto que sí, de las mejores personas que he visto en mi vida.

—No me ves a mí, Simón; ves a la imagen de tu esposa muerta.

—Sí, tal vez al principio, pero tu forma de ser... Ella nunca fue así de buena conmigo.

Bajó un poco la vista, incómodo por reconocer eso.

—Incluso así, con el trato que te daba, nunca dejaste de quererla.

—Pensaba que ella, con el tiempo... De verdad no sé lo que pensaba. Más bien creía que cambiaría cuando estuviera segura de lo mucho que la amaba.

—Pero eso nunca pasó.

Él negó con la cabeza. Tenía cierto desconsuelo en su expresión.

—Ay, Simón, ojalá el mundo fuera tan simple y bueno como lo piensa tu mente. Pero no es de esa forma.

—No quiero rendirme a pensar otra cosa.

Él le pidió que esperara en el auto y fue hasta la casa para volver con un paraguas. Tan tonto y tan caballero, pensó Eloisa, tan afectivo como caprichoso en sus necesidades. A pesar de todo, era una persona por demás querible.

Le abrió la puerta del auto de su lado y la cubrió hasta que llegaron a la entrada de la casa. El paraguas no era demasiado grande, por lo que él iba al

lado de ella y se mojaba con la lluvia; le hizo señas, sin éxito, para que se pusiera debajo.

Ella, que creía estar inmunizada por todo lo que había sufrido en la vida. Ahora descubría que se encontraba por completo indefensa ante un hombre bueno. Para su creciente incomodidad, había tenido que pasarle justo en esas circunstancias. Cuando creía haber lidiado con todas las formas de la anormalidad, lo debido la encandilaba. Era una mariposa que volaba hacia la llama que la consumiría. Sabía eso y no se hacía ilusiones de poder hacer mucho para cambiarlo.

Una vez dentro, empapado, Simón iba a buscar algo para secarse cuando ella lo detuvo y lo retuvo del brazo. La culpa había reemplazado a la furia.

—¿No soy suficiente, verdad? —le preguntó, muy seria.

—No he dicho eso.

—Ni falta que hace. Puedo leerte ese pensamiento en tus ojos.

Él no supo, o no quiso, contestarle.

—No tiene sentido que discutamos mojados. —Con eso esquivó darle una respuesta.

A Eloisa le molestó la forma en que la dejó sin contestarle. Era su cerebro lógico el que le hablaba, no el corazón. Se reprimió otra vez por portarse con él como una tonta sentimental. Tenía abandonar todo lo más pronto posible, pero no podía hacerlo. Simón ejercía sobre ella una fascinación de la que era difícil escapar. Tal vez, si las cosas se hubiesen dado de otro modo...

CAPÍTULO XV

Durante los dos días que siguieron a la discusión, hubo cierta distancia entre ellos. Simón se iba temprano a la empresa y volvía ya de noche. Eloisa dormía hasta tarde y luego permanecía en la casa o salía a alguna parte. Desayunaban por separado y cenaban juntos, incómodos, casi sin cambiar palabra. Luego, dormían en la misma cama, físicamente a medio metro, pero a distancias siderales en todo lo demás.

No era la voluntad de ninguno estar así; de todos modos, no sabían cómo volver a acercarse luego de todo lo dicho. Ambos se arrepentían de algunas cosas. Había sido su primera discusión verdadera y, cada cual a su modo, entendía el peligro que había en juego. Ninguno deseaba poner sal en la herida —por accidente— al tratar de recomponer las cosas.

A Eloisa la afligió sobremanera verlo contemplar en silencio el cuadro de su esposa en la sala. Él se quedaba allí, frente a ella, mientras bebía algo del bar o solo juntaba las manos y la observaba con la mirada perdida, ausente; ni siquiera veía en efecto el cuadro. El verdadero paisaje estaba en su mente, y Eloisa conocía lo suficiente esas cosas como para saber que no era para nada halagador.

Hasta ese momento, ella sabía muy bien qué buscaba en la vida. No necesitaba de nadie para lograr sus objetivos y tenía muy claro que debía alejarse de esos hombres que le acarreaban problemas. Todo parecía bajo control, hasta que ese primer encuentro con Simón la desequilibró por entero. Tal vez fuera por lo que le habían inyectado, o tal vez no. Se suponía que ella debía seducirlo, pero ocurrió justo al contrario. Odiaba sentirse así, sensible, vulnerable, mientras añoraba estar junto a otro, por eso había huido en esa ocasión.

Debía terminar con todo eso. Le había dado muchas vueltas al asunto y se engañaba cuando creía que podría arreglarlo de otra forma. Habría sido mejor deshacer todo cuando huyó por primera vez. No era que le faltara coraje, sino que ese maldito que la había contratado supo tocar tanto sus miedos como su

amor propio profesional: nunca antes había dejado a medio hacer un trabajo, y no lo haría con ese.

Estaba enamorada de él, pero no se hacía ilusiones. Tener a Simón a su lado la hacía sentirse como un alcohólico que entra en un bar y piensa que puede controlarse. Iba a sufrir cada vez más hasta terminar en la desesperación de hacer algo muy estúpido.

Cuando se quedaba sola en la casa, evitaba pasar por la sala, no quería verla. En parte, la culpaba de lo que le había sucedido en la fiesta. ¿Es que no podía permanecer muerta de una buena vez? Se sobresaltó al descubrir que ella también pensaba en Francesca como si, de cierta forma, estuviera viva.

Fue hasta el cuarto, hurgó en la parte de Francesca del ropero y buscó las pastillas en el compartimiento secreto de su valija. Hasta entonces, se había resistido a tomarlas. En contadas ocasiones, a lo largo de su vida, lo había hecho. La volvían una zombi y temía decir frente a Simón algo que pudiera descubrirla. Pero necesitaba aquietar los nervios; además, era probable que él no volviera hasta la media tarde. Todo le parecía preferible a quedarse allí y sentir esa presencia extraña. Tomó agua en la cocina y se echó en la cama. Pronto sintió el efecto del sedante y se le nubló la visión.

Lo ocurrido tras la fiesta la había sorprendido. Se suponía que debía ser fría para poder realizar el trabajo, pero ese ataque le había sucedido en el momento menos pensado. A diferencia de cuando habían estado en Florencia o cuando fue a verlo a la empresa, la conducta de Eloisa no fue producto de los remordimientos. Estallar en una crisis silenciosa, como cuando era niña, fue algo sin previa advertencia, algo no pensado, como las otras veces.

Se suponía que debía controlarlo a él y, en lugar de eso, Simón era quien la descontrolaba a ella. Le resultaba paradójico y trágico que eso le saliera de manera natural; más asombroso aún que nunca tomara ventaja de ella cuando quedaba a su merced. Si él fuera más desconfiado y la mitad de desalmado que el resto de los hombres de la vida de Eloisa, ya sería un juguete de su voluntad.

La cabeza comenzó a darle vueltas. El fármaco que había tomado la arrastraba sin piedad a un universo de oscuridad e inconsciencia. Por una vez, eso era bienvenido. Odiaba perder el control, pero ahora lo agradecía; quería dejar de ser ella, aunque fuera por un rato, liberarse de esa niñita olvidada, abandonada, que otros corrompieron y explotaron y también de la mujer condenada a la soledad por propia decisión.

No supo cuándo, al fin, se quedó dormida ni por cuánto tiempo estuvo así. Al despertar, le dolía la cabeza y tenía gusto a ácido en la boca. Era lo normal,

luego de tragarse esas malditas pastillas. Se sentó en la cama y se afirmó con ambos brazos; no terminaba de volver a la conciencia. Pese a tal estado, descubrió con satisfacción que estaba tranquila. Todas esas emociones y sentimientos torturantes se habían ido a alguna parte. No se hacía ilusiones, sin embargo, sabía que todavía estaban allí, dentro suyo, en algún sitio recóndito, a la espera de su siguiente momento de fragilidad para saltarle de nuevo encima y apoderarse de ella.

Cuando se sintió lo suficientemente espabilada, salió del cuarto. Los primeros pasos fueron inseguros y tuvo que afirmarse en la pared un par de veces, pero pronto pudo hacerlo con seguridad. Ese médico florentino al cual había acudido para establecer un contacto afectivo con Simón le había prevenido sobre tales efectos.

Pasó por la cocina y exprimió unas naranjas. Tomó el jugo y esperó que eso le quitara el mal gusto de la boca. En lugar de eso, aumentó la acidez. De todos modos, la molestia comenzó a despejarle la mente y fue con el vaso en la mano a la sala. En el bar agregó bastante vodka al jugo y tomó un par de tragos, al tiempo que esperaba juntar el valor necesario. Luego, se situó frente al retrato de Francesca.

La anterior mujer en la vida de Simón la observó desde el lienzo con ojos inexpresivos. Podría jurar que esa perra, de alguna forma, era la que la ponía en problemas. Nunca había creído demasiado en espíritus y esas cosas, pero percibía una cierta presencia en esa casa, un algo que la ponía inquieta, que la desequilibraba. Tampoco le gustaba eso, y menos aún la mala influencia que parecía ejercer en el carácter bondadoso de Simón.

Podía cerrar los ojos, taparse los oídos, pasar por alto cómo Simón la tenía casi siempre presente, y eso no cambiaría nada. Ella, que no existía ya, no iba a desaparecer solo por ignorarla. Aunque Eloisa se hiciera la disimulada, no iba a conseguir que Francesca dejara de estar presente en todo. Además, en el poco tiempo que estaba en esa casa, percibía que se había generado cierto lazo entre ambas. Mientras Eloisa sentía que se volvía cada vez más abstracta, algo fuera de sí misma, una completa extraña para sí, Francesca había cobrado vida, al punto de comenzar a pensar que actuaba como una especie de ventrílocuo y que la usaba para decir y hacer las cosas que su muerte le había imposibilitado. Francesca podía ser un recuerdo, pero no parecía para nada muerta; ya empezaba a molestarle demasiado la forma en que le complicaba los planes.

Se insultó a sí misma, en silencio, por haber aceptado el trabajo. Debería haber desaparecido cuando surgió la primera dificultad, allí mismo en

Florescia, cuando se comportó como una tonta enamorada la primera vez que estuvieron juntos en ese hotel, sin darle mayores explicaciones a nadie, sobre todo a su contratante. Pero antes de que pudiera darse cuenta, Simón se le había metido adentro como ningún otro. Había aceptado continuar, en parte, para volver a verlo, porque no podía, y no quería, seguir su vida sin darse la posibilidad de sacarse la intriga de ver cómo sería la vida con él. Pero tampoco podía, ni quería, compartirlo con otra en esa convivencia exploratoria; menos aun con una muerta.

—No creas ser mejor que yo —le dijo al cuadro con furia al terminar el trago—. Ambas somos igual de malditas, Francesca: la misma mierda de persona, de distinta forma.

No iba a dejar así las cosas. No iba a ser vencida por una muerta, se juró.

* * *

Estefanía suspiró al verlo entrar. Esas visitas de Mario a su oficina, carpeta en mano, no traían aparejado nada bueno. El tema era el mismo de siempre: los gastos de Simón en el dichoso proyecto. Tenía razón en estar preocupado, pero ella no podía sacarse cierto tema de la cabeza, uno con forma de mujer.

—No me gusta esa advenediza.

Mario la miró extrañado. Era comprensible que lo hiciera. Él venía para tratar los números en rojo de la empresa y ella le salía de la nada con la actual compañía de su cuñado.

—Supongo que se trata de esa mujer parecida a Francesca.

Desde la fiesta, Eloisa parecía haberse convertido en una obsesión para ella.

—Lo está usando.

—¿Para qué?

—No lo sé, pero es más que claro que busca dominarlo. Mi pobre hermano nunca tuvo cabeza para las mujeres. Solo Dios sabe las suciedades que hará para enloquecerlo.

Esas palabras parecieron enojar a Mario.

—El pobre Simón. Ya conozco ese cuento, Estefanía. No podés pasar tu vida detrás de él para arreglarle los problemas.

—Mamá siempre lo sobreprotegió, era un chico tan enfermo. Luego quedamos nosotros dos. No sé si lo he hecho bien; a veces pienso que me he metido demasiado en su vida. Sin embargo, en ocasiones no puedo evitarlo,

quiero ahorrarle ciertos pesares. Es tan genial en algunas cosas y tan inocente en otras.

—En todo caso, con quien salga o lo que sea que haga, no es un problema tuyo.

—Todo en ella es falso. Hay algo más detrás de esa descarada.

—Estás paranoica. Solo se parece a Francesca. Es inusual, pero posible.

—No solo se le parece; es como una versión mejorada. En realidad, la Francesca que a mi hermano le habría encantado tener al lado. Además, conoce muchas cosas de ella para no haberse nunca enterado de que existía. La viste llegar a la fiesta, estaba peinada y maquillada como ella. Demasiados detalles idénticos como para ser fruto de la casualidad.

Mario no terminaba de seguirla en su razonamiento.

—¿Y cómo podría saber eso? Francesca está muerta.

—Puede ser. O no.

Su esposo se apoyó en el respaldar de la silla donde se había sentado antes de contestarle.

—Mujer, siempre has desvariado un poco, pero esta vez me parece que has llegado al ridículo.

Estefanía ignoró el dolor que esas palabras le causaban. Se suponía que el matrimonio era apoyarse el uno al otro, en las buenas y en las malas, en la salud y en la enfermedad. Ella, por lo menos, lo creía.

—No es tan increíble si uno se pone a pensarlo —trató de explicarse—. Estaba muy sana; de pronto enferma y muere de manera repentina. Nos avisaron del sanatorio que había muerto. Simón la vio de lejos antes de que se llevaran el cuerpo a la funeraria Y luego le entregaron sus cenizas. ¿Qué prueba tenemos de que de verdad murió? Solo la palabra del mismo médico que firmó el certificado.

Mario la miró con mala cara, parecía aturdido por esas ideas. Cerró la carpeta con los números de la firma y se levantó para irse.

—Adonde sea que quieras llegar, no cuentes conmigo.

Ella lo miró y procuró disimular la tristeza en sus ojos. Hacía tiempo que ya no podía contar con él.

* * *

Simón observó la cara de todos en esa sala de reuniones. La desilusión campeaba en el ánimo colectivo. Nada parecía andar bien. Se acababa el tiempo, el dinero ya se había agotado y las ideas salvadoras no aparecían. Por

primera vez en mucho tiempo, dudaba de su propia capacidad para salvar el proyecto.

A su lado, Facundo ponía en evidencia, una vez más, su disconformidad con el modo en que se habían manejado las cosas. Fiel a su estilo, nunca lo diría en público ni dejaría de recordárselo en privado.

Estaban también allí todos quienes tenían algo que ver con el bendito tema del microprocesador. Una vez más, el equipo había llegado a un punto muerto y nadie sugería nada para superar el escollo. A todo lo pensable, ya lo habían desechado. Solo se miraban las caras unos a otros a la espera de alguna intercesión sobrenatural.

—Necesito despejarme la mente y ustedes también. —Simón se levantó de la mesa de reuniones—. Mañana, a la misma hora, volveremos a revisar todo esto.

Facundo pareció querer decir algo, pero luego cambio de idea. Se confundió entonces con los otros que se retiraban de la sala de reuniones.

Un murmullo de conversaciones individuales sonó a sus espaldas mientras volvía a la oficina. Antes de que pudiera preguntarle las novedades a su secretaria, ella le alcanzó un sobre de papel madera.

—Dejaron esto para usted, ingeniero. Un mensajero. No tiene remitente.

Simón lo tomó intrigado. No esperaba ningún envío, pero sin dudas él era el destinatario. Tenía escrito, con toda nitidez, su nombre a máquina.

Lo abrió luego de unos momentos de indecisión. Dentro había otro sobre más pequeño, rectangular y blanco. A pesar de no tener nada escrito, lo reconoció de inmediato por el membrete personal. Llevaba impreso el nombre de Francesca y el domicilio de su propia casa. Era del tipo de cartas que ella usaba para su correspondencia personal.

Dentro había una entrada para el cine.

—¿Todo está en orden, ingeniero? —La pregunta de Gladys lo sacó del ensimismamiento.

—Sí, claro.

Estaba confundido por la llegada del sobre y de esa entrada, pero no iba a decírselo. Temía que lo tomaran por alguien más raro aún de lo que ya era.

—Llamó el señor Smith. Antes lo había hecho el señor Jones. Les dije que no estaba, como me indicó.

No era un buen día, y nada de lo que sucedía parecía contribuir a mejorarlo.

—Sigamos de esa forma, si vuelven a llamar —le dijo, y se guardó el sobre membretado en uno de los bolsillos interiores del saco.

Entró a la oficina y marcó el número de su casa. Necesitaba arreglar las cosas con ella más que encarrilar el bendito proyecto. Nada parecía importar demasiado cuando estaba de malas con esa mujer, misteriosa y atrayente.

Eloisa demoró cinco timbrazos en atender y notó la sorpresa en la voz al saber que era él.

—Querría que vieras algo.

—Simón, la verdad yo...

—Por favor, no digas nada, no hasta que veas lo que me gustaría mostrarte. El lugar no es lejos de casa. Luego, voy a escuchar lo que sea.

Hubo un instante de indecisión al otro lado de la línea.

—Está bien, dame la dirección, pero yo también tengo algo para decirte.

CAPÍTULO XVI

Era plena hora de la siesta; la calle estaba vacía. Eloisa apresuró el paso hasta la esquina y buscó un taxi, ya llegaba tarde para encontrarse con Simón. Su ánimo no era el mejor para salir a ningún lado y no quería pasar el tiempo en una galería de arte. Tampoco tenía la menor idea de por qué la citaba allí, aunque se había guardado muy bien de preguntárselo.

Él hacía con ella lo que quería sin proponérselo, aunque no podía reprocharle nada al respecto. Ella buscaba lo mismo, de manera deliberada y por motivos mucho menos confesables. Debía terminar con toda esa locura en que se había metido, cortar por lo sano y desaparecer; o terminar lo que debía hacer y desaparecer también. No le gustaba estar así de vulnerable, sensible a lo que un hombre pudiera decir o hacer, aun cuando ese hombre fuera Simón.

Enfrascada en esos pensamientos, no reparó en el hombre que se le acercó por detrás. Solo cuando un auto negro estacionó bruscamente a su par, percibió que algo ocurría. Ya era tarde para reaccionar, apenas tuvo tiempo de mirar con asombro a la puerta trasera que se abría desde dentro antes de ser aferrada por detrás, inmovilizada por una mano en el cuello y otra que le rodeaba los brazos y la cintura. Un par de segundos después, la habían arrojado dentro del vehículo. Para cuando pudo reaccionar, estaba entre dos hombres en un auto que aceleraba en medio de una calle casi sin tránsito.

Estaba molesta y se reprochó por haberse dejado sorprender de esa forma. Parecía algo que se convertía en habitual: tener esos momentos de guardia baja. No por casualidad le ocurría cuando tenía la cabeza ocupada con Simón.

—No tiene por qué preocuparse, es solo una conversación de amigos.

Quien había dicho esas palabras, con un cierto acento extranjero, era un hombre de traje gris. Tendría unos cincuenta años, de contextura corpulenta, aunque se le veía cierto exceso de peso. El hecho de ser calvo y de llevar unos anteojos pequeños con cristales redondos, le confería un cierto aire de exótico misterio.

Ya recobrada de la sorpresa, Eloisa intentó parecer enojada e, incluso, les demandó que le explicaran aquel ultraje.

—La actuación no es necesaria, *signora*, sabemos todo sobre usted. Además, prefiero el *ballet* a esas decadentes películas occidentales que son de su gusto.

Reconoció entonces el acento con el que hablaba su impecable castellano. Procedía de Rusia.

No sabía qué buscaban ni quería averiguarlo tampoco. Por instinto dirigió la mirada hacia el otro lado, solo para ver que no tenía ninguna posibilidad de abrir la puerta contraria y lanzarse del auto. Un hombre de cara cuadrada y rostro mongoloide le cerraba toda posibilidad de escape y no le quitaba la vista con esos ojos sombríos e inexpressivos. Era un tipo de hombre que conocía a la perfección. En su actividad, la mayoría parecía seguir un molde: olía a secreto y poder.

Eloisa odiaba ese tipo de organizaciones y a quienes las dirigían. Sus actividades se parecían demasiado a las suyas como para tenerles alguna consideración. Aborrecía los actos escondidos, las traiciones, los secretos inconfesables, los chantajes, las mentiras, la cobardía de sus cúpulas al delegar siempre los trabajos sucios en manos de otros, convertidos en peones sacrificables.

En varias ocasiones, ella había desempeñado ese papel. Fue en esa mala hora de su vida que había cruzado su destino con alguno de esos organismos. La necesidad del momento no le había dejado otra opción que trabajar con ellos y lo hizo de la forma más libre que pudo y por el menor tiempo posible. Debía vivir de algún modo y descubrió que era buena en eso de engañar, adoptar la identidad de otros y quitarle cosas a la gente.

Comparada con quienes se dedicaban, desde los aparatos de sus respectivos estados, a dicha actividad, Eloisa casi se sentía una especie de santa. Al pensarlo, no pudo evitar reparar en la paradoja que conllevaba eso. Sí, había gente con menos códigos, más corrompida y sin dudas más despiadada que ella misma. Tenía, además, la suficiente experiencia en el rubro como para saber que dentro de ese auto había especímenes de los más peligrosos, sin importar la categoría en que pudiera encuadrarlos.

Procuró ocultar el sentimiento de saberse acorralada y a merced de ellos, cuando hizo la única pregunta que de verdad se imponía en esa circunstancia.

—¿Qué es lo que quieren?

—Como le dije, conversar. Pero permítame que me presente: Serguéi Anatolyevich Aksákov.

—Sinceramente, no creo que ese sea su nombre. ¿No se llamaba así un escritor ruso del siglo pasado?

Pensó que lo mejor era parecer tranquila, pero no se hacía muchas ilusiones de engañar a profesionales del ramo.

—Una mente rápida, eso me gusta. No me diga que no lo ha hecho alguna vez, ¿verdad? El nombre importa poco. Digamos que somos, en cierta forma, colegas. O, mejor aún, personas con intereses similares.

Espía o no espía, ella había vivido lo suficiente con los hombres equivocados como para reconocer el numerito. Mostrarse amenazante pero cordial era una forma subliminal de hacerle entender que nada le pasaría si hacía lo que pretendían, y que nada bueno le traería aparejado otra conducta que no fuera su cooperación incondicional.

—Sabemos para quién trabaja. Ahora lo hará para nosotros.

—No tenía que secuestrarme para proponerme eso.

—No, por favor, no existe ningún secuestro. Solo la llevamos a la exposición donde debe reunirse con su amado Simón. —Había tratado de parecer jovial, aunque la expresión se le endureció al pronunciar las siguientes palabras—: Tampoco lo que acabo de decirle es una proposición que deba pensar o aceptar.

—Creí que los soviéticos tenían mejores modales en estos asuntos.

Buscaba aparentar despreocupación, porque justo eso era lo último que tenía.

—Estos son los buenos modales, *signora*. Espero que por su bien no tenga que conocer los otros. —Su tono se relajó un poco—. Por supuesto, habrá una compensación económica, el doble de lo que pactó con su primer contratante. Como verá, también podemos ser generosos.

Eloisa no contestó nada. El auto estacionó. El hombre con aspecto mongoloide abrió la puerta y salió para que pudiera bajarse. Luego, subió en el asiento del acompañante.

A unos metros más adelante, se encontraba la galería a la que debía ir.

—Estaremos en contacto —le dijo a través de la ventanilla baja Aksákov antes de que el auto se alejara veloz.

* * *

La galería era pequeña, discreta, impecable en su única sala de exhibición y exquisitamente selecta en las obras que colgaban de las paredes. A cada paso, se ponía en evidencia que se trataba de un mundo que no buscaba ser

difundido pero que tampoco pretendía esconderse. Solo estaba allí para quienes supieran lo que buscaban en materia de arte dentro de cierto nivel de buen gusto.

El común denominador de lo expuesto era el vanguardismo, palabra que admitía múltiples significados, pero que para esa galería implicaba exhibir lo mejor de lo novedoso y experimental que podía conseguirse en el mercado. Realizaciones de autores que no resultaban desconocidos para los entendidos, pero que todavía no se habían masificado en el circuito comercial.

Reconoció a Simón apenas entró. La sala no se veía muy grande; él estaba en uno de los extremos, admirando uno de los cuadros. Se acercó a donde se encontraba, pero él no dejaba de observar la pintura y no reparó en la presencia de Eloisa. Conforme se aproximaba, la obra también captó la atención de la recién llegada.

El lienzo era una mezcla de estilos e influencias cruzadas. Podían verse reminiscencias tan diversas como Pablo Picasso, Antoni Guansé Brea o Andy Warhol. Del primero tomaba las formas, del segundo, la ironía y plasmar lo esencial de los cuerpos, y del tercero, la técnica y los colores brillantes. Se trataba del retrato de una mujer fragmentada, por encima de la cintura. Desde la base misma del lienzo, como cortada en rodajas, cada parte del cuerpo tenía un color distinto y remataba en una distinta expresión en la parte del rostro. La mitad izquierda era en blanco y negro; tenía una expresión de tristeza y ausencia. La del centro, en distintos tonos de azul, sonreía. La porción de la derecha, con naranjas y rojos, mostraba una actitud curiosa y pensativa.

Eloisa no sabía mucho de pintura, tampoco le interesaba; sin embargo, por alguna razón, ese cuadro le había despertado cierto sentimiento de identificación.

Tocó a Simón en el hombro con suavidad para revelar su presencia. Él le sonrió con timidez. Quiso besarla, pero ella puso distancia; no quería complicar aquello que había ido a hacer. ¿Qué más daba si era allí o en otro sitio?

—Me alegra que vinieras —le dijo. Estaba contento de verla, se le notaba en el rostro.

—Tenía algo para decirte.

—Después, ahora quiero que me digas si te gusta este cuadro.

Él se dio vuelta para verlo de nuevo; ella lo imitó. Debía admitir que le gustaba.

—¿Vas a comprarlo?

—No se puede comprar lo que es de uno.

Ella se sorprendió.

—No tenía idea de que pintaras.

—Tengo mis rachas. No es una actividad que haga seguido; solo cuando algo me motiva.

—No entiendo entonces para qué pediste mi opinión.

Él le señaló entonces el rectángulo plastificado debajo del cuadro enmarcado que tenía sus datos: «Nombre: *Eloisa*. Autor: S. H. Material: acrílico sobre tela. Medidas: 60×40 centímetros».

Ella se quedó absorta.

—Lo pinté tal como te veo.

No supo qué contestarle. Nunca antes nadie había hecho un cuadro inspirado en ella. Le pareció algo exótico el gesto, pero indudablemente adorable.

Volvió a ver las tres partes en que se hallaba dividido el rostro apenas insinuado, a grandes rasgos, de la mujer. Le gustaba el concepto, aunque no se vio captada en absoluto.

—No sé en qué pueda parecerme a ninguna.

Estaba encantada y debía esforzarse para disimularlo. Habría querido abrazarlo allí mismo, pero no podía ceder; debía, al menos, salvar las formas. La había sorprendido y desarmado una vez más; perdía fuerzas para hacer lo que pensaba y esa tonta sentimental le brotaba de nuevo.

—No es lo físico —le explicó él—, sino lo que proyectan. En la realidad de las cosas, no tenemos forma ni rostro en nuestro interior, somos nuestros sentimientos.

—¿Y cuál de las tres se supone que soy ahora?

—Todas.

Ella lo observó una vez más. Sí, había algo de ella en esas figuras, por eso la pintura le había llamado antes la atención.

—Me gustaría obsequiártelo.

Lo miró sorprendida. Hacía tiempo que nadie le regalaba nada, no sin esperar una inmediata contraprestación.

—No lo quiero —dijo, no muy convencida de sus palabras.

—¿Por qué?

—No soy de esa forma ni de ninguna otra que tu mente invente. Idealizarme no va a llevarte a ningún lugar agradable.

—Cuando volvimos de la fiesta, me preguntaste qué era lo que sentía. Esto es, precisamente.

—Ojalá fuera así, Simón. Es un lindo cuadro, pero no soy yo, ninguna de ellas. Me gustaría serlo, pero no es posible.

Él se entristeció por el rechazo; no lo disimuló en absoluto.

—Ahora tengo que ser yo el que dude de lo que puedas sentir por mí.

—Has sido maravilloso conmigo. No es con...

¿Debía decírselo? Descubría que no podía verlo así, volvía a sentirse culpable. ¿Podría acaso explicárselo?

—Odio a los hombres —le dijo de repente. Había en su voz una repentina furia, y la sinceridad de sus palabras la sorprendió hasta a ella misma—. A todos. No son más que seres viles, aprovechadores. Se te acercan solo por necesidad, te usan y luego te abandonan.

Simón la observó con perplejidad.

—Yo también soy un hombre.

—Por eso te lo digo. Tengo que reconocerte como la excepción a esa regla, el único que ha sido distinto conmigo.

—¿En qué he sido distinto?

—Me has querido, te has preocupado por lo que me pasa. Quiero creer que por mí y no por parecerme a tu esposa.

Simón vio cómo Eloisa no sabía si hablar o cerrar la boca. Fue por un momento, un mínimo instante de refreno, antes de que continuara con su confesión.

—Aunque no has dejado de traerme problemas.

—¿Problemas?

Ella lo miró con cierta furia en los ojos.

—Sí, problemas. Antes de conocerte, vivía satisfecha de mí, sin necesitar a nadie más en mi vida. Ahora me has puesto de cabeza y no hago más que preocuparme por tus cosas y temer que te vayas de mi lado. Eso has hecho, convertirme en una tonta sentimental.

—No pienso irme de tu lado.

—Eso dicen todos al principio.

Él se le acercó, lo suficiente como para tomarla de la cintura. Seguían lado a lado frente al cuadro. Al principio, Eloisa pareció resistirse, pero luego dejó caer la cabeza en uno de sus hombros.

—Lo digo ahora y lo voy a decir siempre.

Ella lo miró con ojos suplicantes. Simón tenía ese poder de hacerla pensar que todo era posible, incluso tener una nueva y mejor vida. La ilusionaba, le hacía concebir locas esperanzas y sueños aún más bizarros, una existencia sosegada, feliz y normal. Nunca antes un hombre había conseguido eso.

—Por favor, no me lastimes ni me engañes.

El tono fue de súplica. Él pareció confundido por esas palabras. Lo que fuera que ella tuviera como pasado, no parecía algo bueno.

—Nunca haría eso —se defendió.

—Sé que no tengo derecho a pedirte eso, pero...

Eloisa se atajó de repente; el terror la corría por dentro. Había estado cerca, muy cerca de revelar todo. Estúpida tonta, se recriminó. ¿Qué se suponía que hacía? Cada vez perdía más y más el control cuando lo tenía cerca y adoptaba actitudes de una imbécil enamorada, pensó con amargura.

Al girar para verla, Simón notó que a ella le brillaban los ojos y que tenía los labios apretados. ¿Estaba por llorar, temía que se le escapara alguna palabra? La veía no solo triste, sino bastante afligida por algo. ¿Qué le pasaba? Quizás era por algo que había hecho o dejado de hacer. Sabía que para las mujeres como Eloisa pesaban más las omisiones que los actos al juzgar una falta.

Subió los brazos y le acarició las mejillas. No entendía lo que le ocurría y no sabía qué decir. Simón había aprendido con ella, en el corto tiempo que estaban juntos, que en esas ocasiones lo mejor era no decir nada.

—¿Tenemos de verdad alguna oportunidad? —le preguntó Eloisa al fin. La mirada se le debatía entre la esperanza y el temor.

—Por supuesto. Tarde o temprano, la vida nos da lo que nos merecemos.

Su expresión se ensombreció un poco al escucharlo decir esas palabras. Había hecho demasiadas cosas en el pasado como para creer que podía, así como así, dar vuelta la página y empezar una nueva vida a su lado.

Sintió miedo, por primera vez, de algo que fuera más allá de su existencia física, de su supervivencia, y sus siguientes palabras evidenciaron ese temor que le corría por dentro:

—Precisamente, eso es a lo que yo le temo.

CAPÍTULO XVII

Iba a besarla cuando se detuvo de improviso. Fue por algo que vio por sobre el hombro de Eloisa. Ella observó cómo Simón se ponía serio, al tiempo que petrificaba la mirada hacia uno de los extremos de la sala de exposición. Cuando ella dirigió allí la vista, supo la razón: en una esquina, había un par de extranjeros. Era probable que, de acuerdo a cómo estaban vestidos y a su aspecto, fueran estadounidenses. Fingían, sin mucho éxito, que observaban los cuadros. En realidad, los miraban a ellos.

—¿Qué hacen? —le preguntó a Simón.

—Supongo que quieren hablar conmigo. Se han puesto insistentes, últimamente.

Al observarlos, Eloisa descubrió con inquietud que uno de ellos le parecía conocido.

—¿Por tu invento?

—¿Por qué más? Me tienen harta estos tipos, no admiten un no por respuesta.

—Podrías darle entonces lo que quieren, Simón. Veo cómo te afectan, y me dijiste que estás en un punto muerto del desarrollo.

Él la miró con ojos tristes. Parecía desalentado.

—No quiero que lo que tengo caiga en malas manos. Estoy muy cerca, puedo sentirlo.

Era difícil razonar con él cuando se cerraba así. Su tozudez reemplazaba sin remedio a la racionalidad del científico.

—Entiendo que no quieras desprenderte de lo que has conseguido, pero eso es solo una sensación. No has avanzado y la empresa necesita nuevos fondos. De no venderlo pronto, otro terminará por descubrirlo o quitártelo.

Un escozor la recorrió. Otra vez decía cosas inconveniente, pero, para su fortuna, él no reparaba en el significado que podían tener esas palabras.

—No son quienes dicen.

—¿Qué?

—Esos dos, Jones y Smith, si es que esos son sus nombres.

Ella se quedó sin saber qué decirle, temía develar algo más. La perspectiva de tener un tercer grupo a la caza de lo mismo que los soviéticos y su contratante la intranquilizó sobremanera.

—Dijeron que eran del Centro de Desarrollos Avanzados del Instituto Tecnológico de Massachusetts. Llamamos allí y nos confirmaron que ambos trabajaban con ellos. Las referencias que nos dieron fueron impecables, tan buenas que entré a sospechar. Los científicos nunca son tan locuaces, así que le pregunté a un amigo mío que da clases en la Escuela de Ingeniería del MIT y me dijo que no los conoce ni existe tal centro de desarrollos avanzados.

Simón se alejó en dirección a ellos.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que quieren: hablaré con ellos. Supongo que es la única forma de sacármelos de encima, al menos por un rato. No quiero que me molesten cuando estamos juntos.

A ella, eso último le pareció muy dulce, pero no la hizo sentirse mejor respecto del papel que desempeñaba respecto del invento. Ella era peor que todos esos hombres juntos.

* * *

Las manos le temblaban cuando encendió el cigarrillo. Se quedó a contemplar el cuadro. Con cada mirada que le daba, más se conmovía. Allí estaba retratada; no lo había advertido en las primeras miradas, pero sí, definitivamente era ella, una mujer partida por los cortes de la vida que buscaba volver a ser una por sus sentimientos.

¿Cómo no había podido verlo al principio? Porque estaba ciega, como en tantas otras cosas, pensó. Simón le contagiaba sentimientos y le imponía su modo de ver las cosas. De verla a ella, ahora. Era la más dulce de las dominaciones, perdía sin remedio su autosuficiencia y se encadenaba a otro.

No le gustaba la situación, pero tampoco podía hacer mucho para impedirlo. Había llegado decidida a cortar de cuajo toda esa relación que la desestabilizaba y no había podido decirle ni una palabra. Ahora descubría, frente a ese cuadro, que lo amaba más que nunca.

Todavía no podía creer que se hubiera entregado así, que hubiera suplicado que no la lastimara. Ni siquiera había puesto condiciones a su rendición, apenas un mortificado pedido. Sin dudas, se había vuelto loca.

—Es un cuadro impresionante —dijo una voz masculina a sus espaldas.

Antes de que pudiera darse vuelta, ya lo tenía al lado. Se trataba de uno de los hombres cuya presencia había molestado a Simón. Tendría unos cincuenta años, era canoso y usaba unos anteojos de grueso armazón cuadrangular. Le llevaba casi una cabeza de altura a Eloisa.

No pudo evitar sentir ese escozor de peligro en la piel. Se trataba del hombre que había creído reconocer de otro sitio. Por alguna razón, lo situaba en Berlín, y eso no implicaba nada bueno para ella.

—A pesar de que está expuesto desde hace solo tres días, ya dos personas buscaron adquirirlo. Su amigo se niega a venderlo por alguna razón. ¿Para qué lo muestra en público si no es para eso?

Hablaba con un acento sureño, observó Eloisa; habría apostado que de la región del Deep South, nada menos. Sureños fanáticos de serlo. Luisiana, tal vez, pero no estaba segura.

—Hay gente para las cuales hay cosas más valiosas que el dinero —le dijo ella, sin estar demasiado convencida.

—De todos modos, tendría que importarle un poco más. Podría terminar su proyecto con la última oferta que le hicieron, supongo que así es esa clase de gente, ¿verdad? Me impresionó cuando supe todo lo que hacía: pinta, desarrolla *hardware*, toca el piano. Como un Leonardo da Vinci, pero de nuestros días.

—No sabría decirle —se atajó.

—Claro que sí, lo conoce mejor que nadie. O, más bien, es quien puede influenciarlo de manera más profunda.

—Sigo sin entenderle señor...

—Jones.

—¿No tendría que hablar con Simón?

Eloisa dirigió la vista a donde había visto por última vez a Simón que conversaba con ellos, pero no había nadie. Se asustó por lo que pudieran haberle hecho.

—No se preocupe. Mi compañero lo entretiene en un café cercano para que podamos tener esta conversación.

—No me gusta ser abordada por desconocidos. Tengo una relación actualmente, así que...

Pudo ver, casi de inmediato, que su papel de mujer honesta no convencía para nada a su interlocutor. El hombre hizo caso omiso de sus palabras como si nunca las hubiera pronunciado.

—Conocí hace un par de años a una mujer en Berlín. Pasaba cualquier cosa por la que se le pagara de un lado a otro del muro. Trabajaba sola, una

free lance, como se dice. Muy hermosa, de orígenes indefinidos e identidades varias.

—Créame que no entiendo de qué me habla.

Mentía. Ella lo sabía; él aún más. Las siguientes palabras le confirmaron que no se trataba de lo que se conocía en el ambiente de los secretos como «un tiro por aproximación», palabras dichas sin estar seguro de lo que se afirma y que buscan ser confirmadas con las reacciones o las contestaciones del interlocutor al que se las dirigen.

—Se dice que la Stasi la entrenó. Algunos hablaban de que fue el propio Markus Wolf quien la formó, aunque nunca fue formalmente una de sus agentes. Una mujer a la que siempre le gustó su independencia, alguien con la suficiente astucia como para no comprometerse ni quedar mal con nadie. Usted es muy parecida a ella.

Eloisa volvió a sentir ese escozor en la piel: una reacción instintiva al saberse descubierta. Había dicho lo necesario para que ella tuviera en claro que lo sabía, si no todo, al menos lo que importaba sobre su pasado. Nombres, acrónimos y actividades que habían hecho de ella lo que era. A ellos les debía la parte más oscura de su carácter y los días más peligrosos de su vida.

La Stasi era la denominación acertada y más conocida del Ministerio para la Seguridad del Estado de la República Democrática Alemana, que estaba bajo influencia de los soviéticos. Era uno de los servicios de inteligencia más efectivos del mundo, mucho más que la Bundesnachrichtendienst, o BND, su homólogo alemán occidental. Su eficiencia se debía, en gran parte, a la labor del jefe de la Administración Central de Reconocimiento, encargada del espionaje exterior: el espía sin rostro, Markus Wolf. Se lo denominaba así porque nunca habían podido tener fotografía o dato alguno sobre su aspecto. Era un maestro en el arte de la infiltración y el engaño; para Eloisa, un mentor y algo más también. Ese afecto de Markus le había permitido dejar de trabajar para la Stasi y poder tomar otros trabajos sin que la eliminaran.

Aun cuando fuera inútil, debía persistir en su negativa. Lo miró como si terminara de escuchar una locura antes de decir lo primero que se le vino a la cabeza.

—En todo caso, y si es así lo que dice, no es más que alguna coincidencia de la vida. Todos tenemos gente que se nos parece.

—*Ich vergesse nie ein Gesicht, Fräulein; und Sie erinnern sich offensichtlich an mich.*

La miraba fijo. Ella no rehuyó esa mirada.

—Entonces, su memoria no es tan buena y se ha equivocado de recuerdo; además, yo no lo he visto a usted en mi vida. Que yo entienda alemán no cambia eso.

—Tampoco cambia el hecho de que todavía sea un camaleón.

Ella procuró ignorarlo. Por supuesto que conocía el término: personas que por su fisonomía y manejo de idiomas y costumbres pueden pasar por gente de distintos países. Poseer un agente que podía fingir de modo convincente ser un alemán, francés, inglés o italiano era un capital valioso en esos días para cualquier servicio de inteligencia. Ella había sacado partido de esa habilidad con varios de sus empleadores.

El hombre se acercó un poco más a ella. Tal vez buscaba ponerla nerviosa.

—No creo que esté aquí porque le guste la pintura, *Fräulein* Heller, Normand, Binoche, o como guste apellidarse. Ahora es Manfredi, ¿no? Supongo que es un volver a sus raíces.

—Crea lo que quiera —le contestó ella de mal modo.

—No se entrometa, Bertha, Danielle, Eloisa o como le guste ser llamada. Podemos hacerle la vida difícil.

—¿Cuántas veces debo decírselo? Está equivocado de persona.

—Salvo que le guste tener que envejecer en el bloque soviético, se quitará de nuestro camino. No solo hablo de olvidarse de pisar Estados Unidos. Italia, Francia, Alemania Federal, España, Canadá, lugares donde ha vivido o trabajado en el último tiempo, son también aliados nuestros. Tampoco podrá ir a ninguno de ellos, estará en la lista más negra que pueda imaginarse. Hablo muy en serio.

Ella sonrió desafiante.

—No sabía que el Instituto Tecnológico de Massachusetts tuviera tanto poder.

No disimuló la ironía de sus palabras y esbozó una sonrisa para completarla. No le gustaba en absoluto que un hombre intentara amedrentarla. Jones también le sonrió, amenazante.

—*The agency is the power.*

No le revelaba nada que ella ya no tuviera en claro, y sus palabras en inglés solo terminaban de confirmarlo. Además de los soviéticos, la CIA había metido la cuchara en todo el asunto.

* * *

El retorno a la casa fue silencioso. Simón había vuelto de pésimo humor de la entrevista con el estadounidense. Ella, después de que Jones le dejara en claro que la conocía muy bien, no tenía tampoco una visión muy optimista sobre el futuro.

—Me hizo perder el tiempo —le dijo a Eloisa cuando subieron al auto—. Casi me forzó a tomar un café con él para repetirme las mismas cosas que ya me había dicho antes.

Estaba muy molesto. Ella no quiso, o no pudo decirle, que era la responsable de esa conversación forzada. Apoyó su cabeza en el hombro de Simón, era algo que se sentía bien. Tal vez podría acostumbrarse.

—Es un cuadro muy bonito.

Quiso sacarlo del tema y hablar de otras cosas más agradables. Fingir, al menos por un rato que nada de lo que ese hombre había dicho tenía relación con la realidad, con su vida. Lo que había hecho Simón, pintarla en un cuadro, la había conmovido, incluso más de lo que a ella misma le habría gustado reconocer.

Alguien, la persona menos pensada, en el lugar más remoto del mundo, sabía quién era ella en verdad. Aquella persona que era cuando hacía a un lado el dolor y las malas acciones.

—Antes no te gustaba —le contestó Simón, sin dejar de ver hacia adelante. Eloisa creyó percibir cierto tono de reproche en sus palabras.

—Cambié de opinión. A veces digo bobadas.

Él guardó silencio. Ella levantó un poco la vista y pudo ver cómo su mente estaba en otra parte.

—Una puede cambiar, ¿verdad? —le preguntó con ternura.

—Supongo que sí.

Simón seguía taciturno y ausente. Ella no aguantó más y le preguntó qué le pasaba.

—Esos tipos han conseguido ponerme de mal humor. Son tan enervantes. Se creen los reyes del mundo, como si yo estuviera obligado a hacer lo que me digan.

—Buscan lo que sea que estés haciendo. Si te molestan tanto, deberías vendérselos y ya. Siempre vas a poder construir otra cosa.

Él se dio vuelta para fulminarla con la mirada. Nunca lo había visto tan irascible.

—Ojalá fuera eso. Buscan neutralizar la investigación que llevamos a cabo. Ofrecen pagarme para que no avance más con el microprocesador y que

les entregue todos los planos y datos obtenidos. Cubrirían, a cambio de eso, el monto de todo lo que hemos gastado hasta ahora.

—No lo entiendo.

—Yo sí. —La voz se le puso rígida y las manos se le tensaron sobre el volante. La fuerza contenida otra vez y a un paso de rebalsarlo—. Tienen algo parecido a lo nuestro, más avanzado en su desarrollo, tal vez.

—Es un problema de competencia, entonces.

Simón asintió antes de explicarle.

—No les importa a qué nos dediquemos luego; solo quieren que dejemos de hacer lo que llevamos a cabo. Están a punto de lograr algo y no quieren obstáculos de último momento. Eso es lo que tiene de particular la tecnología: ser el primero en poner algo en el mercado vale mucho más que cuánto puedas producir luego. Es como una carrera que gana el que se mantiene siempre un paso delante de los otros. No te importa si tus competidores llegan luego a donde pisaste primero, siempre que vayan detrás de tu espalda.

Eloisa pudo ver el sentimiento puesto en esas palabras. Lo había visto en otras personas en otras situaciones, pero nunca tan prístino como en Simón. Se trataba de las impresiones de alguien que pelea una batalla por lo que cree y no está para nada seguro de salir victorioso.

—Lo más gracioso es que si seguimos en un punto muerto, no tendrán que pagarme para sacarme del juego. Tendré que dejar de hacerlo a la fuerza.

Le explicó algunas cosas más respecto de dónde estaban los cuellos de botella que le impedían seguir adelante. En algún punto, reparó en que ella había dejado de contestarle.

Se dio vuelta para verla un instante. Descubrió entonces que Eloisa se había quedado dormida sobre su hombro. Tenía una expresión tierna, de alguien inocente que duerme en absoluta paz.

Faltaba un buen trecho para llegar a su casa y conducir fue todo un desafío. Más de una vez, debió obligarse a poner la mirada en el camino y no darse vuelta a mirarla.

Ella lo atraía y sabía que Eloisa sentía algo similar. La atracción entre ambos era innegable, pero siempre había con ella una distancia, un aura de misterio que no terminaba de poder franquear.

CAPÍTULO XVIII

El cine... Ese invento del demonio.

Antonio Machado

Simón llegó hasta el cine sumido en sus pensamientos aciagos. Su proyecto estaba moribundo y eso lo tenía de pésimo humor. Recordó haber estado por allí hacía mucho tiempo. Descubrió el tipo de sala de la que se trataba y de inmediato pensó que alguien le hacía una broma. No sería la primera vez que en su vida tenía que soportar chistes crueles o, al menos, tontos.

No dejaba de sentir culpa por estar justo allí. No porque se tratara de ese tipo de lugares, sino porque debería ocuparse de los problemas técnicos que tenían todo el proyecto parado. Pero tampoco tenía sentido martirizarse por lo inevitable. La reunión diaria del equipo había revelado que seguían tan estancados como el día anterior. Revisar todo, desde el primer paso, lo había confirmado.

Sabía que Estefanía le había brindado recursos muy por encima de las posibilidades de la empresa y que sería difícil recuperarse de ese fracaso, si es que acaso lograban hacerlo en lugar de ir a la quiebra.

Se quedó unos minutos en el pequeño vestíbulo a la espera de que el bromista apareciera. Un acomodador se le acercó y le recordó que la película empezaría en unos momentos.

Seguía sin ver a nadie conocido, por lo que entregó la entrada, cruzó un cortinado rojo y se adentró en la penumbra. Todavía la pantalla estaba en blanco, pero las luces de la sala apenas alumbraban. Era lógico que en tales sitios nadie quisiera poner demasiado en evidencia su presencia, pero tal sentido de la discreción conspiraba con poder caminar libre de tropiezos. Casi a tientas, avanzó por el pasillo mientras trataba de no errarle a los escalones

que bajaban. Había poca gente en la sala; algunos, parecían ser muy jóvenes y estaban en grupo, pero la mayoría eran hombres de edad, distantes unos de otros. Consiguió una butaca cerca del medio y se acomodó.

Un momento antes de comenzar a proyectarse la película, la poca luz de la sala se extinguió. El título en inglés era *Hot meeting*, pero en el subtítulo aparecía *Fiesta picante*. Se trataba de una película *softcore*, o de «porno blando», clase B y sin mayores pretensiones, por algo la calificación era solo para mayores de dieciocho años. Carecía de cualquier tipo de argumento y, desde el primer minuto, se mostraba una sucesión de encuentros sexuales dentro de una casa lujosa, mientras sonaba un tema tras otro de música disco. No había lugar que se salvara de la efusividad de la libido de los concurrentes al ágape, pileta incluida. A veces de a dos, en ocasiones de a tres, cuatro, incluso cinco en el sauna.

Simón no estaba de ánimo para jugar a revivir sus tiempos de adolescente con todos los problemas que tenía encima. Pensaba el modo de levantarse y salir de la sala del modo más discreto posible, cuando una escena le llamó la atención.

Los ingenieros somos gente de mente rara, pensó, mientras sonreía para sí mismo. Lo que le había llamado la atención no era la mujer en bikini que estaba de espaldas, sino el auto cuyo capó acariciaba. Definitivamente, era un Chevrolet Camaro amarillo, pero estaba en la duda de si se trataba del modelo Z28 o el ZL1. Los dos habían salido de planta el año anterior, en 1969. Vistos de frente, la mayor diferencia entre ambos era una protuberancia en el capó, pero la mujer, que parecía hacerle el amor al auto, tapaba la mayor parte. Las tomas eran desde atrás; de todos modos, se adivinaba que tenía un buen cuerpo. Revoleaba una larga cabellera, cobriza y enrulada, a un lado y al otro contra el auto, tan espesa era que no dejaba verle el rostro. Luego, un tipo de rasgos asiáticos con una malla diminuta fue por detrás y comenzó a los arrumacos con la mujer. Tampoco eso le facilitó las cosas para poder confirmar de cuál de los dos modelos se trataba.

Alguien atrás de donde estaba Simón comenzó a sacudirse en la butaca. Otro respiraba entrecortado. Entonces, en la pantalla, el hombre tomó a la mujer por el pelo y la obligó a darse vuelta para echarse sobre ella en el capó. La cámara se acercó para mostrar la expresión de sorpresa y excitación de la mujer.

Simón la reconoció de inmediato, aunque hubieran pasado los años y ahora su cabello no fuera tan largo ni cobrizo ni tuviera esos rulos. Esa mujer no era otra que una muy joven Eloisa.

* * *

Volvió a la empresa tal como había dejado dicho. Resistió el deseo de ir hasta su casa y enfrentarla porque no sabía muy bien qué decirle. Más que asombrado, se sentía descolocado. Nunca habría esperado ver a Eloisa en una de esas películas. Aun cuando se preciaba de no ser un moralista como su hermana, tuvo que admitirse a sí mismo que el imprevisto descubrimiento lo había dejado azorado.

Cuando entró a su oficina, Estefanía estaba allí, esperándolo.

Miró el reloj pulsera, ya era bastante tarde. Lo suficiente como para ser, a excepción de los de la limpieza, los únicos seres vivientes en la empresa. Debía de ser algo importante para que lo esperara hasta esa hora.

La saludó con un beso, en silencio. No llegó a preguntarle qué hacía allí. Antes de eso, lo descubrió en su escritorio. Allí, Estefanía, con la prolijidad que la caracterizaba, había dispuesto varios grupos de papeles. Pensó que se relacionaba con el proyecto del microprocesador.

—¿Más cuentas impagas?

—Hice investigar a tu amiguita.

Quiso protestar, pero ella lo atajó antes de que pudiera decir palabra.

—La policía italiana tiene un largo prontuario tuyo. Desde prostitución hasta estafas y robos. Una joyita.

—Lo sé todo —mintió él.

Su hermana lo contempló, primero sorprendida y luego desconfiada. No sabía si creerle o no.

—Ella me lo contó.

Otra mentira. Nunca había obrado de esa forma con Estefanía, pero, por alguna causa, sentía vergüenza de toda la situación. Tal vez, en el fondo, le decía cómo habría deseado que Eloisa actuara con él.

—No pretenderás...

—Solo sigo mis instintos —le dijo. Simón no había querido emplear la palabra sentimientos delante de su hermana, eso la habría preocupado más.

Se cuidaba con ella como un hijo con la madre a la que admira y respeta. Porque eso era Estefanía para él, en definitiva: mucho, infinitamente mucho más que una simple hermana.

—Estás equivocado.

—Estoy bastante seguro de lo que veo. La vida no ha sido agradable con ella, pasó por cosas terribles. No voy a juzgarla por eso.

—Otros ya lo han hecho. —Le señaló los papeles que había puesto sobre el escritorio.

Simón tomó asiento y los leyó por encima, con mala cara. La mayoría estaba en italiano.

Se preguntó cómo había obtenido toda esa documentación. Era probable que por alguna de sus amigas, alguna esposa de alguien influyente. Tenía un par en la embajada italiana. *Ministero della Giustizia*, se podía leer en el membrete de casi todos los papeles.

—No veo que la hayan condenado.

—Los cargos han sido desestimados por falta de pruebas o por prescripción del delito, no porque fuera inocente. Aun así, ha estado en la cárcel.

Simón releyó esa parte de los papeles. Estaba en lo cierto, pero no le decía toda la verdad.

—Se defendió de alguien que la golpeaba.

—Los jueces no creyeron eso. También ha estado detenida por prostitución. Que fuera de alto vuelo, tampoco es de ninguna excusa.

—Estefi, hace tiempo de todo eso. Fueron penas menores y no ha vuelto a tener una condena en casi diez años.

—Estoy segura de que no es por haberse resocializado; más bien aprendió de sus errores y se volvió más hábil. Tengo que reconocer que sabe cómo salir bien librada de tales situaciones.

—En todo caso, pagó lo que tenía que pagar. Todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Su hermana lo miró, imperturbable.

—Eso puede ser en los tribunales, no en la vida; mucho menos si se refiere a mi hermano.

—Sé que todas estas molestias que te tomaste al investigar su vida son para protegerme.

—No he hecho otra cosa desde que nos quedamos solos.

—Lo sé y te lo agradezco, siempre lo he hecho, pero no estás acertando con Eloisa.

—Ya me equivoqué una vez y dejé que esa bruja egoísta y creída te amargara la vida. No voy a cometer de nuevo ese error.

—Vas a tener que hacerlo. Es mi vida y pienso vivirla como mejor me parezca.

—No me pidas que acepte tu relación con esa mujer.

—Es mi decisión. No te pido nada, pero tampoco voy a hacerte caso.

Advirtió que esas palabras no le habían gustado para nada a su hermana. Sabía también que no iba a hacerle ninguna escena. Aunque la furia le corriera por dentro, ella se guardaba casi todo, aun en lo que a él concernía.

—¿Qué vas a hacer con ella? ¿Casarte?

—Lo que ella quiera hacer conmigo.

—No es correcto tenerla así, que viva en tu casa. Un viudo y una mujer soltera.

—Me tienen sin cuidado las normas sociales.

—Viven en pecado, Simón.

Su hermana era mucho más religiosa que él. Católica de misa semanal y rezo diario. Procuró no molestarla demasiado con sus creencias; sabía que él era una de las razones principales de muchas, sino de todas sus oraciones.

—Vivir el amor nunca puede ser un pecado.

—Va a lastimarte, o algo peor. Conozco las de su tipo. Son capaces de cualquier cosa con tal de lograr lo que pretenden.

—Entonces espero que yo sea lo que pretende.

—Por supuesto que no. Por Dios santo, Simón. —Elevó el tono. Nunca la había visto tan preocupada—. Estás ciego. Fui condescendiente con Francesca porque ella era, a fin de cuentas, solo una tonta esnob, pero esta mujer es de verdad peligrosa.

Su hermano la miró con la misma expresión enojada que ella le dirigía desde hacía rato.

—Como he dicho, ya tomé una decisión.

Su hermana lo miró con más bronca aún. Se quedó así por unos momentos, mientras se reprimía para no decirle algo más. Luego dio media vuelta y se encaminó a la puerta.

—Como quieras. Pero no digas que no te advertí.

Cerró la puerta con fuerza al salir. Fue el único gesto en que reveló lo furiosa que estaba con él.

* * *

Simón reclinó el asiento y se quedó un largo tiempo con la vista hacia el techo. No miraba nada en particular, solo pensaba. Lo vivido en los últimos tiempos le había enseñado a prestar atención a los avisos del destino.

Había una frase en un cuento de Borges —«El impostor inverosímil Tom Castro», le parecía que era su nombre— donde ese autor había escrito que el destino era «el nombre que aplicamos a la infinita operación incesante de

millares de causas entreveradas». A su mente de ingeniero le gustaba ese concepto.

La película había sido un aviso. Los papeles que su hermana le mostró, otro. ¿Qué se suponía que debía hacer ante eso? Ella no le había mentado, pero tampoco le había dicho toda la verdad.

Se levantó para irse a su casa. Pensaba en ella. Todavía no tenía idea de qué decirle. Recordó entonces una frase que Estefanía le había dicho muchas veces, oída a su padre: a veces uno solo sabe cómo debe cruzar un río cuando uno ya está dentro y el agua le pasa de la cintura.

* * *

Facundo insistió en llevarla hasta su casa cuando se lo cruzó en el estacionamiento de la empresa. Le agradeció por eso, porque acababa de caer en la cuenta de que Mario no solo se había ido más temprano, sino que se había llevado el auto. La discusión con Simón, por su parte, no la había dejado del mejor ánimo.

Fue un viaje un tanto incómodo. Había oscurecido. En la radio sonaba una selección de baladas. Fuera, las luces nocturnas de la ciudad brillaban en su atractivo. Cuando pasaron por la avenida Corrientes, Estefanía pudo ver a la gente ir y venir por la zona de los teatros. Se trataba, en la mayoría de los casos, de parejas que decidían a dónde ir a comer o qué función entrar a ver. Casi todos iban tomados de la mano o, directamente, del brazo. Hacía demasiado que con Mario no hacían nada de eso.

Dejó de ver por la ventanilla solo para descubrir que Facundo la observaba de reojo.

—¿Todo está bien? —le preguntó, solícito como siempre.

—Sí, claro.

No pudo evitar mirarlo. Bajo las luces de la noche, el amigo de Simón parecía aún más atractivo. Los juegos de luces y sombras en su rostro le daban un indudable toque de misterio. Es un hombre hermoso, pensó.

—Parece que estás triste por algo —insistió él.

Se tomó su tiempo para contestar. Se suponía que una mujer casada no debía tener ese tipo de pensamientos, y menos aún con un hombre siete años menor que ella.

—No, solo estoy cansada.

No conversaron sobre nada más hasta llegar a su casa. De nuevo, esa falta incómoda de palabras. Cuando al fin llegaron, él bajó del auto y le abrió la

puerta, un gesto de caballerosidad que hacía mucho no tenían con ella. No recordaba que Mario lo hubiera hecho alguna vez. ¿Por qué lo comparaba con su esposo todo el tiempo? No quiso contestarse.

—Gracias.

Quedaron a un palmo de distancia, tan cerca que podían tocarse. Era una proximidad que la inquietaba. Lo miró a los ojos y lo notó nervioso. Dios santo, nos comportamos como dos adolescentes, pensó. Su mente fantaseó con que la besaba en los labios, una ocurrencia que la llenó de vergüenza, pero también la hizo estremecerse.

Facundo le dio un beso rozándole la comisura de los labios, apresurado, culposo. Luego volvió al otro lado del auto.

—Hasta mañana —le dijo, antes de encender el motor e irse. Seguía nervioso.

Ella lo saludó con la mano. Estaba desilusionada, pero ¿de qué podía estarlo? ¿En realidad lo habría aceptado de haber hecho lo que ella pensaba que haría? Aparte de estar casada, Facundo podía ser su hermano menor, tenía la misma edad de Simón. No solo tenía fantasías adúlteras, también se convertía en una asaltante de cunas.

Caminó unos pocos pasos hasta la reja de su casa, mientras buscaba las llaves dentro de la cartera. Tras encontrarlas y al subir la mirada, observó cómo Mario la miraba a ella tras el cristal de la ventana. Su cara se veía muy seria y tomaba un vaso de *whisky*.

Se preguntó cuánto habría visto de todo lo sucedido. Casi nada había pasado, pero no podía evitar sentirse por demás avergonzada.

CAPÍTULO XIX

La vida es lucha y tormento, decepción, amor y sacrificio,
atardeceres de oro negro y de tormentas.

Laurence Olivier

Lo dejó dormir; había llegado tarde y olía a alcohol. Eso removió ciertos recuerdos dentro de ella, vivencias de las que creía haberse deshecho. Ahora volvían a estar allí, más vívidas que nunca, y le atosigaban la memoria.

Cuando era niña, su padre llegaba a la casa en similar estado, más veces de las que quería recordar. Su madre nunca decía nada al respecto, solo lo ayudaba a acostarse. No la desalentaban en ese actuar ni sus modales bruscos ni su carácter violento.

Ella se juró que nunca haría algo semejante, pero, cuando Simón tropezó al entrar al cuarto, casi se precipitó sobre él para levantarlo. Había tenido que desvestirlo y meterlo en la cama. Era el pasado que cobraba vida, esa vez, con ella de protagonista justo en el lugar de su madre, ese en el que nunca había querido estar. Hasta en el hecho de irse en silencio del cuarto para no despertarlo, a la mañana siguiente, actuaba igual que su madre.

Sintió las tristezas del pasado que le subían por dentro con una intensidad descomunal y no pudo evitar volverse a mirarlo antes de trasponer la puerta. ¿Así habría hecho su madre? La perspectiva la horrorizó.

Simón dormía en total sosiego, con placidez. Era una de las cosas que más le envidiaba: el sueño tranquilo. En Florencia también lo había visto dormir así. Ahora, caía en la cuenta de que ella dormía igual desde que había llegado a esa casa. Sus pesadillas la habían abandonado. Aun esa noche, luego de verlo llegar en ese estado lamentable: obnubilado por el alcohol, torpe en los movimientos e incoherente en las expresiones. A pesar de que se había

dormido preocupada por la posible causa que lo había inducido a emborracharse de esa manera, eso no pareció alterarle el sueño. Durmió en paz, como todas las noches en las que había estado con Simón.

Nunca pensó que podría lograrlo. Incluso su tristeza actual no era nada comparada con las sombras aciagas que siempre la habían rondado. Hasta su piel parecía mejorar. Desde los diecinueve años había soportado erupciones cutáneas sin que ningún tratamiento le hubiera hecho efecto. Luego de una temporada de trabajo, aparecían esas pequeñas protuberancias rojizas. Desde que conoció a Simón, no había tenido noticias de ellas.

Llegó hasta la sala y evadió la mirada de Francesca en el cuadro. Había decidido, por ese día, ignorarla. Cuando se acercó al ventanal, advirtió que era un hermoso día de sol. La primavera parecía haberse adelantado.

Detuvo los ojos en la pileta de agua límpida. Como si se adelantara al clima, el hombre que hacía las tareas de jardinería la había dejado en condiciones de uso. En la visita de la semana anterior, Eloisa había estado allí y, tras la impresión inicial por su semejanza con Francesca, se mostró locuaz respecto de Simón. Lo tenía en alta estima.

—El señor es un hombre muy bueno —había dicho.

Todos a su alrededor parecían adorarlo. Tal vez por eso fuera tan difícil no estar enamorada de él.

¿Enamorada, había dicho, en sus pensamientos? Una vez había jurado no hacerlo con ningún hombre. Creía con ello ponerse a salvo de padecer lo mismo que su madre. Pero justo había dado con alguien capaz de hacerle romper todas sus promesas.

La vida me lleva a realizar todas aquellas cosas que dije que nunca haría, pensó sin sacar la vista del agua. Un par de hojas de arce flotaban sobre ella. La idea de sumergirse allí la tentó sobremanera. Nadar un poco siempre le había aclarado las ideas. Y eso era justo lo que necesitaba con desesperación.

* * *

Despertó cuando el sol le dio de pleno en los ojos. Con satisfacción, comprobó que apenas tenía resaca, un pequeño dolor en la sienes y un tanto pesado el estómago.

Se pasó las manos por el pelo y se acomodó los mechones caídos. Tragó saliva con dificultad y descubrió que tenía la garganta reseca. Una sensación ácida le surgía desde el estómago.

Supuso que era el alcohol de la noche anterior. De poco y nada le había servido, ya que tenía en la cabeza las mismas inquietudes y dolores que antes de emborracharse. Solo había logrado, cuanto mucho, un breve paréntesis.

Se alegró de que Eloisa ya se hubiese levantado. Aun cuando alargara lo inevitable, por lo menos podría enfrentarla con mejor aspecto. Con un lento movimiento, apartó las sábanas y fue desnudo hasta el baño. El agua de la ducha, caliente y abundante, lo revivió. Permaneció allí debajo; empezó a sentir cómo su cuerpo comenzaba a reaccionar.

Recordaba cómo había dado con aquel bar: solo se le cruzó en el camino. Había pasado por allí mil veces, pero esa vez entró. Estaba enojado y quería romper ciertas reglas de su vida; la moderación figuraba en el primer lugar de esa lista mental. Entonces buscó revancha contra la actitud pasiva de muchos años.

Aun con esa intensión de rebeldía, no dejó de tomar precauciones. Le dio al mozo una tarjeta personal en la que figuraba la dirección de su casa y le dijo que debía ponerlo en un taxi si no podía hacerlo por voluntad propia. Luego, sin prisa, pero tampoco pausa, se bebió todo lo bebible, en particular aquello que nunca había probado antes.

Lo hizo solo en una mesa, abstraído en sus pensamientos y con la vista fija en la copa de turno. Era una presencia ausente en medio del humo y del bullicio de los clientes que volvían del trabajo. Bebía y pensaba. Se sentía cansado, dolido, confundido. Siguió en igual estado, copa tras copa.

Su último recuerdo, borroso entre las brumas del alcohol, era que insultaba a una mujer. No podía acordarse, por más que lo intentaba, si se trataba de Francesca o Eloisa.

Cerró la canilla de agua caliente y abrió la fría, y trató de resistir bajo el chorro helado por medio minuto antes de salir y secarse. Luego de eso, no quiso afeitarse y se vistió con un pantalón de *jean* gastado y una camisa a cuadros blanca y amarilla. Lo hizo con calma, los movimientos bruscos o rápidos le hacían doler la cabeza. Pensaba en cómo debía actuar cuando se la encontrara.

Fue hasta la cocina, sin tener todavía una respuesta. Allí pulverizó media zanahoria en la licuadora, para luego agregarle el jugo de un limón y de dos naranjas. Bebió la pasta espesa con la esperanza de que despejara pronto los efectos de la resaca.

Alguien había dejado el diario *La Nación* sobre la mesa del desayunador, probablemente ella. Simón pretendió desterrarla de sus pensamientos y pasó las páginas en busca de alguna noticia que captara su atención. Todavía no se

apagaban, en la parte política, los ecos de la victoria de Salvador Allende en Chile. El candidato de la Unión Popular se convertía en el primer político de izquierda en llegar a la presidencia trasandina, elegido de manera democrática en las urnas.

Reparó entonces que la parte de los deportes estaba separada del resto y abierta en la cobertura de la tragedia ocurrida en el circuito de Monza. Por lo visto, ella seguía con interés las noticias de su país. El artículo era presidido por una gran foto de Jochen Rindt, el piloto austríaco muerto en un accidente durante los entrenamientos para el Gran Premio de Italia.

La paradoja era que, aunque faltaban tres carreras por disputar para finalizar el campeonato, Rindt ya tenía los puntos suficientes como para alcanzar el título de manera póstuma.

Apartó el diario con una mueca de desagrado. ¿A quién engañaba con tanto disimulo? Solo hacía tiempo para no tener que enfrentarla. Deambuló entonces por la casa para verla, aunque todavía no sabía muy bien qué iba a decirle.

Era su karma, su talón de Aquiles y su desdicha. Jamás aceptaba las cosas como le eran dadas. No lo hizo con Francesca, con la que se empeñó en conseguir, al menos, su afecto. Tampoco lo había hecho con Eloisa. Ese misterio en el que parecía envuelta lo atraía casi tanto como la semejanza con su esposa.

Salió al parque y vio que la primavera parecía haber llegado más pronto de lo usual. En circunstancias normales habría gozado del cielo despejado y de la temperatura cálida, pero ese día nada le parecía así. Terminó el contenido del vaso y caminó de un lado a otro como un autómata.

Había decidido volver a la casa cuando lo vio: el agua de la pileta se agitaba, al parecer sin motivo. Fijó su vista en aquellas ondas y descubrió a la mujer que nadaba. Simón se detuvo justo en el borde. La observó nadar sin esfuerzo hasta el extremo opuesto y, sin salir a tomar aire, girar sobre sí misma y regresar serpenteando. Por un instante estuvo dispuesto a olvidar todo y hacer como si no se hubiera enterado de nada, pero enseguida la decepción comenzó a ganarlo por dentro. Él le había confiado sus secretos, pero no había sido correspondido. Pensaba en eso cuando Eloisa surgió del agua y apoyó los codos en el borde de la pileta, justo enfrente de donde estaba.

—Hola, extraño. Podrías acompañarme.

No era un pedido y sí una insinuación. Él descubrió, al escudriñar a través de las aguas, que no tenía puesto traje de baño. Tal vez por el frío del agua,

los pezones se le veían muy erectos. Saltaba a la vista que estaba acostumbrada a nadar en climas fríos.

—Luego, tal vez.

Ella se acomodó hacia atrás su cabello mojado. Después de eso, lo salpicó con agua con las manos. Simón retrocedió unos pasos.

—Aburrido —le recriminó.

Simón seguía muy serio.

—¿Cómo se puede nadar por tanto tiempo sin salir a tomar aire?

Sabía que preguntaba eso para no hacerlo sobre otras cosas. Intentaba parecer calmado, cuando en realidad estaba alterado. Habría querido decirle cuánto lo había defraudado. Se trataba de un hombre descorazonado que temía afrontar su decepción más profunda.

—Forma parte de mi misterio —respondió. Intentó parecer divertida. Buscaba, como con el agua, hacerlo sonreír. Tampoco lo logró esa vez—. ¿Pasa algo malo? —terminó por preguntarle, mientras se rendía ante lo evidente.

—No sé a quién tengo enfrente —le dijo Simón, para luego encaminarse hacia la casa.

Nunca antes, había tenido esos modos bruscos con ella.

CAPÍTULO XX

Tenemos que obligar a la realidad a que responda a nuestros sueños.

Julio Cortázar

Eloisa salió de la pileta, confundida; nunca lo había visto tan serio. El agua se le escurría por la piel, por lo que se secó rápido con una toalla que había dejado sobre una reposera. Luego, se envolvió con ella.

Simón ya había entrado en la casa por la puerta corrediza de vidrio que daba a la sala. Lo siguió, todavía con el cuerpo húmedo y el pelo que le goteaba perlas de agua. Él había estado muy parco, en palabras y sentimientos, para su gusto. Algo debía de haber pasado más allá de la borrachera. A mitad de camino, cayó en la cuenta de que estaba preocupada por él. Nunca nadie le había importado demasiado desde que, cuando todavía era una niña, la forzaron a ser adulta.

Lo encontró en la sala, cuándo no, perdido en la contemplación del maldito cuadro y con un vaso de *whisky* sin hielo entre las manos. Nunca bebía a media mañana y tampoco era de quedarse en la casa sin ir a la empresa. Estaba afligido, podía verlo en su expresión.

Quiso ir donde él estaba, sentía la desesperada necesidad de estar cerca y abrazarlo. Pero a mitad de camino se paralizó. Simón había dejado sus cosas sobre la barra del bar: las llaves de la casa, la billetera negra de cuero y lo que parecía una entrada a un espectáculo de cine. Cuando la observó de cerca, entendió lo que pasaba. El nombre de la película estaba impreso en ella.

Eloisa tomó la entrada del cine y la exhibió ante Simón cuando se paró frente a él, mientras le tapaba, adrede, la contemplación de esa esposa que se resistía a dar por muerta. Él miró la entrada con el fatalismo de las cosas

condenadas a suceder. No se acordaba de haber dejado allí sus objetos personales, quizás había sido un descuido suyo. O, tal vez, lo había hecho adrede.

—Me imagino que has visto una película.

—Sí.

—¿Cómo supiste?

—Me llegó en un sobre. Pensé que me hacían una broma.

¿Quién podría haber sido? Eloisa rumió la bronca para sus adentros. Alguien le había enviado un mensaje: la CIA, los rusos... Podía ser cualquiera. Pero no era eso lo que la preocupaba, sino la decepción en el rostro de Simón.

—Puedo explicarlo.

—No es necesario.

Él vio surgir un sesgo de vergüenza en su rostro. ¿Era real o fingido? Ya no sabía qué pensar de ella.

—Era joven, muy joven, Simón. No sabía en realidad lo que hacía.

Tampoco ahora, pensó ella con rapidez.

—No me importa tu pasado.

Decidió ser honesta con él, no tenía otra salida. Se sentía incapaz de mentirle.

—Hubo otros errores también; nunca te mentí. No he sido una santa, ni siquiera he sido una buena persona. Así que no...

—No me importa tu pasado —repitió él.

Otra vez con la misma frase. ¿Es que ese hombre era todavía más negador y cabeza dura que ella?

—Voy a terminar por joderte la vida. Me conozco lo suficiente.

—No puedo... No quiero creer todas esas cosas.

—¿Qué cosas?

—Lo de la policía y los problemas judiciales.

—Es cierto; no me pongas esos ojos de traicionado. Te dije que dejáramos las cosas como estaban.

—No me gustan las cosas como son. No me gustó de Francesca; ahora no me gustan esas actividades tuyas.

—Es tu culpa, por idealizar a las personas, por todas esas fantasías que somos mejores de cómo es nuestro carácter en realidad. Ya lo hiciese con Francesca.

Él se molestó un poco por la referencia a su esposa.

—No veo qué tiene que ver ella en todo esto.

—Todo tiene que ver. Siempre está metida entre nosotros.

—No es cierto.

—Por supuesto que sí, y ella era tan hija de puta como yo. No te merecías lo que hizo ella ni tampoco te merezco yo. Pero, por lo menos, yo te lo he dicho muy claro lo que, por supuesto, no ha tenido efecto alguno en sacarte tus ideas de la cabeza. La subiste a un pedestal y ahora me subiste a mí también. Ni ella ni yo damos la altura para eso.

Parte de la atracción era su sinceridad brutal. La misma que alimentaba el deseo de Simón de no quedarse con lo dado, de no aceptar las situaciones y de pretender cambiar las cosas.

—Nadie tenía el derecho a juzgarme, en especial aquellos que lo hicieron, hombres con sus leyes de hombres. No voy a dejar tampoco que me juzgues.

—No te juzgo. Busco entender.

—Lo veo en tus ojos: la búsqueda de la forma en que vas a sentenciarme. Simón pareció molestarse.

—Ves mal entonces. Solo estoy triste.

No dijo nada más. Se levantó y se fue a otra parte. Por segunda vez en el día.

* * *

Simón se encerró en el estudio lo poco que restaba de la mañana; tampoco salió de allí para comer. Eloisa procuró no pensar en él. Se quedó en el patio primero y tomó sol; luego pasó por la cocina para prepararse un sándwich, que comió en el parque. A la media tarde, ya estaba cansada de hacer como que él no existía; en especial harta de que Simón la ignorara. Se armó de valor y fue hasta el estudio para enfrentarlo. De repente, cayó en la cuenta de que estaba en riesgo de perderlo. Fue una constatación súbita que la sacudió como si le hubieran arrojado un balde de agua fría. Esa perspectiva pronto se le antojó insoportable.

Golpeó dos veces la puerta, sin obtener respuesta, antes de entrar en el estudio. Creía estar preparada para todo, pero no era cierto. Lo comprobó cuando vio a Simón levantar la vista de los papeles; sus ojos estaban enrojecidos, llorosos.

Eloisa había llorado por tantos que ya creía tener callos en el alma que la insensibilizaron. Ahora, por primera vez, reparaba en que otro lo había hecho por su causa.

Simón parecía un ser solitario y desvalido, con el rostro sin afeitado, campante de tristeza y con el pelo revuelto en mechones desordenados. Su pena lo hacía más atractivo y varonil.

Eloisa lo miró con ojos muy serios.

—¿Qué querrías que hiciera?

Él pareció no entender la pregunta.

—¿Qué quiero que hagas?

Ella vio cómo en su aflicción buscaba una salida para continuar con ella. Muy bien, iba a dársela. Sabía que era un error, trataba de apagar un fuego con querosene, pero no se le ocurría nada más para retenerlo junto a ella.

—Sí, por supuesto. No juegues al tonto conmigo, Simón, no te sale. Tal vez los otros soporten esos juegos evasivos, pero yo no. De una buena vez, vas a ser sincero conmigo.

Él se sorprendió por esa firmeza. Le recordó a Francesca, siempre tan segura de sí misma. Era bueno, en los momentos de zozobra, tener cerca a alguien con esa decisión, sobre todo cuando él carecía de la menor idea de cómo enfrentar sus propios sentimientos.

—Lo he sido. Siempre te he dicho lo que siento.

—Por supuesto que sí, pero no todo. Es aquello que no está dicho lo que me molesta.

Él la miró sin contestarle.

—No quiero secretos entre nosotros —le advirtió ella. Sabía que no tenía ninguna autoridad moral para demandarle eso, pero igual lo hizo.

A Simón comenzaron a sudarle las manos y contrajo los brazos contra el cuerpo. Eloisa no dejó de advertir eso.

Ella hacía lo que nunca había querido: lo trataba igual que a los otros. Su único consuelo era que lo llevaba a cabo para tenerlo con ella y no para destruirlo.

—Tal vez fue un error no contártelo todo desde el principio. Temía perderte. —Le mentía a medias, o no decía toda la verdad. No se detuvo demasiado a pensar en eso. Para el caso, era casi lo mismo.

Volvía a ser la de siempre: una cazadora tras la presa. Sabía lo que tenía que hacer y decir para lograr sus deseos.

—No soy suficiente, ya lo sé, no te molestes en negarlo. Ahora vas a decirme qué ideas hay en esa cabeza tuya en lo que a mí respecta. Tengo que parecerme más a ella, ¿verdad? —continuó—. Lo has querido desde que me viste, puedo verlo ahora en tus ojos. ¿Vas a negármelo?

Luego de unos momentos de incómodo silencio, él forzó un tanto la voz para decir:

—No. No voy a negarlo.

Le había costado admitirlo; era algo que lo incomodaba reconocer.

—Podrías habérmelo dicho antes, no tengo problemas en hacerlo.

Él no podía creer lo que escuchaba. Había fantaseado con eso en silencio, muchas veces, cuando la veía en la mayoría de las ocasiones. Lo fascinaba encontrarla idéntica a Francesca en casi cualquier cosa, o a su idea de lo que debía ser ella.

—No es muy difícil ponerme sus vestidos y sus zapatos, tenemos las mismas medidas. Es un poco conservadora para mi gusto, pero eso no importa, lo haré si eso te satisface de alguna forma.

¿De alguna forma? Era justo lo que había imaginado tantas veces. Asintió sin dar mucho crédito a lo que pasaba. Ella, como si nada, iba a cumplir uno de sus deseos escondidos más profundos, aquel que todavía lo unía al recuerdo de una muerta.

—Hecho, entonces —le dijo ante el asentimiento tácito que suponía su silencio—. ¿Algo más que tengas en mente?

Se le secó la garganta de repente. La incomodidad creció en él. Sí, había algo más, aunque no se atrevía a decírselo. Pero ella sabía que existía ese algo más y no iba a dejar que se lo ocultara, por eso interrumpió el silencio para preguntarle:

—¿Vas a quedarte así y mirarme de esa forma sin decírmelo?

Él rehuía su mirada, cada vez más incómodo. La excitación le crecía por dentro.

Ella se le acercó hasta quedar a un palmo de su rostro, tan cerca, aun con el escritorio en medio, que ya no pudo huir de esa mirada. Lo escrutó con ojos inquisitivos, como si pudiera leer lo que pensaba.

—Es mi cabello, ¿verdad?

Simón sintió que el corazón se le salía del pecho. Por un momento, pensó que no estaba frente a una mujer sino a una bruja, capaz de saber lo que le ocurría por dentro. Eloisa supo, por su expresión inquieta, que había acertado.

—Sí, tiene que ser eso —contestó a su propia pregunta sin dejar de mirarlo—. Es lo único que me queda de distinto a ella.

Los ojos grises de la muchacha se concentraron en la expresión culposa de Simón. Parecía como un niño al que su madre pescó mientras hacía una travesura.

—Puedo teñirlo de su color y arreglármelo como ella. Tampoco eso me importa demasiado.

—¿Harías eso por mí? —preguntó, mientras rompía al fin su silencio. Había una inconfundible ansiedad en esas palabras.

¿Por qué no?, pensó ella. ¿Qué más le daba hacer eso? A Simón no le importaba su pasado, y Eloisa hubiera hecho casi cualquier cosa por borrarlo. Él todavía quería tener algo con ella luego de conocer todas esas cuestiones. Por mucho menos, varios habían huido de su lado. Quería complacerlo, alentar el esfuerzo de permanecer al lado suyo, y no se le ocurría otra forma.

Nunca esperó que un hombre reaccionara así al descubrir esa parte de su pasado. Sin dudas, Simón era distinto. No quería perderlo, pero tampoco sabía si le iba a ser posible conservarlo.

—Yo lo haría para los dos —respondió al fin, mientras se estiraba sobre el escritorio para acercar sus labios a los de Simón.

Lo besó y ambos volvieron a fundirse en silencio. Él se apoyó sobre uno de sus codos y la miró con una ansiedad nada disimulada.

—¿Cuándo lo harías?

—Cuando me lo pidas —le dijo con una sonrisa extraña—. Solo voy a llevarlo a cabo si te escucho pedírmelo.

Él la miró con ojos confundidos; no terminaba de entenderla, Pero ella parecía saber todo de él, en especial cómo llevarlo contra la pared de sus sentimientos más incómodos e inconfesables.

—Debe haber confianza entre nosotros si queremos que esto funcione. Por eso, ahora vas a pedírmelo.

Él tragó saliva, incómodo, antes de decir.

—Sí, quiero que lo hagas. Te lo pido.

—¿Por qué?

—No entiendo...

—Por supuesto que sí. Busco que te hagas cargo de tus fantasías para que podamos seguir con lo nuestro. No hay por qué sentirse incómodo. Yo te amo y entiendo muy bien lo que maquina esa cabecita tuya, pero es necesario que lo digas. No por mí; haría lo que fuera para mantener tu amor, pero quiero que seas honesto y dejes de esconderme esos simples deseos como si fueran terribles pecados. Te lo pido por lo que tenemos.

Simón tosió para aclararse la garganta. Luego le dijo, con voz tímida y apagada:

—Quiero que lo hagas porque te parecerías más a ella.

Después de decirlo, bajó la vista, avergonzado. Pero ella lo tomó del mentón y, con gentileza, lo forzó a verla a los ojos. Sonreía. Era una sonrisa triunfal, de aquellas que se esbozan cuando uno logra lo que se propone contra todas las dificultades.

—No hay de qué sentir vergüenza. Es mejor que aprendas a sacar fuera esas cosas que te rondan la cabeza.

Le acarició la mejilla, en tanto que le decía:

—No puede haber secretos entre nosotros. Puede que con el resto del mundo juegues bajo esa máscara de genio terrible, pero no conmigo. Quiero tu promesa de que vas a ser sincero conmigo pase lo que pase.

Él asintió.

—No te escuché. —Su voz adquirió, por un instante, un cierto tono de mando. Luego, suavizó las cosas con una mirada más encantadora.

—No voy a tener secretos contigo. Lo prometo.

—Vamos a compartirlo todo.

—Sí, claro. Lo que digas.

Todavía seguía echada sobre el escritorio. La postura antinatural no parecía incomodarla. Su mano se movió hacia Simón y le acarició el cuello.

—Es muy lindo que estemos de acuerdo. Quería que entiendas exactamente por qué voy a hacerlo. Vas a superar esa obsesión por una muerta, cariño, yo voy a encargarme de eso. Porque te amo, Simón. No tiene que importarte lo que digan otros, hago esto porque te amo. Haría cualquier cosa por este amor nuestro.

—Yo... también haría lo que fuera.

Ella le sonrió. La suya fue una sonrisa no exenta de supremacía.

—Ya lo sé. Cuento con eso, amor.

* * *

Amor. Nunca antes le había dicho de ese modo. Simón sonrió con alivio. Estaba encantado de cómo habían quedado las cosas, pero ella no pudo evitar sentir culpa. «Amor» era una palabra que se había jurado nunca volver a pronunciar. La había usado con él, como otros lo habían hecho con ella, para encubrir el deseo de poseer a alguien. Al fin, la dominante que siempre había sido veía de nuevo la luz. El miedo la hacía actuar así: prefería dominarlo antes que perderlo. La situación la había puesto contra la pared y sacaba la parte más oscura de su carácter.

No era la primera vez que le sucedía, pero esa vez lo había hecho con culpa.

CAPÍTULO XXI

Por aquel entonces, teñirse el pelo era un tema incluso más personal que tu vida sexual.

Jane Maas, *Mad Woman*

Poco y nada se revelaba desde fuera sobre lo que allí se llevaba a cabo. Las grandes ventanas de cristal a cada lado de la puerta se hallaban cubiertas por gruesas cortinas rosas. «Salón de Belleza» era todo cuanto se leía en el cartel por encima del ingreso.

La década de 1970 podía haber liberalizado muchas cosas y vuelto público casi todo, pero los ámbitos donde las mujeres cuidaban su cabello seguían tan ocultos como de costumbre. Podía exhibirse sin problemas el cuerpo en una bikini o dejar las piernas al descubierto con una minifalda, sin embargo todas ocultaban con celo lo que hacían o dejaban de hacerse en el cabello.

Una pequeña campana tintineó apenas al abrir la puerta. Era lo único que aquel lugar guardaba en común con algún sitio similar que ella hubiera visto. Todo allí tenía estilo y se veía con aspecto de caro. Era la clase de lugares que ella siempre había visto a través del vidrio y desde fuera porque excedían sus posibilidades, de aquellos a los que no se entra sin una cita previa y que se dan el lujo de elegir a sus clientas.

El primer impacto tras entrar lo produjeron ciertos sonidos particulares. El zumbido grave y constante de los secadores de cabello en medio de una cacofonía de voces solo femeninas que hablaban de los temas más cotidianos a los más reservados. Luego se percibía ese perfume especial, mezcla de los más diversos productos que allí se usaban. Un aroma pesado, penetrante, empalagoso y algo ácido.

No se trataba de un lugar muy grande, pero, por donde mirara, parecía colmado de mujeres, tanto en los asientos de la sala de espera como en las diversas estaciones de trabajo, hasta en la hilera de secadores dispuestos uno al lado del otro a lo largo de toda la pared. No se podía divisar ni una silla vacía bajo esos conos color acero. Todas las clientas vestían batas color rosa pálido; las empleadas, rigurosos delantales blancos.

Ella no pertenecía allí y detestaba a la gente que pululaba por ese tipo de sitios. Lo que iba a hacer le parecía alocado; quizás, hasta una estupidez. Buscaba parecerse a una persona que no había tratado nunca pero conocía como a pocas; a la que detestaba más que a ninguna otra. La perspectiva de verse rechazada por Simón le había generado ideas extrañas, la había vuelto más despiadada en algunos aspectos y mucho más temerosa en otros.

Odiaba sentirse así. Quería tener la tranquilidad, paz y seguridad de que él permanecería a su lado.

Se acercó a la recepción y mencionó su nombre. Simón había arreglado todo a través de la secretaria. Se preguntó si lo habría hecho de esa forma también con Francesca.

La empleada la saludó como si la conociera antes de ayudarla a ponerse la bata, que era de tela liviana. Cuando hizo un comentario sobre el tiempo que había pasado sin asistir al salón, Eloisa supo que había sido, una vez más, confundida con Francesca. Por suerte no dijo nada más mientras la acompañaba adonde estaba la peluquera que debía encargarse de ella.

¿Por qué hacía eso? Para controlar a Simón o para que él la aceptara. Solo se trataba de una parte más de su plan o, sin dudas, pensaba que podía reemplazarla en sus afectos, lograr que él la amara si se parecía a ella. Todo era confuso y ni ella misma estaba segura de la respuesta. Tal vez no hubiera una sola. Por momentos, asomaba la mujer calculadora, que quería terminar un trabajo que se había alargado demasiado. Pero pronto cedía ante la joven abandonada que buscaba un lugar en algún mundo que la aceptara.

Cuando no se es nadie, siempre es atrayente ser alguien más; ella no era, a fin de cuentas, más que una sobreviviente. Era lo que había quedado de lo que otros despedazaron, rompieron y marcaron.

Odiaba a Francesca. Lo había tenido todo, hasta el amor incondicional de un buen hombre, sin importarle en lo absoluto. La detestaba tanto como envidiaba todo lo que había conseguido apenas sin mover un dedo. La aborrecía por lo que era y la admiraba por todo lo que había tenido.

¿Estaba tan demente que creía que un cambio de vestuario y un nuevo color de cabello podían arreglar en algo las cosas con Simón? ¿Suponía que

eso bastaba para brindar un futuro a esa relación? Su mente le decía que no, pero su psiquis buscaba creerlo con desesperación.

Tenía la sospecha de que se empeñaba en luchar contra un fantasma para no hacer aquello a lo que se había comprometido. Si antes pensó que podía liberarse de llevar a cabo lo que había pactado, ahora se encontraba presionada por otros hombres mucho más poderosos que su contratante. Volvía a ser un peón en un tablero ajeno y extraño, lo cual no le hacía ninguna gracia. Pero, por más que buscara zafarse de toda la situación, no encontraba ninguna salida aceptable, al menos no una que no trajera aparejada perder o dañar a Simón.

Esa forma peculiar de ganarse la vida sumada a los hechos de su pasado la habían conducido a que estuviera en esa encrucijada. Podía actuar sin contemplaciones o explorar la posibilidad de una vida distinta con alguien que la quería. Pero estaba claro que no podía tener ambas.

En la realidad de las cosas, mal que le pesara, Francesca no era su peor enemiga. Ese puesto lo ocupaba ella misma.

* * *

No sabía esperar; hacerlo le costaba horrores. Desconocía a ciencia cierta el porqué; estaba nervioso, solo quería que volviera de una vez. Intentó concentrarse en sus asuntos sin lograrlo. Una y otra vez, fracasó en su empeño. Miraba por las ventanas que daban a la calle para verla llegar.

Fumó un par de cigarrillos y agarró el diario. Terminó por arrugarlo y desarmarlo antes de poder completar la lectura de dos páginas. Estaba muy tenso, por lo que fue hasta el bar, necesitaba algo fuerte. Dejó vagar la vista entre las botellas hasta dar con el coñac, se sirvió una medida y volvió a la ventana.

Ella, por fin, había dado con sus secretos. Se sentía descubierto, avergonzado, desnudo en sus sentimientos, aunque, en el fondo, estaba aliviado de que Eloisa lo hubiera forzado a decir ciertas cosas, porque él nunca lo habría hecho por su cuenta.

Terminó la copa y volvió tras la barra para servirse más. El alcohol no le había adormecido la impaciencia. Todo ese tiempo había atesorado esos deseos ocultos, preocupado por lo que ella pudiera pensar al respecto. Temía perderla; sin embargo, Eloisa había sacado a la luz el asunto de una forma tan comprensiva, que él, al fin, se había dejado guiar por esos caminos de la revelación. No estaba seguro de que fuera algo bueno confesarle sus anhelos

como si fueran algo inocente. Mantenía la suficiente cordura como para saber que formaban parte de una cierta obsesión, de no poder lidiar con el abandono que supone una muerte. Pretendía vivir algo que no tuvo, con todas las peligrosas paradojas que eso acarrea consigo. Pero, por loco que pareciera, poder materializarlo había calmado bastante esa sensación de pérdida que todavía mantenía.

Esa mujer misteriosa de pasado oscuro era como una droga. Estar al lado de ella lo tranquilizaba, lo alejaba de demonios y dolores, pero cada vez necesitaba más de ella para mantener esa estabilidad. No la culpaba por eso, la responsabilidad era solo suya. Eloisa había dicho que colocaba a las mujeres en un pedestal para luego desilusionarse. En realidad se comportaba de forma un poco menos magnánima: Simón lo quería todo de ellas.

Tenerlo todo, esa era su necesidad, su capricho y lo que le provocaba ese desasosiego brutal por dentro. Quería a Eloisa, pero también a Francesca. Buscaba, contra toda perspectiva de razón, unir a dos en una. Le molestaba no poder obtener aquello que buscaba, y más todavía cuando su razón le decía que pedía un imposible.

Se echó en el sofá, perdido en esas meditaciones. Cada vez entraba menos luz por las ventanas. Pronto, desaparecería la tarde sin que ella hubiera vuelto. Temió haberla perdido; esa idea lo intranquilizó.

Estaba algo avergonzado de haberle pedido que hiciera eso. Sabía que no era justo para ella, por más que aparentara no importarle. También era la constatación de que no terminaba de aceptar la idea de que Francesca nunca más estaría a su lado.

Se comportaba como un ser débil y caprichoso que se empeñaba en negar lo evidente. Esquivaba aceptar que la había perdido; o, más aún, que nunca había tenido aquello que esperaba de su esposa.

Se sumió entonces en una suerte de letargo aflictivo. Sentía pena de sí mismo. Habría querido tener la fortaleza suficiente para dejar atrás ciertas cosas, poder limpiarse el espíritu de ciertos sentimientos.

No era un hombre fuerte ni decidido. Quería lograr que su dolor cesara y para eso estaba dispuesto a probar casi todo.

* * *

Bastó una mirada para saber que esa mujer, un poco mayor que ella, que iba a atenderla había quedado impresionada por el parecido con su antigua clienta. Fiel a la regla de discreción que presidía esos sitios, no dijo una palabra al

respecto. Sobre el delantal, había una pequeña placa de plástico con un nombre grabado: «Beatriz», pero las clientas que pasaban o sus compañeras de trabajo que le pedían algo le decían «Beti».

Eloisa había procurado hacer caso omiso al asunto. Empezaba a incomodarla la recurrencia con la que todos la vinculaban con Francesca. Pero no tuvo mucho éxito al ignorarlo, cuando quiso explicarle a Beti cuál era el color que pretendía, la mujer le interrumpió con un dejo de orgullo profesional.

—No se preocupe, señora; sé cómo hacerlo.

—Se trata de un tono algo particular y necesito que sea...

—Lo conozco. Hacía eso mismo con la señora Heredia, a la que le he teñido el cabello por años. No se preocupe. Ella tenía la misma tonalidad castaña que la suya, y nunca tuve problema en conseguir ese tipo de rubio.

Eloisa la miró sorprendida. Beti bajó la vista por un momento, como si descubriera que acababa de cometer una infidencia. ¿Teñido? Hubiera apostado cualquier cosa a que Simón no tenía la menor idea. Cuando la llevó hasta el salón, había deslizado la preocupación de que no pudiera imitarse en forma artificial el tono de Francesca.

Estaba segura de que ella también le había ocultado eso. Falsa hasta en el color del cabello, pensó. Ambas se parecían demasiado en sus misterios como para sentirse cómoda.

Cuando comenzó a trabajar, Eloisa descubrió que Beti sabía muy bien lo que hacía y llevaba a cabo la tarea con rapidez. Le tomó menos de un cuarto de hora dejar impregnado por completo el pelo de una pasta espesa y blanca que despedía un olor que laceraba por dentro las fosas nasales. La llevó entonces a un asiento que acababa de desocuparse en la hilera de secadores.

Apenas se sentó allí, Beti le cubrió la cabeza con un gran casco color acero y luego bajó la visera translúcida de tono ámbar. Ahora Eloisa tenía esa condenada cosa casi hasta la nariz. Tras darle una revista, la mujer lo encendió; el ruido y el calor surgieron de inmediato.

Sentada bajo el secador, intentó leer la revista que le habían alcanzado. Le impresionó la noticia del fallecimiento del guitarrista Jimi Hendrix en Londres a causa de una intoxicación etílica. Sin dudas, 1970 no era un buen tiempo para la música. A principios de año The Beatles había anunciado su separación como grupo. Elvis Presley seguía en caída libre, poseído más por el alcohol y las drogas que por la música, y nadie se avizoraba para ocupar sus lugares. Tampoco estaba segura de que fuera a ser un buen año para ella.

Descubrió que no podía concentrarse en la lectura. No se trataba del calor ni del olor a amoníaco que despedía lo que le habían puesto en el cabello, sino que un viejo instinto la alertaba: en ese momento la observaban. Levantó la vista con discreción un par de veces. En ambas ocasiones, descubrió cómo Beti la miraba de soslayo mientras conversaba con otra peluquera. El ruido del secador le impedía oír algo de lo que hablaban, pero estaba segura de que se referían a ella.

* * *

El hombre que se hacía llamar Aksákov le hizo una leve seña al pasar a quien había dejado de vigilancia frente al salón de belleza. Desde una mesa junto a la ventana en un bar situado enfrente, disimulaba leer el diario mientras controlaba quién entraba y salía del lugar.

No terminaba de aceptar que los años, y las promociones en el servicio, lo alejaban cada vez más de las actividades de campo. Quizá esa fuera su última misión y pronto terminaría tras un escritorio en el edificio neobarroco de Lubianka, en Moscú. Pero por el momento podía engañarse y actuar como el agente de campo que siempre le había gustado ser: el que movía los hilos desde atrás para crear el futuro de las personas; la mayoría de las veces, con total prescindencia de la voluntad del afectado.

El gesto hecho a su agente formaba parte de un código pactado. Unos momentos después, lo alcanzaba en el baño; mientras tanto un nuevo reemplazo, que recién entraba y se sentaba en una mesa distinta, ocupaba el puesto de observador.

Nadie en Moscú había puesto el menor reparo a su abultada solicitud de recursos para llevar adelante la misión. Era lo que pasaba cuando se buscaba obtener algo que podía cambiarlo todo, desde la apertura de puertas al modo de guiar a los misiles intercontinentales con ojivas nucleares.

Lado a lado en los mingitorios, mientras orinaban, el subalterno le pasó las novedades. El objetivo seguía allí, pero no era la única persona conocida en ese lugar. Aksákov no pudo evitar sonreír al enterarse de quién acababa de entrar. No sería un encuentro agradable.

—Háganlo cuando salga —le dijo al agente, al tiempo que se subía el cierre del pantalón.

CAPÍTULO XXII

Eloisa siguió los pasos de Beti, que le mostraba el camino desde la hilera de secadores hasta donde iban a lavarle el cabello. Al fin. Luego de lo que le pareció una eternidad, la peluquera la había liberado de esa tortura disimulada. Estar sentada bajo el secador y soportar por media hora el calor que despedía casi la había sofocado. Y lo que fuera que le hubieran puesto en el pelo para que adquiriera el tono rubio de Francesca, despedía un olor ácido, penetrante y picaba muchísimo. Para peor, había tenido que pasar la última parte de su estadía bajo el secador junto a otra empleada que no dejaba de mirarla con ojos aprensivos mientras le hacía las uñas en el mismo estilo de Francesca. Aun cuando nadie le dijera nada y actuaran todas muy circunspectas, no podía dejar de sentirse una intrusa, alguien que no pertenecía allí y buscaba ocupar el lugar de otra.

Se secaba el sudor de la frente con la toalla blanca que tenía puesta sobre los hombros, siempre con cuidado de no arruinar la pintura de las uñas, cuando reparó en esa presencia. Antes de que pudiera hacer nada para evitar cruzarse, la tenía justo en frente, acompañada de una de las empleadas de uniforme blanco. No pudo evitar un insulto en voz baja al advertir de quién se trataba. Tenía justo que cruzarse allí con ella, tan poco presentable como estaba. Eloisa llevaba puesta en la cabeza una antiestética gorra de plástico transparente, por debajo de la cual se le podía ver el pelo todo embadurnado con la espesa pasta, ahora de color azulino.

Por supuesto, para hacer más incómoda la situación, Estefanía estaba impecable: maquillada con sobriedad y con el cabello oscuro peinado a la perfección. Hasta las pocas canas que empezaban a perfilarse allí le quedaban bien. No se trataba del traje o del vestido que llevara, tenía estilo por propia personalidad y el cuidado esmero que ponía en verse así. Eso saltaba a la vista. Era la clase de mujer a la que ella, por un sinnúmero de razones, nunca podría parecerse. El sentimiento de saberse una invasora se le magnificó en el interior.

—Hola, Estefanía.

La hermana de Simón hizo un leve movimiento de cabeza por toda devolución del saludo y la miró con ojos serios e inexpresivos. La empleada que la acompañaba percibió de inmediato la tensión entre ambas.

—¿Podrías darme un momento, Elvira? —Aun cuando el tono fuera educado, no se trataba de una pregunta. Era, apenas disimulada, una orden.

—Por supuesto, señora. —Elvira se apresuró a desaparecer.

Una vez solas, siguió sin decirle nada. Eloisa se sintió entonces como un animal en observación, igual a los que se empleaban en los laboratorios para experimentar con ellos. Se sintió casi obligada a decir algo.

—Qué casualidad encontrarnos justo en este lugar —le dijo, más para romper ese silencio tenso que por otra cosa.

—No lo creo, por lo menos en lo que a mí respecta. Vengo aquí hace años.

Simón podría haberle advertido eso. Era probable que no le hubiera dado importancia, o, tal vez, ni siquiera lo sabía.

—Francesca también venía aquí —le comentó Estefanía como al pasar—. Pero claro que ya sabías eso.

—No entiendo...

—Claro que sí. Ninguna de las dos somos mujeres tontas. Me doy cuenta de lo que estás haciendo.

—¿Tiene algo de malo arreglarse un poco el cabello? Estoy haciendo lo que tantas mujeres hacen.

No le salió muy bien eso de fingir inocencia.

—No, *signorina*. —Estefanía usó la misma palabra con la que Simón se la había presentado—. Solo estás jugando con la cordura de mi hermano al buscar parecerte a una muerta. Para sacar ventaja, vaya a saber con qué intención, de ese parecido.

Era una mujer de agallas, tenía que reconocerlo. Con gusto la habría mandado al demonio, pero no podía hacerlo allí, delante de tanta gente.

—Que Dios me perdone si me equivoco, pero no creo que seas una buena compañía para mi hermano.

No soy buena compañía para nadie, pensó Eloisa. Pero no iba a dejar que esa bruja la amedrentara con sus modales de alta sociedad. Claro que, en el fondo, no hacía más que proteger a Simón. ¿Puedo culparla?, pensó con cierta aflicción. Ella, mejor que nadie, sabía que estaba en el bando contrario.

—¿Acaso pensó que podía estar equivocada conmigo? —lanzó Eloisa como al descuido.

Elvira se le volvió a acercar con aspecto culpable.

—Señora, estamos listas.

—Mejor no, recordé que tengo un compromiso. Disculpe, Elvira, otro día vuelvo. Eloisa supo que se marchaba por su causa.

* * *

Rehuyó verse en el espejo hasta que Beti no terminara con el nuevo corte. A su alrededor, el suelo se poblaba de mechones sesgados de cabellos rubios.

Apenas se reconoció cuando el proceso terminó. Su pelo se veía ahora de color rubio, en un tono clarísimo, casi blanco. También estaba mucho más corto. Seguía el contorno de su rostro y le caía recto hacia los lados hasta detenerse en los hombros.

Beti terminó su obra y le roció alrededor de la cabeza una generosa cantidad de fijador en aerosol. Luego de verificar la conformidad con lo que había logrado, fue a preparar la cuenta en el mostrador de la entrada.

Eloisa, a solas con su nueva imagen, se examinó con cuidado. Habían hecho un buen trabajo. Al principio, no deseaba mirarse a los ojos frente al espejo; luego, la curiosidad le ganó a la incomodidad y lo hizo. Se preguntó si todavía era ella, porque no se encontraba en esa nueva imagen. Había pensado mil veces sobre qué pasaría en ese momento, y también advertía que no eran solo los deseos de Simón la causa de haberlo hecho, ella también buscaba respuestas propias.

Adquirir ese aspecto no era sino otra forma de enfrentarla, de buscar remover aquella incómoda presencia. Maldita sombra que se posaba siempre sobre ellos, espectro del pasado que no terminaba de irse; o, más bien, que Simón no dejaba atrás y que había conseguido que se le pegara a ella.

Por alguna razón, al verse arreglada de esa forma, pareció renacer la confianza en que podía ganar al fin esa pulseada con una muerta y todos sus problemas.

—Hola, Francesca —dijo, mientras se miraba al espejo. Sonreía a medias, en forma enigmática.

Entendió entonces que se había convertido en lo que el espejo reflejaba. Tal vez, en ella misma.

* * *

El teléfono sonó, pero no era quien Simón esperaba. Se trataba de Estefanía, que intentó contarle su encuentro con Eloisa en el salón de belleza.

—No me interesa —la cortó él.

—No es una buena persona.

—Tal vez no necesite a nadie bueno a mi lado, sino todo lo contrario.

—Por Dios, Simón, ella juega con tus sentimientos para perjudicarte.

—Conozco los riesgos.

—No te entiendo.

—Mejor que no lo sepas, podría no gustarte.

Luego decir eso, le colgó. Era la primera vez que su hermano le hacía algo así. Estefanía dejó el tubo del teléfono con una mezcla de tristeza y decepción. Nunca lo había percibido así, tan cerrado a cualquier tipo de argumento. Jamás le había gustado que lo contradijeran, pero tampoco había rehuido de discutir razones. Hasta ahora.

Frente a donde ella estaba, sentado en uno de los sillones de la sala, su esposo había dejado la lectura del diario para observarla. Tenía una sonrisa de satisfacción que ciertamente la molestó.

—¿Problemas en la familia? —La pregunta fue más coloquial que otra cosa. El tono, sin dudas sobrador. Sabía a la perfección que los había.

Ella asintió. Tenía cierta vergüenza de que toda la charla hubiera pasado delante de Mario. Él nunca la apoyaba ni la entendía en ese tipo de cuestiones, solo se limitaba a descargar su animosidad contra Simón.

—Está encandilado con esa advenediza —le dijo—. No quiere entender razones.

—Tu hermano nunca fue muy razonable, en especial con las mujeres. Fue a tocar el pianito a Italia y volvió casi casado. Siempre ha sido un arrebatado en el tema.

Ella no pudo decirle nada a eso.

—Quizá —pensó en voz alta Estefanía—, Facundo pueda hacerlo entrar en razón. Es su amigo más cercano.

A su esposo pareció molestarle que lo nombrara. Nunca le había caído en gracia, aunque nada de lo relacionado con Simón le simpatizaba. Sin embargo, esa vez exhibió una mordacidad particular. Estefanía misma, ya acostumbrada a ese tipo de descalificaciones, se sorprendió de que Mario le sacara así el tema. El encono era tanto o más que el que le prodigaba a su hermano.

—Ese chiquito Facundo. Siempre tan solícito con ustedes dos, ¿no?

Ella se sobresaltó. ¿Sospecharía algo? No había hecho nada impropio, pero eso a él poco le importaría.

—No te entiendo.

—Digo, siempre tan cerca, tan disponible. Casi que viven juntos los tres.

—Qué exagerado.

—Me limito a observar ciertas cosas.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—Parece como si quisiera vivir la vida de otros, ser uno de ustedes.

—Son muy amigos con Simón, desde chicos. Es casi de la familia.

—Son tus palabras. «Casi». Pero no lo es en realidad.

—Sigo sin entender a dónde vamos con esta charla.

—Quizá te equivocaste de amenaza, querida. Tal vez no sea tanto esa mujercuela lo que puede afectarlos, sino ese viejo amigo.

* * *

Se colocó una pañoleta de seda encima del cabello y se la sujetó con fuerza antes de salir a la calle. Nunca antes lo había hecho, pero tampoco había tenido ningún peinado sofisticado que resguardar.

Francesca, por lo que le habían dicho, lo hacía siempre. Eso explicaría por qué encontraba en casi todos sus abrigos una pañoleta de ese tipo. La maldita buscaba estar gélidamente impecable las veinticuatro horas del día.

Luego se despedirla, cuando ya se iba, había llegado a oír lo que Beti le decía a alguien a sus espaldas, en un susurro de voz:

—Podría jurar que era el mismo cabello de esa maldita pianista nariz parada.

Una vez afuera, caminó hacia la esquina. No había querido que Simón la buscara, tomaría un taxi de vuelta.

Se detenía cada tanto en las vidrieras de los negocios para ver su nueva imagen reflejada. Era cada vez menos ella y más Francesca. Siempre se habíapreciado de poder jugar con la mente de los hombres, de provocar sus fantasías, incluso de doblegar su voluntad. ¿Por qué ahora buscaba parecerse a otra persona tan distinta a ella? Una que, además, estaba muerta.

Le chocaba verse así, de esa forma. En los primeros instantes pensó que le sería fácil llevar ese estilo: un distinto color en el cabello, un corte diferente y nada más que eso. Pero pronto esa nueva imagen comenzó a provocarle extraños sentimientos. Y cada vez tenía mayor certeza de que esa mujer jugaba a las dudas con su cabeza, incluso después de muerta.

Esos pensamientos la obnubilaban, tanto que no reparó en el hombre que había cruzado la calle por detrás de ella. Avanzó desde la vereda opuesta y la empujó de atrás. Eloisa sintió la fuerza que la echaba hacia la pared, mientras una mano dejaba caer algo en el bolsillo de la chaqueta corta de Francesca que llevaba puesta.

Antes de que pudiera reaccionar, un auto había parado a un lado de ellos. Presuroso, el hombre que la había empujado se subió en él y arrancó antes de que pudiera hacer nada.

Buscó en el bolsillo lo que habían dejado allí, un objeto rectangular que cabía en la palma de la mano. Lo reconoció casi de inmediato. Por fuera parecía un encendedor de dama y podía funcionar como tal, pero un diminuto punto vidriado, oculto en su base por una cantonera mínima de metal, disimulaba el lente de una cámara en miniatura. Era un pequeñísimo aparato de fotografía que se accionaba con la misma palanca para encender la llama, solo que debía usarse en sentido contrario.

Era la primera vez que veía una de ese tipo. Había oído sobre ellas, pero hasta ese momento no había tenido una tan cerca.

En ese mundo de sombras no eran necesarias las palabras. Bastaba con gestos como el que acababa de pasar. Su sentido era claro: ella estaba a su merced y querían que hiciera algo a lo que ella no podía negarse. Y pronto.

CAPÍTULO XXIII

Una imagen es un complejo intelectual y emocional en un instante de tiempo.

Ezra Pound

No oyó la puerta de calle; tampoco, sus pasos en la casa. Ella apareció de improviso en la sala. Llevaba un pañuelo que le cubría el pelo y tenía puesto un conjunto de dos piezas, compuesto por una camisola blanca de seda y una falda mediana gris hasta debajo de las rodillas, tal como Francesca solía hacer. Tenía un toque de sombra color salmón en los párpados y rojo intenso en los labios, igual a como le gustaba maquillarse a su esposa.

Eloisa desanudó el pañuelo y se lo quitó despacio. Lo miraba con ojos tímidos. Estaba arreglada como ella, con el mismo color de cabello y peinado. Ya no había diferencias en su aspecto, se veía exactamente igual a Francesca.

Simón, exhausto por la espera, necesitaba saber que su mente no le gastaba una broma pesada, que la presencia que veía era real. Fue hasta donde estaba parada, extendió una mano y la tocó.

—¿Y bien, cómo me ves?

Él no pudo articular palabra. Eloisa se decepcionó por el silencio y no dejó de hacérselo notar. Fue en forma gentil, casual y con toda claridad.

—He estado casi tres horas con dos brujas que no paraban de mirarme como si fuera un bicho raro. Casi me sofoqué y quedé sorda bajo ese secador ruidoso y asfixiante. Además, lo que me hayan puesto en el cabello, picó bastante. Más vale que te guste.

—Claro... Claro que me gusta.

—¿Satisfecho ahora?

—Sí —dijo con timidez.

Tampoco a Eloisa la conformó esa respuesta. Descubrió que deseaba ser aprobada de una forma más terminante. Había jugado con él su carta de dominadora para comprender que ahora se volvía presa. Otra vez era esa jovencita de una eternidad atrás que buscaba ser aceptada por alguien.

—Hermosa —continuó él—. Absolutamente...

Simón había perdido la inicial inseguridad; ahora hablaba con calma y con la vista fija en ella. Estaba deslumbrado. Resultaba obvio que lo excitaba aquello que veía. Eloisa habría querido regocijarse por eso, lo había conseguido, y nunca antes había tenido tanta atención de su parte. Pero no terminaba de ceder a esa satisfacción porque le molestaba una cosa: obtenía esa total atención de él al fingir ser otra.

—Maravillosa.

La acarició en el rostro, mientras ella retorcía el pañuelo con las manos. Su voz tenía efectos hipnóticos, como un imán que la atraía hacia él.

Eloisa apoyó el cuerpo contra el de Simón y le rodeó el cuello con los brazos. Su piel era suave y, en el interior, los músculos estaban tensos. Igual o más que los de ella.

—Cumplí con mi parte Simón. Ahora es mi turno de pedir.

—¿Pedir?

—Sí, lo que yo quiero por todos estos cambios.

—Claro, lo que sea.

Tuvo que tragar saliva antes de hablar. La garganta se le había secado de repente y se volvía, de improviso, una sentimental.

—Quiero que me mires como a ella —le dijo al fin—. Tal como te he visto observar su retrato. Así quiero que me veas.

Se empeñaba, por alguna loca razón, en competir con una muerta. Sabía que estaba allí, al lado suyo, ese cuadro que la inquietaba cada vez más. Fue a propósito a mostrarse justo en ese sitio y de esa forma, que viera que podía ser como ella. Incluso, mejor.

—Vamos a olvidarnos del mundo, ¿sí? —continuó—. De la gente, de lo que hacemos, de dónde vivimos. Vamos a olvidarnos de todo.

Él intentó imaginárselo; ella vio cómo buscaba conformarla. Verlo así, dispuesto a aceptar sus términos, la ilusionó sobremanera. Quizá pudiera escapar de toda esa locura y huir con él, dentro de él.

Ambos permanecieron de pie mientras se miraban a los ojos, cazador y presa, inseguros de quién era quién. Los dos se habían vuelto conscientes de que habían llevado las cosas entre ellos a un punto extraño, más allá del cual desconocían lo que podía ocurrirles.

Simón acercó el rostro, le tomó el pelo con las manos y aspiró ese aroma.

—Quiero ser feliz a tu lado —dijo ella. Quería escuchar alguna palabra de él sobre que eso era posible. Buscaba creer en que el pasado que la alcanzaba por detrás no iba a apartarla de su lado. Le encantaba ver esa mirada extasiada en él.

Sintió esas manos en la nuca que la atraían hacia él. Estaba excitado. Era suyo, tanto como ella de él.

Eloisa perdía el control. Ya no tenía claro quién jugaba con quién. En general era ella; pero ahora no estaba segura. Y menos aun cuando él entró con fuerza en su boca.

* * *

Se despertó cuando todavía estaba oscuro. No tenía idea de cuánto tiempo había dormido. Los recuerdos de lo ocurrido eran algo confusos y, para peor, había vuelto a soñar con Francesca. Esa vez, la arpía la tomaba entre los brazos y la sacudía con fuerza, a la vez que le gritaba: «Es mío, mío, solo mío».

El sexo había sido distinto. Le había hecho el amor de manera salvaje, como si lo hubiera llevado a cabo con otra persona. Simón se había mostrado imperativo, brusco, sin misericordia, como si estuviera poseído por una necesidad desde lo oscuro y profundo. La había tomado sin contemplaciones, sin pausas ni restricciones, cooptado por una pulsión irrefrenable que lo obligaba a mostrarse posesivo y dominante.

Estiró las piernas por debajo de las sábanas y sintió los dolores en el cuerpo. Se trataba, a pesar de todo, de un dolor embriagante. Todavía tenía en la mente su respiración en la nuca, los dedos que le presionaban la piel, los quejidos de animal gozoso.

Se dio vuelta para verlo dormir. Lo hacía con total placidez. Era como si después del temporal, volviera a la calma habitual. Pero no sucedía de esa forma con Eloisa, su arrebato la había sorprendido y todavía tenía el cuerpo impregnado de él, de su fuerza y aromas.

No había hecho el amor con ella, ajustaba cuentas con Francesca.

Nunca antes, como esa noche, se sometió en tal grado a un hombre. Estaba sorprendida de su pasividad y de la resignación con la que había cedido a todos sus deseos. No la había amado, sino poseído. No había sido una posesión carente de sentimiento, pero sí absorbente, dominante y rígida. Eloisa no había luchado contra eso, solo se dejó llevar. Le permitió que

hiciera, que tomara la iniciativa, que la dirigiera en todo. Se había rendido sin presentar la más mínima lucha, como si su voluntad oculta fuera entregarse a él, tal como hacían las mujeres que ella había jurado que nunca sería.

No había sido algo que la ofendiera. Esa voluntad de mando, nunca antes mostrada por él, le había resultado tan atrayente como aterradoradora. Ella, que siempre buscaba tener todo bajo control, encontraba placer en que otro se encargara de ella. Le gustó que tomara las riendas de la situación y encontró en especial excitante el abandonarse a otro. Nunca lo había hecho antes con nadie.

Por una vez, el muro de sus miedos, así como las cicatrices del pasado, parecían haber dejado de existir. Era tentador poder tener esa paz por siempre en su vida, pero no terminaba de aceptar que Simón la quisiera por ser otra.

* * *

La música fue lo que lo sacó de su sueño, tenues compases que le resultaban conocidos. Sonidos producidos por un piano, como en otro tiempo.

Salió de la cama, tan curioso como confundido. Descalzo, vestido solo con el pantalón del pijama, recorrió la ruta que le trazaban los acordes de la música. Al llegar a la sala, reparó en la mujer rubia que ejecutaba el piano. Por un momento, el corazón pareció detenerse. Luego cayó en la cuenta de que se trataba de Eloisa. No sabía que tocara el piano, pero lo llevaba a cabo bastante bien. Se concentró en su rostro. Parecía triste y ausente, tal como la melodía que interpretaba. Se encontraba desnuda en un recinto casi a oscuras. Solo una lámpara junto al piano brindaba algo de luz e iluminaba sus formas, el resto de la habitación no existía, parecía tragada por las sombras.

Simón se quedó en silencio junto a la puerta sin saber bien qué decir o hacer, solo se apoyó en el marco y se dedicó a escucharla. Todavía no tenía muy en claro por qué había cedido al impulso de pedirle esos cambios en su aspecto. Tenía sentimientos encontrados y no sabía cómo librarse de ellos.

Ella levantó entonces esos insondables ojos grises y lo descubrió en la penumbra. La música cesó de improviso.

—Perdón —dijo Simón, casi en un susurro—. No quería molestarte.

Eloisa se mostró algo culposa. Tenía la misma cara de una niña que ha sido sorprendida en una travesura. Sacó entonces las manos del piano y las apoyó sobre las piernas.

—Creo que soy yo la que tendría que disculparme —murmuró.

Era evidente que ella no miraba como Francesca. No existía frío en esos ojos, no ahora, no con él, eran puro sentimiento, incluso en aquellos momentos en los que busca esconder todo lo que le ocurría en el interior.

Él se acercó a donde estaba y se quedó a un lado del piano.

—No quería despertarte —le aclaró Eloisa, todavía con algo de culpa en las mejillas.

—Era Chopin, ¿verdad?

—Una de sus mazurcas. Opus 33, número 1, dedicada a la condesa Roza Mostowska.

—Un género inventado —expresó él con cierto desdén.

Simón tenía una relación difícil con ese tipo de música. Era usual que Francesca tocara esas piezas. Tenía que admitir que eran bellas, y su esposa las ejecutaba con soberbia, pero no las rechazaba por una cuestión musical sino por otra cosa: eran los sonidos por los cuales ella lo había hecho a un lado durante todo el matrimonio.

—No deja de ser lo apropiado. Soy tu invento, Simón. Supongo que es una coincidencia irónica: un invento que toca otro —dijo esas palabras con desconsuelo, antes que enojo o reproche.

—Yo nunca te consideré...

—No me mientas —lo interrumpió con brusquedad. Luego suavizó un poco el tono—. ¿Estás seguro de que tenerme a mí, de que parecerme a ella, solucionará tus problemas?

Espero que eso calme mi dolor, pensó Simón, pero no se lo dijo. Antes habría estado seguro de eso; de hecho, se lo había pedido al pensar de esa forma. Pero luego de la noche anterior, tal certeza se había debilitado bastante.

—Querrías que ella estuviera aquí en lugar mío. Pude sentirlo anoche.

—Sé muy bien a quien tengo en mi cama —se defendió él.

—¿Y en tu mente? ¿Estás igual de seguro de lo que pasa ahí?

Simón la miró. Todavía, pese a todo lo pasado juntos, lo sorprendía. Parecía conocerlo mejor que él mismo. Su esposa nunca, ni por asomo, le había hablado de esa forma.

—No. Hay muchas cosas confusas —le admitió.

—No, Simón, todo es claro, muy claro. Lo que pasa es que no parece posible que lo aceptes.

—Está muerta. Sé que lo está.

—Por supuesto que lo está. Pero no en tu corazón mientras te niegues a aceptarlo.

Tampoco él le dijo nada sobre eso, solo bajó la mirada.

Ella le colocó la mano debajo del mentón y le levantó el rostro hasta que volvió a mirarla. Ahora era él quien tenía ojos culposos; ella quien lo observaba con pupilas intensas.

—No temo competir con una muerta ni con la idealización que hay en tu cabeza de esa arpía. Todavía espero que cumplas con tu promesa y me mires como la mirabas a ella, que veas cómo soy en realidad y no por lo que parezco.

Hubo un silencio incómodo. Él le rehuyó la mirada.

—Toquemos juntos —le pidió entonces.

Simón no pudo evitar estremecerse. Era un deseo que Francesca nunca le concedió porque no lo encontraba lo suficientemente bueno como para acompañarla. Ahora Eloisa se lo pedía con ojos ansiosos.

Ella lo tomó de la mano sin esperar respuesta de él que se dejó llevar hasta el piano. Pensó en ese conservatorio en Florencia donde había ido a estudiar un verano. Era un tiempo, diez años atrás, en el que buscaba hacerlo todo. Allí había conocido a Francesca, que lo subyugó desde un comienzo. Fue un romance particular. Él creía que su amor sería suficiente para ambos, pero ella nunca se entregó a ningún sentimiento. Comprometerse con él, casarse y hasta mudarse a Argentina habían sido decisiones tomadas más por un sentido de la practicidad que por querer hacerlas de verdad.

—¿Esta te parece bien? —Eloisa le señaló la partitura que había colocado sobre el atril, seguía con Chopin y las mazurcas. En ese caso, era la Opus 7, número 1, para cuatro manos.

—Sí, claro.

Arrancaron a la cuenta de tres. No les resultó difícil coordinar lo que le provocó una sonrisa a Eloisa. Mientras tocaron, no dejaron de mirarse.

Era extraño, pensó Simón. Con Eloisa llevaba a cabo muchas de aquellas cosas que había ambicionado hacer y que su esposa le había negado. La adoraba y estaba agradecido por eso; sin embargo, el parecido con Francesca le hacía jugar a su mente con ideas extrañas. El cambio en el pelo había sido la última de ellas.

Se preguntó si no había sido un error ceder a la tentación de verla así, idéntica a alguien que ya no debía estar en su vida, que no estaba pero se resistía a salir de su mente. No supo qué contestarse.

La relación que tenían, sea cual fuera, no estaba basada en ninguna seguridad; por el contrario, parecía alimentarse solo de dudas. En cierta forma, ambos jugaban con el otro. Se trataban en los dos casos, de un mismo

juego, tan adictivo como imprevisible en sus consecuencias. Un juego de dudas.

CAPÍTULO XXIV

Ningún acto queda sin consecuencias. Ella lo sabía, pero nunca pensó que se aplicara también a su pelo. Al día siguiente de copiar a Francesca, cuando se cepilló el cabello por la mañana, notó que quedaba aprisionado entre las cerdas más pelo del normal, finos hilos de oro pálido.

Todavía sentía cierta incomodidad al verse en el espejo. No parecía ella misma, pero hacía mucho que había abandonado la pretensión de ser alguien y, en particular, de mostrarse auténtica. Tal vez había sido un error ofrecerle eso a Simón para retener su amor. Un yerro más dentro del montón de equivocaciones que tuvo desde que había aceptado formar parte de toda esa situación. No era algo irremediable, de todos modos; después de todo, solo era pelo y poco más. No era ella, aunque tampoco se trataba de la otra. Parecía como si Francesca se le hubiera metido en el cuerpo, pero no pasaba de eso: pura apariencia. Ella todavía tenía su propia personalidad y podía moldearse al tenor de las circunstancias. Ya lo había hecho antes; ahora, sin embargo, merced a ello, podía convertirse en la persona que siempre había soñado ser. ¿Qué importaba entonces a quién se pareciera?

Había vivido tantas mentiras durante tanto tiempo que poco había quedado de su propia vida. Por natural conveniencia o encargo remunerado fue, en varias ocasiones, otra. Representó entonces vidas muy distintas a la suya.

Nunca había tenido conflicto consigo misma por todo eso que constituía su forma de ser autosuficiente y de poder ir de un lado a otro, estar en cualquier lugar, sin tener que rendirle cuentas a nadie. Ser una mujer solitaria la relevaba de toda atadura.

Ahora, en la forma menos pensada, el destino ponía ante ella la posibilidad de ser parte de la vida de alguien más. Eso marcaba una diferencia con las otras ocasiones: no se trataba solo de ser alguien, sino de estar con otro, compartir lo bueno y lo malo de lo que ocurriera y vivir la propia existencia de a dos. La perspectiva la asustaba tanto como la atraía. Parecía

una oferta del destino con claroscuros y no precisamente una existencia de cuento de hadas. Pasaba a formar parte de las fantasías de otro, que eran mucho más de lo que ella había tenido en toda su vida.

Terminó de peinarse y pensó en ir a buscar algo para desayunar, pero la imagen de Simón dormido le cambió los planes. La excitó verlo así, desnudo al otro lado de la cama, mientras dormía boca abajo con la respiración acompasada, exhausto pero feliz.

Se puso al lado suyo y comenzó a deslizarle las manos por el centro de la espalda. Seguía el trazo en la piel de su columna. Nunca un hombre la había satisfecho tanto. No solo se trataba del goce, sino que, por primera vez en su vida, un hombre le decía cosas y ella las creía, le susurraba al oído palabras de amor que la conmovían y podía ver que ella estaba en sus ojos, en su mente, tal como él se había asentado en la de ella.

Pensó que podía ser feliz. De verdad empezó a creerlo luego del tercer día. Simón había vuelto a ser el mismo: ese ser tranquilo y afectuoso de siempre. Parecía como si haber tocado juntos el piano lo hubiese calmado. Lo que pudiera haber pasado antes, allí había quedado de momento o, tal vez, para siempre.

En todo caso, no quería tentar a la suerte. Tenía un hombre que le prodigaba toda clase de atenciones y afectos, que era mucho más de lo que había tenido nunca. Dejó de soñar con Francesca y de estar en guardia con casi todo lo que ocurría. Jugaba a ser una mujer de hogar que esperaba a que él volviera de la empresa; hasta intentó cocinar un día, con resultados aceptables.

Era evidente que existía otra vida más tranquila y feliz que la que había tenido hasta entonces. Comenzó a pensar que su existencia podía dejar de ser una sucesión de huidas hacia ninguna parte. También descubrió que había vivido la vida equivocada, una existencia mucho más solitaria y cruel de lo necesario, y decidió que se mudaría de vida, a esa otra, de forma permanente. Mandaría todo lo anterior al mismo demonio, no había mucho de su pasado que le gustaría retener.

Sabía que podía ser feliz al lado de él. Qué le importaba si él la amaba o si idolatraba la imagen que proyectaba, que sus afectos fueran por ella o por recordarle a la arpía de Francesca. Se trataba de un buen hombre que la había subido en un pedestal y al que no le importaba su pasado.

Todo eso era mucho más de lo que había tenido nunca. Quizás otros, con mejores oportunidades, aspiraran a objetivos mayores, pero ella siempre había desconfiado de subir las apuestas y no iba a poner en riesgo su suerte. Por vez

primera, ganaba en grande en esa ruleta artera que era la vida y no iba a desperdiciar tal oportunidad.

Entonces, un timbre de teléfono la devolvió a la áspera realidad. Sonó dos veces y ella atendió más por reflejo que por cuidadosa. Una voz al otro lado preguntó por alguien que ella pretendía dejar de ser. Reconoció la voz de inmediato, por lo que sus ilusiones quedaron hechas trizas. Se le recordaba lo pactado y, veladamente, se dejaba caer la amenaza en caso de incumplimiento. Ya no solo se trataba de dinero, sino de la vida misma.

Nada bueno podía durarle. Era lógico, siempre pasaba con ella. Había sido una ilusa por esperar otra cosa, estaba en su naturaleza: debía destruir aquello que más quería tener. Una suerte de maldición que pesaba sobre ella.

Colgaron luego del brutal recordatorio. Sintió alivio de que Simón no hubiera atendido, eso solo habría complicado las cosas y provocado lo inevitable, pero mucho antes.

Él se había incorporado en la cama y, con ojos llenos de sueños, le preguntó quién había llamado.

—Equivocado —le mintió, antes de situarse a su lado en la cama.

Él la abrazó con toda ternura. Ella esperó que esa cercanía no delatara el terror que le corría por dentro. Volvía a ser la misma de siempre.

* * *

El hombre que se hacía llamar Smith sentía que libraba una guerra perdida. Se suponía que la agencia a la que pertenecía pondría a salvo a Estados Unidos de las amenazas externas, la principal de ellas, el comunismo soviético. Pero desde que había sido creada en 1947, los comunistas no habían hecho otra cosa que crecer. En el comienzo de la década de 1970, la mitad del territorio mundial y dos terceras partes de su población global vivían bajo algún régimen de ese tipo. Eso no le hacía ninguna gracia.

Si dejaba a un lado el país, suponía un fracaso de su vida en general. Había sido de esos jóvenes universitarios idealistas reclutados de entre lo más selecto de las universidades de la Ivy League. La primera camada, o promoción de agentes en la por ese tiempo flamante CIA. Desde entonces, había sido paseado por medio mundo, desde Berlín a Vietnam, al costo personal de dos matrimonios fracasados y de tres hijos que apenas conocía.

Su compañero de misión, aquel que decía llamarse Jones, era más pragmático. Procuraba no pensar en esas cosas, seguía las órdenes y cobraba a fin de mes el salario. Cumplía de a un encargo a la vez sin cuestionarse nada

ni hacer demasiadas preguntas a la espera de un confortable retiro como empleado del gobierno estadounidense.

A los dos les faltaba poco para retirarse, tal vez un par de misiones más y eso sería todo.

Por eso, cada nueva asignación tenía un sabor a despedida. Esa vez lo habían enviado al sur del Sur. Debían impedir que un iluso con magnífico cerebro se les adelantara en obtener un avance técnico que podía cambiarlo todo. Poner, en términos literales, el balance tecnológico mundial de cabeza.

En el fondo, no le desagradaba Simón Heredia, parecía tan idealista como él en muchas cosas. Esperaba no tener que hacerle demasiado daño para asegurarse de que nunca llegaría primero con sus investigaciones. Era una víctima de su propia genialidad; ni él mismo entendía lo cerca que estaba de lograrlo. Lo único que se le ocurría hacer con ese microprocesador que soñaba era que cada familia tuviera un dispositivo informático en su casa. Ni se le pasaba por la cabeza la importancia que esos circuitos integrados tenían, por ejemplo, para dirigir casi cualquier tipo de armamento, que incluía los más grandes misiles con carga nuclear con que se amenazaban mutuamente con los soviéticos. Esa era una de las razones por las cuales no podía dejarse que cualquier país en vías de desarrollo obtuviera primero ese tipo de tecnología.

Se preparó para tomar un baño y luego beber un *whisky*, para así dejar por un rato los pensamientos aciagos. Rompió el sello rojo de lacre que cubría la tapa de la botella, que había viajado con él desde Estados Unidos. Beber una medida de Maker's Mark al día era de uno sus pocos vicios, al menos cuando estaba en alguna misión en un lugar del mundo más o menos civilizado. No pudo evitar la tentación de aspirar el aroma. El haber sido destilado con trigo rojo de invierno en lugar de centeno le confería un olor particular. «*It tastes expensive... and is*», decía la publicidad del producto. Sí, en verdad tenía gusto a caro y todas las razones para ser así.

Dejó a un lado la botella con la intención de dirigirse al baño, pero antes de que pudiera hacerlo, sonó el teléfono. No se trataba de la línea normal, sino la de la otra que habían instalado especialmente para el trabajo que llevaba a cabo.

Atendió. Se trataba del oficial de guardia en la estación de la agencia situada en la embajada. Una mujer buscaba ponerse en contacto con él. No pudo sonreír al escuchar el nombre que había dado, uno de los que usaba, hacía no mucho, en Berlín. Le ordenó al oficial que le proporcionara el número de teléfono a la mujer.

Olvidó el baño y esperó junto al aparato. Quince minutos después, el teléfono volvió a sonar. Conforme se desarrollaba la conversación, la sonrisa se le ampliaba más. Ni en sus mejores pronósticos esperó obtener lo que al otro lado de la línea le ofrecían servido en bandeja. Por eso, cuando colgó, se sirvió una medida doble de Maker's Mark.

El vaso adquirió el tinte color caramelo de la bebida. Descartó el hielo y lo tomó así, en estado puro. El mejor *bourbon* del mundo, realizado a base de trigo molido en Kentucky, logrado por cocción a presión y fuego lento; el resultado de seis años de añejamiento en barricas de roble blanco, le bajó por la garganta. Era la mejor forma de saborear por anticipado un triunfo impensado.

* * *

Oyó abrirse la puerta. Fue hasta allí, presurosa, mientras esperaba ver a Simón. En lugar de él se encontró con Estefanía.

No pudo evitar cierta expresión de perplejidad por tenerla en frente; tampoco la hermana de Simón, al verle su nuevo estilo en el cabello.

—Conque era eso lo que hacías —le dijo, al tiempo que le clavaba la mirada. Se parecía a un fiscal que acababa de conseguir las pruebas de culpabilidad contra el acusado. Eloisa supo que se refería al encuentro en el salón de belleza—. Veo que te teñiste el cabello.

—Un poco más claro, sí. ¿Le gusta?

—No. Ninguna mujer decente usa ese color. Es demasiado llamativo para tener alguna intensidad honorable.

Era directa y no temía decir lo que pensaba. Sabía que tenía el suficiente poder y recursos para poder enfrentar las consecuencias de eso. Eloisa le envidió tal posibilidad, su caso había sido justo el contrario.

—Me parece que su antigua cuñada usaba uno parecido.

—Parecido no, idéntico. Tampoco me gusta lo que esa similitud entraña. Por lo demás, nunca entendí que ella fuera alguien decente.

—Simón ha salido —le advirtió Eloisa. Esperaba poner fin a una charla que no le gustaba hacia dónde se encaminaba.

—Es por eso que he venido. Pensé que debíamos tener una charla a solas. —Se quitó el pañuelo que le protegía el peinado y lo guardó en la cartera—. De mujer a mujer.

Eloisa asintió sin salir de la sorpresa. La hermana de Simón le señaló la sala y allá fueron. En tanto la pareja del dueño de casa se sentaba en uno de

los sillones, Estefanía puso en la mesa ratona que las separaba una serie de papeles, documentos oficiales. La mayoría estaba en italiano.

—Mi hermano está enamorado de tu persona, lo que no lo deja ver ciertas cosas.

—Supongo que esas cosas, como dice, son sobre mí.

Por toda respuesta, Estefanía le señaló los papeles que acababa de desplegar. Los mismos papeles que le había mostrado a su hermano días atrás.

Eloisa los hojeó, cada vez más incómoda. Allí estaba una parte, pero no la totalidad, de sus errores. Por fortuna, no había dado con lo más importante. A pesar de ello, lo descubierto era más que suficiente para mostrar un gran cuadro de situación.

—A Simón no le importa esto.

—Ya lo sé, aunque a mí sí.

—Perdón, no quiero parecer brusca, pero nuestra relación no es algo que le concierna.

—Claro que sí, como todo lo que pueda afectar a mi hermano.

Estefanía la miró como se mira a una adversaria de cuidado.

—No cometas el error de subestimarme. Que tenga dinero no quiere decir que no haya sufrido en mi vida. Conozco muy bien la adversidad, Eloisa, si es que ese es tu nombre.

Ella procuró no reaccionar frente al agravio. Quizá, la hermana de Simón buscaba justo eso.

—De niña estuve muy enferma, con graves problemas respiratorios. De hecho, nuestros padres tuvieron a Simón por las dudas de que yo muriese. Estoy acostumbrada a tener que remover obstáculos.

—Yo tampoco tuve una vida fácil.

—Simón me lo ha dicho. Y creo que gran parte de su atractivo, para él, reside precisamente en eso. De chico llenaba la casa con animales abandonados que encontraba en la calle y necesitaban curarse o ser alimentados. Esta relación es más o menos lo mismo.

—Me siento ofendida, señora.

—Poco me importa lo que piense alguien que se entromete en nuestras vidas y vaya a saber con qué intenciones.

Eloisa no le contestó nada. Podía fingir, podía decir muchas cosas, y lo habría hecho en cualquier otro caso, pero se anulaba respecto de los asuntos que la involucraban con Simón. Era algo que había descubierto hacía poco para su espanto. Aun delante de esa bruja que la insultaba, se sentía incapaz de rebatir ciertas cosas, sobre todo porque eran verdad.

—Quiero que te vayas de su vida. No quiero que lo adviertas siquiera; solo vas a dejarle una nota que yo voy a dictarte. Luego, nunca más volverás a tener contacto alguno con él.

—¿Y si no quiero?

—La policía se encargará.

—No creo que vaya a hacerlo.

—Claro que sí, de obligarme las circunstancias. Igual confío en que actúes como una mujer inteligente.

—Es valiente al venir hasta acá para decirme eso —replicó Eloisa. Buscaba atemorizarla—. Si soy en verdad esa clase de mujer, podría hacer algo para callarla... para siempre.

—He tomado mis precauciones. Cuento con excelentes escribanos que han puesto a salvo toda la información. Hay personas que me esperan fuera. Seguro que no querrás agregar una acusación de homicidio a la lista de tus delitos.

Lamentó que ella tuviera razón y que hubiera tomado tales resguardos. Habría sido placentero acogotarla ahí mismo.

—Por supuesto —continuó Estefanía— que te pagaré el precio que fijes por la buena voluntad de irte. Dentro de lo razonable, por supuesto.

—¿No pensó que tal vez no quiera su dinero?

—Entonces lo harás gratis. Pero de una forma o de otra, vas a desaparecer de la vida de mi hermano.

—No se le ha ocurrido que puedo quererlo de verdad, a pesar de mi pasado.

—No. La gente nunca cambia; en especial el tipo de gente como el tuyo.

—¿Y qué tipo de gente se supone que es el mío?

—Una mala persona.

—Juzga con demasiada facilidad, señora.

—No cuando la prueba es tan concluyente.

—En realidad no sabe nada de mí. Solo se guía por unos papeles.

—No me importan los problemas por los que hayas pasado. Puedo causarte algunos mucho más terribles.

—Su hermano no va a dejarme, aun si me detienen. ¿Quiere tenerlo en una fila fuera de una cárcel los días de visita?

Sonó terrible lo que dijo. Esa era ella en realidad cuando la atacaban, un ser que buscaba herir, que no temía ser despiadado. Había dicho eso con toda la intención de herirla y no le provocaba mucha culpa. Estefanía había hecho

lo mismo desde hacía ya un buen rato. La aludida sonrió y se levantó del asiento.

—No creas que no he considerado esa posibilidad. Por eso, no vas a ser detenida, sino que te van a revocar la residencia en este país por tus antecedentes penales y te van a extraditar a un país que esté dispuesto a enjuiciarte. Será un trámite rápido y discreto, y Simón nunca va a saber qué ocurrió. Tengo los contactos suficientes para llevarlo a cabo.

—Parece tan perversa como yo, señora.

Lo de «señora» sonó como un reproche, más que otra cosa.

—Soy todavía peor y espero por tu bien que lo creas. Pero, a diferencia tuya, solo daño por los motivos correctos. Te doy tres días, Eloisa para que termines con mi hermano. Luego de ese plazo, será de la otra forma que te he comentado.

—También podría contarle esta conversación.

—Sí, pero no lo harás. La sangre no se rebela contra la sangre. Además, en tal situación, dejaría de lado toda la contemplación que te tengo.

La hermana de Simón se levantó y se alejó de ella con el pañuelo y la cartera en las manos. Eloisa la observó irse y sintió cómo la bronca le crecía por dentro.

—No hace falta que me acompañes, conozco el camino de salida. —No se dio vuelta al decirle tales palabras.

La vio desaparecer, la observó salir con impotencia. Una parte de ella, la pensante, entendía que había llegado el momento de irse. Una vez más, como tantas otras veces antes. La otra, esa rara porción de ella que últimamente la dominaba, pugnaba en cambio por quedarse.

CAPÍTULO XXV

Nunca esperó demasiado de aquel hombre terrible, pero la falta de contemplaciones respecto de Simón la sorprendió incluso a ella.

—Puede morir rápido, sin dolor, o sufrir terriblemente. Puede morir solo él o puedo tener que matarlos a ambos. Es tu decisión.

—Basura.

—Te ayudo a que cumplas con lo acordado. Debería estar enojado por tus demoras al verte jugar a la noviecita enamorada. Soy una persona comprensiva, sin embargo. Perdono y doy nuevas oportunidades, querida. La última, para que te quede claro.

Ella no dijo nada. Le dirigió, en cambio, una mirada de odio. Había demorado reunirse con él y la razón era una sola: no quería acabar lo que fuera que tenía con Simón. Pero esa relación, cada vez más prometedora, se había originado en una mentira y en un contrato que debía cumplir. No pudo hacerse más la distraída cuando él la llamó cuando Simón estaba al otro lado de la cama.

—No había necesidad de arriesgarlo todo para pedirme que viniera a verlo.

—Más peligroso es que tengas ciertas ideas en tu cabecita. Por ejemplo, la de seguir con ese papel de esposa sin alianza, en lugar de terminar con todo de una buena vez.

—Está paranoico —le espetó ella.

—Para nada. Él es un hombre apuesto —continuó el comitente—; también entiendo que ese aire de inocente e inconformista cautiva bastante a las mujeres. Tengo que suponer que debe de ser muy bueno en la cama para tener tan enganchada a una putita de tu categoría.

Eloisa quiso abofetearlo, pero el brazo se le quedó a mitad de camino. Él la detuvo y la aferró de la muñeca con fuerza. Sus manos eran grandes y gruesas, pero nunca hasta entonces había podido comprobar lo fuertes que podían ser.

Soy una estúpida, pensó con bronca. Se había dejado anticipar a sus intenciones. No era que él hubiera advertido el movimiento, sino que la había incordiado hasta provocarla lo necesario como para llevar la conversación a ese punto.

La fuerza sobre su muñeca se hizo más poderosa. Le dolía, pero no le demostró nada de eso. Solo lo miró con una silente expresión de furia y rechazo.

Él le contrajo el brazo contra el cuerpo, por encima del hombro, hasta que la obligó a ponerse de rodillas. Antes de eso, en un último esfuerzo, Eloisa quiso liberarse y apeló al otro brazo, pero solo logró que él se lo aferrara también.

Un par de lágrimas, muy a su pesar, desbordaron de sus ojos. Eran de bronca. Como ella bajó la cabeza, la tomó del pelo y, con una mano, la obligó a verlo, en tanto que, con la restante, le oprimía ambas muñecas contra los pechos.

—Vas a cumplir con lo que te obligaste, y pronto. No me hagas enojar de verdad.

* * *

No era la oficina más grandiosa de la embajada, pero satisfacía sus necesidades. Se trataba de una habitación discreta, lejos de la mayoría de las miradas, a prueba de ruidos y que a diario era revisada por un equipo en busca de micrófonos o cámaras.

El coronel de la KGB que se hacía apellidar Aksákov llegó ese día a la hora acostumbrada. En la plantilla de personal entregada a la cancillería argentina figuraba como un agregado cultural. En la realidad de las cosas, se trataba del *Rezident* en el país, la máxima autoridad de la inteligencia soviética en el lugar.

No empezaba el día con el mejor humor. Su esposa no terminaba de adaptarse a Buenos Aires, a pesar de los dos años pasados, y su hija adolescente, Irina, parecía demasiado inclinada a experimentar los vicios de la sociedad burguesa. La amenaza de enviarla a Moscú, lejos de disciplinarla, había contribuido a exacerbar esa rebeldía.

Tales hechos eran su personal constatación de que la dedicación al partido, a la revolución y a su propia organización de inteligencia no dejaban mucho espacio para poder ser un esposo o padre esmerado.

En parte por eso, el saludo a su ayudante fue más seco que lo usual, un mero movimiento de cabeza a ese jovencito de escasos veinticinco años. Se lo habían impuesto desde Moscú. Su nombre era Ivan Lébedeva, y resultaba un inútil para casi todo servicio, por eso lo puso a ordenar la correspondencia y a preparar té sin asignarle el menor encargo de campo. Servía, a duras penas, para llevar a cabo tareas básicas de escritorio.

Ese individuo no le agradaba en absoluto, pero carecía del poder para sacárselo de encima. La segunda esposa del director supremo de la KGB era su tía. La cercanía familiar a Yuri Vladímirovich Andrópov, explicaba tanto su supervivencia dentro del servicio como que lo destinaran a un sitio tan lejano de la Rodina, la querida Madre Rusia. Se trataba de un pariente al que no se podía abandonar, pero tampoco dejar que causara vergüenza.

Al verlo, Lébedeva se puso de pie de un salto y siguió a su superior hasta el acceso a la oficina para abrirle la puerta.

—Buenos días, camarada coronel. —Al igual que la mayoría de los días, el saludo del subalterno recibió por toda contestación una especie de gruñido.

Como siempre ocurría cuando llegaba, Aksákov tenía sobre el escritorio tres pilas de papeles. La primera era la correspondencia; la segunda, los mensajes recibidos de Moscú; la restante, los informes de inteligencia. El asistente no tardó en aparecer con una tetera y con la taza favorita de Aksákov. Era de los pocos objetos con los que se había encariñado. Tenía el típico estilo ruso: fabricada en vidrio y calzada en un soporte de plata. Había sido un regalo de sus camaradas del primer directorio, en los cuarteles generales de Lubyanka por el ascenso a coronel.

Aksákov se acomodó en el sillón y comenzó a leer, mientras tomaba el té de a pequeños sorbos. Siempre comenzaba con los informes de inteligencia; luego pasaba a los mensajes de y hacia Moscú, para terminar con la correspondencia.

Simular ser un agregado cultural lo condenaba a ser invitado a una multitud de eventos carentes de todo interés. Para su fastidio, debía aparecer en algunos de ellos a fin de mantener la formalidad de la cobertura diplomática.

No fue hasta que escarbó hasta abajo en la tercera pila que encontró aquel sobre de tamaño mediano y papel madera. Tenía escrito a máquina su nombre y carecía de remitente. Lo rasgó. Dentro, había una breve esquela, también redactada con máquina de escribir y sin firma. No era necesario que la tuviera para identificar al autor. Tuvo que leerla dos veces para asegurarse de que

había entendido el contenido. Luego de eso, apretó el botón del intercomunicador que lo conectaba con su asistente.

—Ivan Aleksándrovich. Necesito una línea segura con Moscú, lo más rápido posible.

La forma en que hizo tal pedido dejó estupefacto al joven Lébedeva. Nunca antes lo había llamado por su nombre ni usado con él un tono tan jovial. Pero no era la única sorpresa que tendría ese día. Unos instantes antes de que soltara el botón del intercomunicador, escuchó ciertos sonidos de su superior: tarareaba una vieja canción popular rusa sobre una victoria que llegaba de los cielos.

* * *

Simón la sintió por demás ausente durante ese encuentro íntimo. Ese algo que se interponía entre ellos había cobrado de improviso casi la dureza de una pared física. Nada de lo que intentó para removerlo pudo conmover eso. Eloisa lo amó con culpa, con tristeza, casi por obligación. Era como volver a hacer el amor con Francesca, pero sin su egocentrismo. No le gustó, en absoluto, pasar otra vez por un encuentro de ese tipo.

Cuando terminaron, ella no rehuyó el abrazo. Pero tan pronto como pensó que Simón se había dormido, salió con todo sigilo de la cama. Solo que él no dormía, nada más fingía hacerlo.

Se quedó un buen rato con la mirada perdida en el techo, mientras pensaba qué hacer. No se decidió por nada en particular; se levantó entonces a buscarla. Era triste estar con ella sin tenerla cerca suyo de verdad. Ya había pasado por eso con Francesca y volvía a padecerlo. Quería saber qué le había sucedido para volverse tan taciturna en sus afectos.

Vagó por la casa solo con los pantalones puestos hasta dar con ella. Eloisa estaba en la sala y contemplaba el ventanal que daba al jardín. Fumaba en silencio, apoyada contra uno de los sillones; con la mano libre, sostenía una sábana con la que se cubría. La luz de la luna se le reflejaba en el rostro y parecía una estatua clásica, de antiguos griegos o romanos, que había cobrado vida.

—Te vas por cinco minutos y ya te extraño. —Era su forma de decirle que la quería tener siempre al lado suyo. Esperó no parecer demasiado posesivo con esas palabras y deseó que bastaran para hacerle entender cuánto la necesitaba.

—Quizás tendrías que acostumbrarte.

—¿Por qué?

—Todo tiene un fin. Lo nuestro también. En algún momento vamos a cansarnos el uno del otro.

Se dio vuelta para verlo a los ojos.

—Pueden pasar muchas cosas. Tal vez me canse de fingir ser alguien más o nunca te conforme lo que en realidad soy. O quizás no me perdones que, más allá de las apariencias, disto mucho de la original.

Cada vez que hablaba de esa forma, a Simón se le ponían los pelos de punta. Lo incordiaba ser enfrentado al hecho, al parecer sin remedio, de que no terminaba de enterrar a su esposa.

—Ojalá tuviera el valor para abandonarte, sería lo mejor para ambos, pero soy egoísta. Me siento espléndida y todavía quiero experimentar eso, aunque sepa que tiene que acabar.

—Eso es estar enamorada, Eloisa.

Ella le negó con la cabeza.

—El amor no existe. —Pareció decir esas palabras con furia—. Cuando nuestra atracción se convierta en rutina, todo habrá terminado.

—No tiene por qué ser de ese modo —le respondió.

Eloisa le clavó la mirada en los ojos. El rostro se le veía algo molesto.

—¿Y cómo podría ser, entonces?

Él pensó la respuesta antes de decirle:

—Nos casamos; nos quedamos acá, juntos. Nos amamos todas noches, tenemos algunos niños, vivimos felices para siempre.

Ella lo miró como si buscara creerle, pero no terminaba de hacerlo.

—No creo en el matrimonio, Simón. Además, tengo muy poca paciencia con los niños. Apenas puedo soportarlos.

Él sonrió.

—Entonces no nos casamos; nos quedamos acá, juntos; nos amamos todas las noches; consigo una niñera aceptable para los chicos y vivimos felices para siempre.

Ella terminó el cigarrillo en silencio. Luego, se acercó a él y le apoyó la cabeza en el pecho desnudo. ¿Podía amar a quien debía destruir? Al parecer, eso era lo que sentía. Ya mirarlo le hacía daño; habría hecho cualquier cosa para escapar de tener que llevarlo a cabo, pero sabía que no tenía salida. Si no era ella, otro lo realizaría. Simón no era culpable de nada, pero se había cruzado en el camino de la maldad humana, una de las más básicas y rastreras. Se trataba, en concreto, de poder y orgullo, como un año antes, con el bendito tema de quién llegaba primero a la luna. Años e inmensas

cantidades de dinero para mojarle la oreja al otro sobre quién dominaba la tecnología. Parecía como si se tratara de chicos, peligrosos e inmaduros, que querían tener para sí el mejor juguete.

No podían permitir que Simón los dejara en evidencia al obtener un avance antes que ellos. Él era demasiado bueno, brillante y desinteresado como para no ser una presencia incómoda, en especial para la vanidad de algunos. Para colmo de males, su contratante lo quería muerto, además de que le robara el proyecto.

Ella lo haría porque algo la atormentaba más que perderlo: que otro se lo arrebatara. Era suyo y no tenía escapatoria. Debía arreglar las cosas, aun cuando prescindir de él fuera una parte central de eso.

No quería que lo hicieran sufrir ni que su propio egoísmo lo dejara bajo una eterna sombra de riesgo. Solo ella podía hacerlo rápido, sin mayor dolor ni angustia, al menos, para él.

Sintió cómo Simón le acariciaba el pelo. Era una sensación agradable, como todas las atenciones que le daba. Iba a ser terrible tener que vivir sin eso.

—Ese es uno de los motivos por los que me enamoraste —le dijo con algo de tristeza—. Todo te parece tan simple y sencillo. Ojalá fuera así.

—Perfectamente puede serlo, si uno lo cree con fuerza.

Ella pareció afligirse aún más por esas palabras.

—Justo ese es el problema conmigo. Ya no puedo, ni quiero, creer en nada.

CAPÍTULO XXVI

El día siguiente pareció relajar un poco las cosas. Ella lo besó con pasión al despedirlo cuando partió a trabajar, pero la seriedad en su rostro desmentía la fuerza que había puesto en hacerlo, como si hubiera dos Eloisas, en vez de una, que compartían un mismo cuerpo.

Pasado el mediodía, lo llamó a la empresa y le pidió que no hiciera planes para la noche, quería cocinar para él. Tendrían una cena a solas en la casa. Fue afectuosa y demandante en el pedido; eso a Simón le gustó sobremanera.

Al llegar a su hogar, él notó que Eloisa había dispuesto en la mesa del comedor la vajilla de plata que pocas veces usaban. Le entregó el ramo de rosas que había comprado para ella en el camino. Esa mujer de misterios las miró con expresión triste y luego las dejó a un lado, en el primer lugar que encontró.

No le agradeció ni las puso en agua, como si, en lugar de emocionarla, las flores la hubieran contrariado más de lo que parecía estar.

—Nada de comer en la cocina ni en platos de diario —le dijo con seriedad, al tiempo que le tomaba el maletín y el saco. Usó casi el mismo tono seco que Francesca. Simón apenas pudo lavarse las manos antes de que lo llamara para cenar.

Ella llevó la cena servida desde la cocina. El lomo strogonoff estaba dispuesto sobre el plato, cubierto de hongos y acompañado de un timbal de arroz blanco. Después de alcanzárselo, fue por el suyo y tomó asiento al otro lado de la mesa. Simón notó que en su plato no había hongos sobre la carne.

—No te serviste hongos.

—No quiero.

Eloisa se sirvió una copa de vino. Apenas tocó el plato. Ya no había en ella rastro alguno de la persona afectuosa de la mañana. Se la veía triste, ausente. Callaba lo que le rondaba por la cabeza, pero no quiso molestarla con preguntas que pudieran incomodarla. Ella terminó la copa sin decir palabra y se sirvió otra.

Lo que fuera que le pasaba, no había afectado su habilidad para cocinar. El plato que había preparado era el preferido de Simón y estaba soberbio. Lo concluyó, al tiempo que ella terminaba la segunda copa.

—Podría repetir el plato.

—Por supuesto que no. Quiero que guardes espacio para el postre.

Eloisa estaba seria y brusca esa noche, como si se sintiera incómoda por cenar allí con él.

—Algo te preocupa —le dijo Simón en un intento por saber qué pasaba. Esa taciturnidad en la mirada de Eloisa lo angustiaba.

Ella dejó de jugar con la copa para contestarle. El único hombre que se había preocupado por ella lo hacía una vez más. Tenía ante sí lo mejor de Simón y, aunque él no pudiera terminar de advertirlo, solo iba a devolverle lo peor de ella.

—A veces, solo hay que aceptar las cosas como son —le dijo por toda respuesta.

Él la observaba y buscaba saber qué le ocurría. Pero no conseguía siquiera que le devolviera la mirada. Nunca antes había actuado así.

—Cuando tenía diez años —comenzó ella de repente a contarle—, encontré a mi padre en su cuarto con un revólver apuntándose en el pecho. Estaba desesperado, sin trabajo y las deudas nos cubrían. Nunca había sido afectuoso conmigo ni con mi madre y siempre nos culpaba de todas sus desdichas. Ese día, sin embargo, se arrodilló ante mí y me pidió que lo ayudara a oprimir el gatillo. Quería suicidarse, pero no tenía el valor de hacerlo. Me negué. Solo conseguí que me insistiera aún más. Terminé por huir de casa, a lo de unos vecinos, para que no me obligara a hacerlo.

Simón estaba conmovido.

Por favor, pensó Eloisa, ¿tenía que encontrar justo en ese momento a un hombre comprensivo cuando había perdido toda esperanza de hallarlo?

—No tenía derecho a hacerte pasar por eso.

Ella lo miró. Había en su expresión la dureza de un alma mutilada.

—Lo único que conseguí con negarme fue que nos hiciera pasar a mi madre y a mí siete años en el infierno hasta que, al fin, lo llevó a cabo. Muchas veces pensé, y lo sé ahora, que me equivoqué en no hacerle caso.

Simón supo que no era solo una frase: lo creía de verdad. Solo los peores dolores pueden justificar las decisiones más implacables.

—Eso me enseñó que debe hacerse lo que es necesario, no importa lo dolorosa que sea esa decisión. La vida nunca perdona cuando uno se apiada de alguien en lugar de ser implacable. Espero que lo entiendas.

Simón la observó. Sentía ganas de abrazarla, de consolarla de alguna forma, pero entonces pareció quedarse sin aire y todo alrededor comenzó a dar vueltas y a deformarse. Su cuerpo dejó de pertenecerle y quedó inerte en el vacío. Una súbita palidez le ganó el rostro. La respiración comenzó a entrecortársele. Necesitaba abrir la boca para hacerlo. Luego, sintió que caía hacia alguna parte.

* * *

Él había caído sobre la alfombra, al tiempo que se llevaba la mano al pecho con dolor. Eloisa fue hasta donde estaba, lo abrazó y lo acunó entre sus brazos. Estaría con él hasta que todo hubiera terminado.

Simón pudo sentir, antes de perder la conciencia, cómo se le paralizaba el cuerpo. Intentó zafarse de ella, pero estaba demasiado débil. Ni sus brazos ni sus piernas le respondían ya.

—Es peor así; no luches —le dijo ella con dulzura.

—¿Por qué? —consiguió preguntarle.

Eloisa vio en sus ojos la decepción junto al estupor. Si todavía tenía un alma después de hacer eso, estaría destrozada.

—No tenía otra salida.

Los párpados se le entrecerraron y la parálisis le subió por el pecho hasta amenazarle los labios. Todavía se resistía con desesperación a lo inevitable.

—No... quiero... morir —dijo. Ella advirtió que ya arrastraba las palabras al hablar. Todo terminaría pronto.

Eloisa le acarició el rostro. Su piel era suave. Trató de no sentirse la peor de las traidoras en todo el mundo. No había dolor en su rostro, ella se había preocupado de que así fuera, pero no había contado con ver esa desilusión en sus ojos. Por suerte, ya se habían cerrado.

—Solo duerme —le susurró. Fue una súplica más que un pedido, no quería que sufriera más.

—Te... amo...

Esas palabras pronunciadas con debilidad le cayeron como un balde de agua helada en su ánimo. Después de todo lo que le había hecho, él solo le decía eso. Sabía que no iba a ser fácil llevarlo a cabo, pero la realidad era peor que todo lo que había podido imaginar.

—Yo solo era alguien bueno en tus deseos, no digas que no te lo advertí. Nadie deja de ser lo que es.

Sus palabras no eran ninguna explicación para él, sino que intentaba justificarse ante sí misma. No lo consiguió en absoluto.

El hombre que había balbuceado amarla dejó de moverse. Ella se inclinó y le besó los labios; todavía estaban cálidos. Con nerviosismo, le comprobó el pulso en el cuello. Todo estaba como debía ser.

La peor parte había pasado. Se sentía pésimo por lo que acababa de hacerle. Lo acomodó con cuidado en el suelo antes de incorporarse. Un par de lágrimas le resbalaron desde los ojos; no eran de pena, sino de odio. Eloisa acababa de destruir lo único bueno de verdad que le había pasado en la vida, pero tenía un contrato y debía cumplirlo. Se había negado a llevar las cosas a ese punto tanto como había podido. Su instigador, sin embargo, no había querido dejar el trabajo a medio camino. No se trataba solo de estafar a Simón, sino de destruirlo. En el sentido físico, material del término.

Tenía muy en claro que, si se hubiera rehusado, habrían contratado a otro para hacerlo. Mejor ella para realizarlo que un extraño impredecible y fuera de todo control.

Había sido su última vez con Simón. Era algo obvio, pero que no dejó de afligirla. Una vez más, el ser autodestructivo que ella era en realidad volvía a su cauce normal de vida.

Se secó las lágrimas y se obligó a dejar de llorar. Fue luego hasta el espejo y recompuso el maquillaje. Una parte vital del plan era que su obligado socio no aumentase las dudas que ya tenía respecto de lo profundo de sus sentimientos hacia Simón.

Volvía a ser lo que siempre había sido: una calculadora desprovista de límites, y por primera vez, no se sintió cómoda. El amor que Simón le había profesado había despertado en ella un costado sentimental. No era algo muy bueno para su tranquilidad ya que le había traído un incómodo remordimiento.

Trató de convencerse de que ella también era engañada por Simón, pero descubrió que eso no le importaba demasiado ni le calmaba el dolor. Intentó considerarlo un mentiroso por decirle que la amaba y buscó convencerse de que no eran ciertas sus palabras. No la amaba en realidad a ella, los sentimientos de Simón surgían por el recuerdo que ella le provocaba de su esposa muerta. Eloisa no había sido ajena a eso sino que buscó parecersele más y más: era parte del plan para cooptar su voluntad, pero nunca había contado con rendirse a él en el proceso. En un punto de su juego, había dejado de aparentar para empezar a querer en verdad que él la amara. Tan fuerte había sido su necesidad que al principio no le importó si era por ella o por la

apariencia de otra. Luego, todo dentro de ella empeoró y pasó a envidiar lo que Francesca había provocado en él. Jugó, inclusive, con la posibilidad de poder sustituirla y dejar el plan de lado, aunque su empleador no lo permitiría; era claro que, conforme pasaba el tiempo, se volvía más y más amenazador en sus demandas para que concluyera con lo convenido.

Hizo lo que debía hacer, aquello para lo que le había pagado, a pesar de que se trataba de algo terrible y doloroso. Las buenas cosas duran poco para las malas personas como ella, reflexionó.

No se dio vuelta para ver el cuerpo caído de Simón, había permanecido de espaldas a él todo ese tiempo. Temía que ese frágil control de sí misma se esfumara de improviso para no volver a recuperarlo más. Habría querido sufrir como él, tomar lo mismo que le había dado en la comida, pero lo hecho, hecho estaba, y ese dolor no cambiaría las cosas. Aunque suponía que debía ser mil veces preferible al que debería cargar ahora.

Miró el reloj. No pudo evitar, al hacerlo, recordar que era un regalo del propio Simón. Todo cuanto veía le recordaba algo de lo pasado con él. Debía conservar la calma. Tenía que proseguir con el plan que había ideado. Estaba ya retrasada para encontrarse con su contratante.

Fue hasta el guardarropa de Francesca y buscó en uno de los armarios donde guardaba las valijas hasta dar con la indicada, una especie de maletín de viaje de cuero color marrón claro. Allí, entre sus divisiones, había acumulado con paciencia todos los papeles que Simón tiraba a la basura. Previo fotografiarlo con la cámara del encendedor, puso allí también el contenido del maletín que le había sacado al llegar, el mismo donde llevaba y traía, del trabajo a la casa y de la casa al trabajo, todos los avances y detalles del proyecto.

Había terminado con eso y bajaba por la escalera, cuando un ruido la puso en guardia.

Era el sonido de la puerta de calle que se abría. Esperó que, quien quiera que fuera, no le complicara los planes.

* * *

Regresó a medias desde las brumas de la inconsciencia. Luchaba por volver en sí sin terminar de conseguirlo. Se arrastró, cada vez con mayor dificultad, hasta la puerta entreabierta. No llegó. Veía con dificultad y el cuerpo se le paralizaba entre espasmos.

—No tendría que haber venido —escuchó a Eloisa recriminar a alguien.

—Tenía que asegurarme —contestó una voz masculina de idéntico mal modo.

—Le dije que todo estaba bajo control.

—Es lo que escucho desde hace tiempo, pero sin que cumplas con tu parte de lo acordado.

A Simón esa voz de quien hablaba con ella le resultaba conocida. Si el dolor cesara por un momento —y todo de dar vueltas— podría concentrarse en pensar de quién se trataba.

—Necesitaba tiempo para ganarme su confianza.

—¿Ganar su confianza o ponerlo en mi contra?

—No me gusta lo que insinúa.

—Y a mí no me gustaría que te tomaras demasiado a pecho tu papel de mujercita de Simón y que eso te llevara a cometer alguna estupidez como ponerte de su lado.

Escuchó su risa.

—Está paranoico. Acabo de envenenarlo. Está allí, en el comedor, si quiere ver...

Escuchó pasos, la luz en el filo de la puerta se hizo más gruesa. El dolor dentro suyo se le volvió inaguantable; la visión, borrosa.

Una sombra femenina se acercó a donde estaba.

—¿Conforme?

Una mano masculina le tocó el cuello, sin darle vuelta.

—Aún vive. Su pulso es débil, pero todavía lo tiene.

—Agoniza —le dijo Eloisa—. Parecerá un accidente del corazón. Si le hacen un análisis, no tendrá rastros de nada en la sangre.

—Más te vale —dijo el hombre.

De mala gana, y contra su voluntad, que flaqueaba, Simón fue arrastrado hacia un amargo desfallecimiento. Podía sentir el corazón cada vez más lento y un tremendo dolor. No era algo físico, sino en el alma. Se sentía burlado. Por lo menos, el fin lo liberaría de tener que vivir con ese sentimiento amargo en extremo. Una tras otra, las oleadas de agonía crecían en intensidad. Las convulsiones le tomaron por asalto el cuerpo hasta dominarlo por entero. Ya no era dueño de nada. La oscuridad y el frío le anegaron la mente de poder pensar cualquier idea.

Se encontraba ahora dentro de un cuerpo frío e inmóvil. No era más que alguien defraudado, incapaz de moverse, cada vez más débil y asustado.

Un instante antes de volver a perder la conciencia, Simón al fin supo de quién se trataba. Su mente, justo antes de apagarse entres brumas, le brindó el

nombre. En su último pensamiento, antes de ser atrapado por la nada, lo insultó. Fue un instante que duró una eternidad.

CAPÍTULO XXVII

Somos nuestro propio demonio, y hacemos de este mundo nuestro propio infierno.

Oscar Wilde

Su contratante estaba más arrogante que de costumbre, la sensación de victoria lo embriagaba. Había ganado y no lo disimulaba en absoluto. Ella se preguntó por qué, si estaba también en ese bando vencedor, la invadía una tristeza como si lo hubiera perdido todo.

Luego de sorprenderla en la casa para asegurarse de que se había deshecho de Simón, había insistido en que fueran a la empresa. Allí le pagaría tras revisar los papeles, a resguardo de cualquier mirada indiscreta. De noche quedaba solo un sereno, que por esos días estaba con parte de enfermo.

No fueron a su oficina, sino a la de Simón. Apenas entraron, él acortó distancias con Eloisa. Buscaba mezclar, sin el menor disimulo, el placer con los negocios.

—Tal vez no te lo dije la otra vez, pero me gusta lo que te hiciste en el pelo. —Trató de entrar en confianza—. Las rubias siempre se divierten más, dicen.

Mario quiso avanzar con los labios sobre su piel, pero ella se corrió con rapidez, por lo que el gesto quedó en el vacío.

—Yo no estoy incluida en el trato.

—Por lo que pago, deberías estarlo.

—Es mi trabajo, no yo, por lo que paga.

—Pero lo has hecho alguna vez —le replicó con ojos libidinosos.

Supo que era el parecido con Francesca aquello que lo excitaba. Lo intuía desde antes, pero solo ahora terminaba de confirmarlo. No podía, al verla

idéntica, dominarse de la cintura hacia abajo. Típica debilidad masculina que ella iba a usar en su provecho, si tenía oportunidad.

Mario apoyó el maletín en el escritorio y examinó apenas el contenido. Luego lo cerró, al parecer conforme con lo visto. No había puesto toda la atención en lo que recibía, lo que no dejaba de ser bueno.

Volvió a verla con el deseo en los ojos. Eloisa le sonrió con un poco de burla.

—Te quisiste acostar con ella, ¿verdad? Por eso tanto odio con Simón — dijo, por fin, tuteándolo. Parecía que, sin antes haber terminado el trabajo, no podía hacerlo.

Ni falta hacía que le dijera a quién se refería. Mario acusó el golpe de inmediato. Los hombres, pensó ella, siempre tan predecibles.

Se tranquilizó al verle la reacción de animal herido en el orgullo. Él era justo la clase de hombre con el que ella sabía lidiar.

—A ella no le interesaba Simón, solo se aprovechaba su dinero.

—Lo quería a su modo. Él la tenía en un pedestal, y eso puede comprar hasta a la más fría y egoísta de nosotras. No, no lo amaba en el sentido común del término, pero puedo asegurarte que tenía un sentimiento para con él.

—Estupideces. Nunca amó a nadie, excepto a sí misma.

—Pero Simón fue lo más cerca que estuvo de llegar a eso, y creo que habría terminado por amarlo si no la hubieras asesinado antes.

Pensaba que iba a sorprenderlo con esa última frase, pero se equivocó. Al contrario de lo que esperaba, Mario pareció satisfecho con esos dichos.

—Vaya, conque eso tenemos. —Era su turno de observarla con cierto aire de superioridad—. Además de puta y estafadora, ahora detective.

—No hay que ser un genio para deducirlo. Ella murió de repente. Supongo que le diste lo mismo que me entregaste para Simón.

Él la miró con desconfianza.

—Es una deducción peligrosa. Sobre todo, porque es cierta.

—En absoluto. No me interesa hacer nada con eso.

—Más te vale.

A Eloisa se le erizó la piel. Tenía un psicótico enfrente y conocía de sobra el paño como para tener en claro que debía andar con cuidado. Se trataba de alguien que no dudaría en matarla por lo que acababa de decir si se sentía amenazado. Eso si ya no había decidido hacerlo.

Por momentos, con la culpa a cuestas por lo que le había hecho a Simón, se le olvidaba la cautela. Sabía que sería un error terrible menospreciar la

peligrosidad de quien tenía en frente. Tras ese traje caro y sus pretendidos modales de distinción, había un depredador.

—Sí, la maté —reconoció, con una nota indisimulable de orgullo en su voz—. Fue su castigo por rechazarme. De paso, mortifiqué a Simón en donde más le dolía. No fue algo difícil, solo poner algo en una de sus bebidas, como hiciste con la comida de Simón. Un fármaco de acción diferida que produjera sus efectos mucho tiempo después de ingerido, el suficiente como para ponerme a salvo de toda sospecha. Pareció enfermarse, un mal desconocido, la internaron, a los pocos días falleció.

No dejó que todo lo que le había dicho la afectara. Quería saber algo más y sabía que no tenía demasiado tiempo para lograr que se lo contara.

—¿Fue algo decidido antes o después de contratarme?

—Curiosa, la muchacha. Voy a tener que pedirte un descuento por esta información. Tampoco es algo que esté incluido en el trato.

Se rio de su ocurrencia. Una risita breve, entre dientes. A Eloisa le pareció falsa e impostada.

—Digamos que sí, tengo curiosidad por saberlo. No todos los días se ve un plan tan...

—Brillante —completó él. Ella supo que de verdad lo creía. Sonrió para sus adentros. De todos los pecados mortales, la vanidad era lo que perdía a los hombres como ese.

Le sonrió y aparentó admiración.

—Exacto. Esa es la palabra.

—En el fondo es justo que te lo diga. Lo pensaba desde hacía mucho tiempo y me había cansado de ver cómo todo era para Simón, de cómo se gastaba la plata de la empresa en todas esas tonterías. Sabía que tenía que librarme de ellos y quedarme con lo que me correspondía. Era algo que debía hacer antes de que los delirios de inventor loco de mi cuñado llevaran la empresa a la quiebra. Pero no sabía cómo hacerlo, hasta que vi, por casualidad, a cierta actriz porno con una marcada semejanza con mi concuñada.

Fue el turno de Eloisa de meter una frase ingeniosa en la charla.

—Es decir que fui tu musa inspiradora.

Supuso que eso lo aflojaría, que le haría bajar la guardia, y no se equivocó. Ambos rieron por lo que ella acababa de decir. Pero en el caso de Eloisa, era por cómo estaba encaminaba la conversación.

—Sí, puede verse de ese modo —concedió él, halagado.

—No siempre trataste muy bien a tu musa, Mario.

—Fue culpa tuya, nada más quise que cumplieras con lo pactado. No tuviste ningún reparo en hacerlo cuando lo hablamos por primera vez. Pero luego de verlo —primero en Italia y luego aquí— parecía como si no quisieras hacerlo, como si él te amedrentara.

Eloisa le dijo la verdad, vaya a saber por qué. Quizás el dolor y la culpa que la carcomían por dentro tuvieran algo que ver.

—Simón hizo darme cuenta de mis pozos oscuros y avergonzarme de ellos. Por eso terminé con él. No tenía mucha salida si quería seguir en el oficio.

—Te entiendo. No te veo en el papel de Susanita, que limpia la casa y pone la comida en el horno para cuando llega el marido del trabajo.

Ella pareció no comprenderlo.

—¿Quién es Susanita?

—Un personaje de historieta. *Mafalda* es el nombre de la tira en donde aparece. Tiene bastante éxito en nuestro país. Es una chica cuya máxima aspiración es casarse, ser una madre de clase social acomodada y tener muchos hijos. No te veo en esa.

Él quiso volver a tocarla, pero ella se las ingenió para mantener la distancia y dio unos pasos por la habitación, como si estuviera pensativa.

—Yo tampoco me veo así.

—Nunca me aclaraste la razón de las demoras.

Ella sonrió enigmática.

—A veces a una le gusta hacerse desear.

—Demasiado, para mi gusto.

—Tu ansiedad, Mario, casi manda todo a la basura. Se necesita tiempo para ganar la confianza de una persona. Simón era un hombre complejo de entender. Debía asegurarme dónde tenía lo que me pediste obtener y si no existían otras copias. A veces uno no debe apresurarse en llevar a cabo las cosas.

Su empleador asintió, no muy convencido de si creerle o no.

—A propósito —continuó Eloisa—, enviarle esa entrada para el cine a Simón fue una jugada de riesgo y algo que me hizo retroceder varios casilleros.

—Sabía de tus cualidades para convencerlo. Además, tuvo algo de poético en el fondo. Quería que te descubriera como yo lo hice. Solo fue un simple recordatorio para mi empleada, a fin que su cabecita no divagara con ciertas ideas raras. Como traicionarme, por ejemplo.

—Jamás se me pasó por la mente. —Ella esperó que sus palabras sonaran tan convincentes como para no alertarlo.

—No te creo. ¿Nunca pensaste en hacer un enroque con la muerta? ¿Ser una especie de segunda versión de Francesca? No me mientas.

—Mario, no hay por qué ponerse paranoico; hice justo lo que acordamos. Debía actuar como ella, ser ella, así Simón estaría tan confundido como para poder sacarle esos papeles.

Experimentó una punzada de culpa en lo profundo del espíritu. Lo había arruinado todo, y con un hombre bueno que la amaba. Era mejor no pensar en ciertas cosas, tenía que enfocarse en lo que debía hacer, aunque se le fuera la vida en ello.

—Pedirme que lo matara no fue algo educado de tu parte —le recriminó veladamente.

Su contratante fue inflexible en cuanto a ese pedido.

—Necesitaba esa prueba de lealtad. No me gustaba esa actitud tuya de jugar a dos puntas, y menos las atenciones que le prodigabas a Simón.

—¿No era ese el plan?

—Sí, pero a veces me preguntaba si de verdad no estabas enganchada con él o si tenías algún tipo de sentimiento inconveniente. Hubiera sido malo para nuestro acuerdo.

—Solo los tontos y los débiles se enamoran —dijo ella con brusquedad.

—Por supuesto. Además, solo hay dos clases de personas en este mundo: las que imponen su voluntad y las que se someten a la voluntad de otros.

Vio cómo Mario volvía a estar en guardia y cómo sus ojos destilaron desconfianza. Eloisa se preguntó cuándo lo haría. Más tarde o más temprano, iba a intentar matarla, sabía demasiado como para que la dejara viva.

Él fue hasta el mueble donde Simón tenía las bebidas para las visitas de importancia.

—¿Qué te interesa beber?

Cicuta, pensó ella, pero no se lo dijo. Era probable que intentara hacerle tomar algo por el estilo.

Con rápidos reflejos se le adelantó. Apenas él abrió el compartimento del mueble, Eloisa aferró la primera botella que tuvo a su alcance, una de Drambuie. Mario observó su elección, pensativo, y luego se la quitó de las manos.

—Preparar tragos no es cosa de mujeres.

Él tomó dos vasos y sirvió una medida generosa en ambos. A desgano, Eloisa entrechocó el vaso con quien la había contratado antes de ir a sentarse

en una silla. Ninguno confiaba en el otro. No había entre ellos otro vínculo que la codicia y ambos lo sabían a la perfección.

—Me gustaría ver mi pago.

—No has bebido tu trago.

—Ni pienso hacerlo hasta dejar las cosas concluidas entre nosotros.

Mario dejó el vaso sobre el escritorio.

—Lo tengo en mi oficina. Solo tomará un momento.

Apenas escuchó los pasos alejarse por el corredor, cambió los vasos. La botella que había elegido estaba abierta. Era mejor cuidarse de esa clase de tipos.

Tomó un trago del nuevo vaso. Sabía que quizás era el último antes de que se ejecutara su propia sentencia de muerte. Eso no le importaba demasiado, siempre había sido una mujer de apostar, y fuerte, por eso había perdido demasiado. Ahora, sin Simón, cualquier otra pérdida se le antojaba menor, incluso la de su propia existencia.

No sabía cómo había vivido antes de conocerlo, menos aún tenía noción de cómo iba a hacerlo en el futuro con lo que le había hecho. Se había vuelto una sentimental. Sí, tal vez lo mejor sería no controlar lo que le servía Mario y que la bebida la envenenara. Resultaría una salida muy a lo Romeo y Julieta.

Supuso que a Simón le hubiera encantado que arriesgara de ese modo la vida por él. En todo caso, ya no importaba: ella lo había convertido en una parte irrecuperable de su pasado.

Mario demoró en volver, tanto que había comenzado a inquietarla. Cuando lo hizo, no ingresó solo a la oficina: Smith y Jones entraron con él. El segundo, con la mano pegada al cuerpo, llevaba una pistola con silenciador. Eloisa reconoció el arma de inmediato: se trataba de una Walther PPK. Había usado una similar en varias ocasiones, sabía de su mortal efectividad a cortas distancias.

—Lamento la demora, querida —le dijo Mario. Sonreía como solo quien se piensa ganador puede hacerlo—. Hay un cambio de planes. Los señores van a encargarse de darte lo que realmente corresponde por tus servicios.

CAPÍTULO XXVIII

La vida duele mucho más que la muerte.

Jim Morrison

Al fin había revelado su juego. Era lógico que la traicionara: todos los hombres lo habían hecho, en la cama, en los afectos o en los negocios; todos salvo uno. Pero evitó pensar en esa excepción al género, no quería distraerse justo en esos momentos. Sabía lo terrible que podía resultar esa nueva y terrible sensación de culpa.

Insultó a Simón por lo bajo. Su amor le había quitado esa frialdad en las peores circunstancias y la seguridad de siempre. La había convertido en un ser vulnerable, sensible ante los hechos de la vida. Como podía comprobarlo, ese estado de cosas no iba a cambiar porque él ya no estuviera más en su vida.

El hombre que mentía ser científico y llamarse Jones no apuntaba la pistola a nadie en particular, solo la tenía allí, pegada al cuerpo y lista para ser usada si hubiera necesidad.

—Decidí ponerte también como parte de la oferta —le dijo Mario a modo de toda explicación. Mantenía en el rostro esa sonrisa ganadora—. No quiero cabos sueltos.

Les hizo una seña a los recién llegados hacia el maletín que estaba sobre el escritorio. Smith se adelantó y lo abrió. Se tomó el tiempo para revisar todo los papeles que contenía.

—Está todo allí. Los originales, tal como pidieron.

No era Mario sino Eloisa quien había dicho eso. Smith se dio vuelta para verla y asentir luego en silencio.

Mario no necesitó más que un breve parpadeo para entender lo que ocurría, lo confirmó al ver el cruce de miradas. Ese hombre podía ser un

ambicioso y una basura de persona, pensó Eloisa, pero no era tonto. Percibió de inmediato que el ambiente había cambiado, y mucho de esa sonrisa se le esfumó al comprobar que ahora Jones le apuntaba a él.

—¿Qué significa esto?

—Otro cambio de planes, querido —le dijo ella, al tiempo que lo miraba con ojos llenos de ira. Fue hasta donde estaban los dos hombres.

—Pensé que teníamos un acuerdo —le reprochó Mario a los agentes.

—Ella nos hizo una mejor oferta. Simple libre mercado —le respondió Smith, que parecía estar a cargo y no disimulaba su satisfacción. Ese tipo nunca le había caído bien.

Luego le hizo una seña a Eloisa para que saliera con él. Como toda persona de acción, era alguien de pocas palabras, pero la aludida tenía algo más que hacer antes de dejar a Mario con la sola compañía de Jones y su pistola.

Se aproximó entonces al cuñado de Simón y le propinó una bofetada en pleno rostro. Lo repentino de la acción lo dejó sorprendido, por lo que no atinó a hacer otra cosa que seguir allí impávido y golpeado. Todavía no terminaba de comprender qué era lo que pasaba. Eloisa, tras arreglar cuentas, siguió a Smith por el pasillo desierto hasta el ascensor y luego al estacionamiento. Estaba enojada por varios motivos. El primero, con Mario, por haberla obligado a realizar todo eso. El segundo, consigo misma, por perder los estribos. Esa cachetada había sido algo muy poco profesional, más propio de alguien herido y con franca histeria que de una agente *free lance*.

De nuevo, el culpable era Simón. La había convertido en un ser vulnerable no solo al amor, sino también a la ira.

Ay, Simón. Hace tan poco te he perdido y no paro ya de extrañarte. No terminaba de pensarlo que ya le chocaba lo melodramático de la frase, parecía una expresión de heroína de telenovela. Temía terminar de saber en qué más la había convertido.

Llegaron hasta la mitad del estacionamiento. Había autos vacíos alrededor de ellos. Del baúl de un Chevy celeste metalizado Smith sacó un maletín negro con una correa tras dejar allí mismo el de color marrón claro con los documentos.

—¿Qué van a hacer con él?

—No se preocupe, ya no es su problema. Pronto, tampoco lo será de nadie.

—No lo quiero sobre mi espalda, o la de nadie más.

—Ya se lo dije, ha dejado de ser un problema.

Con eso dio por terminada la charla al respecto. Entonces, el hombre que se hacía nombrar Smith le alcanzó el maletín de cuero negro.

—No era necesario hacerle eso a Heredia. Con sus papeles nos conformábamos. —Al agente le había simpatizado Simón. Era la única razón que se le ocurría para haberle tocado el tema.

Ustedes sí, pero no Mario. De alguna forma él iba a asegurarse de que lo había hecho antes de dejarse ver, pensó ella. Pero no se lo dijo.

—Una dinamita ciertos puentes para no tener la tentación de volver a cruzarlos —fue al fin su respuesta.

Smith hizo un gesto, pensativo, mientras ella abría el maletín. Jones le había dicho que era una persona implacable, pero descubría que se había quedado corto con tal definición. Era aun peor. Eloisa echó un vistazo al interior y nada más. Apenas constató que estaba colmado de los papeles correctos antes de volver a cerrarlo, esos de forma rectangular, de tamaño un poco menor a una hoja para escribir a máquina, color verde y con las insignias de Estados Unidos.

—Diez millones en bonos del tesoro al portador —le dijo Smith al verla terminar la rápida inspección—. Tal como lo pidió. ¿No va a contarlos?

—¿Acaso es necesario?

—Claro que no. Ha brindado un gran servicio a Estados Unidos y al mundo libre.

—Permítame ponerlo en duda.

—¿A su servicio?

—No, a eso del mundo libre. La única diferencia con los soviéticos es que ustedes tienen cadenas más sutiles, nada más.

A Smith no le gustó el comentario, pudo verlo en su cara. Pero a ella le importaba un rábano eso.

—Como sea, nunca olvidamos a los amigos que nos ayudan.

Eloisa se colgó al hombro el maletín y, antes de dar media vuelta para alejarse, le soltó:

—Claro que no los olvidan, los traicionan. Por eso no soy su amiga, y menos de Estados Unidos.

* * *

Caminó por la vereda mientras esquivaba las baldosas flojas. No era buena la iluminación en esa parte. Una esquina más adelante de donde descendió del taxi, advirtió la marca convenida. Dos trazos horizontales, hechos con tiza, en

la base de una oxidada columna de luz. Allí debía esperar, el tiempo que fuere necesario, a fin de conformarlos. Cuando estuvieran seguros de que nadie la seguía, aparecerían.

El clima estaba agradable, pero no era un lugar de la ciudad para quedarse quieta durante demasiado tiempo. Ella esperó que se dieran prisa con sus controles de seguridad.

Pasaron veinte minutos antes de que un auto con las luces apagadas estacionara al lado suyo. Aksákov en persona le abrió desde dentro la puerta trasera.

Entró, se sentó a su lado, y el auto arrancó. Dos hombres iban delante y se turnaban para contemplarla cada tanto por el espejo retrovisor.

—¿Tiene lo que le pedimos? —le preguntó el ruso.

—¿Arregló mi pago? —le contestó ella con otra pregunta.

Él sonrió y le mostró un sobre.

—Diez millones en dólares estadounidenses en una cuenta numerada en un banco de Zúrich. Dentro tiene todos los datos para hacer lo que le plazca con ellos.

Eloisa sacó de la cartera un pequeño aparato plateado que podía pasar por un encendedor, pero en realidad se trataba de una cámara de fotos en miniatura. La misma que, de forma brusca, ellos le habían proporcionado.

—Todo lo que se llevaron los estadounidenses está aquí —le dijo mientras se la entregaba—. Diagramas, notas, hasta los croquis desechados.

El hombre se apresuró a guardárselo en un bolsillo interior del saco. Luego le pasó el sobre. Tras revisar el contenido, ella lo dobló y lo guardó en la cartera.

—Me tiene bastante confianza para no controlar si hay algo dentro de esa cámara antes de pagarme.

Aksákov sonrió ante esa observación.

—El general Wolf nos habló bastante de usted. Aseguró que nunca deja de cumplir con lo que promete entregar. —La sonrisa se le amplió aun más—. Además, de habernos fallado, no tendría lugar en dónde esconderse.

Markus, su antiguo maestro y algo más de la Stasi. Aun cuando hubiera acabado todo entre ellos, él se resistía a ser parte de su pasado. Por una vez, tenía que agradecerle entrometerse en sus cosas. Sus palabras debían de haber facilitado bastante el trato con los rusos.

—Nos ha prestado un invaluable servicio, al pueblo soviético.

—Han pagado por eso. Estamos a mano, no es necesario el halago.

—Permítame decírselo de todas formas. Gracias.

Eloisa sabía que no era amable por mera educación. Buscaba reclutarla para algo, o, al menos, dejar en los mejores términos una relación que podía llegar a necesitar en el futuro. Tal vez Markus también estuviera detrás de eso.

—Si alguna vez quiere...

Ella le echó una mirada rápida.

—Sí, en realidad quiero algo más, si es posible.

—Solo dígallo.

—Un piano de gran cola Blüthner. Los fabrican en Alemania Oriental y no los envían a Occidente.

—Dígame dónde y lo tendrá en menos de una semana —le aseguró Aksákov, sin tener la menor idea de qué tenía de especial ese piano. Nunca había escuchado hablar de él o de que los constrúan en la Alemania comunista. Pero nada de eso importaba demasiado, tenía el suficiente poder para remover cualquier obstáculo que pudiera existir.

Ella garabateó unas líneas en un papel y se lo alcanzó.

—Considérelo hecho. Y si alguna vez necesita un lugar donde...

—Le agradezco —lo cortó ella—, pero olvídalo. Soy demasiado burguesa para ustedes.

—No más que otros, que han terminado por entender que solo nosotros podemos brindar un mundo más justo.

Eloisa no pudo evitar reírse. Fue un acto impensado, pero fuera de lugar. Entendió, casi de inmediato, que debía aclarar su gesto. No era saludable dejar que un oficial de alto nivel de la KGB pensara que se burlaba de él, más aun cuando no era así. Aksákov era de los mejores que había enfrentado en el negocio. El motivo de su sonrisa iba por otro lado.

—Ustedes los hombres y sus guerras ideológicas —le explicó—. Conflicto Este-Oeste. Me da gracia el nombre, simple basura de algún propagandista. No hay nada detrás de sus peleas, ni la libertad ni la igualdad ni ninguna otra cosa. No son más que niños crecidos con rabietas y caprichos que le joroban la vida al resto del mundo y que creen que pueden dominarlo todo.

Al terminar, supo que se había excedido en la sinceridad. Era uno más de los vicios que el tiempo pasado con Simón parecía haberle instalado en la cabeza. Comprobó, sin embargo, que el soviético no se había ofendido por esas palabras. Todo lo contrario, se mostraba extrañamente complacido.

—Me dijeron que era una descreída, alguien sin fe en nada, una persona que no espera ni le pide nada al mañana.

Eloisa había abierto la puerta y tenía ya un pie en la vereda, pero no pudo evitar dejar de responderle también a eso.

—Sí que espero algo del futuro: que en esta guerra que hacen librar a terceros por ustedes, entre capitalismo y comunismo, pierdan los dos.

Aksákov vio cómo se alejaba. Tardó en dar la indicación a su chofer de que arrancara. Su buen amigo alemán, Markus Wolf, el espía sin rostro, había tenido razón en la descripción: era la persona con más carácter que había visto en mucho tiempo. Creía poder entenderla mejor de lo que ella misma podía llegar a comprenderse: se trataba de la hija rebelde de un tiempo hipócrita y venal que se engañaba a sí misma. No era, como decían todos los informes sobre ella, o como ella misma se consideraba, una descreída. Se trataba de alguien que buscaba, cada vez con mayor desesperación, creer en algo.

* * *

Al fin estaba libre de todos. No tenía obligaciones o contratos pendientes con nadie y contaba con más dinero del que nunca había podido imaginar. Pensó en sus sueños de cuando era niña, en todas aquellas cosas que se había prometido hacer el día que tuviese cómo pagarlo. Sí, tenía su ansiada libertad, pero no sabía qué hacer con ella.

Caminó por la ciudad oscura. Había un quiosco de diarios que justo abría. Lo atendía un hombre de gorra, a quien le tiraban una pila de periódicos atados desde arriba de un camión. Una y luego otra. El hombre las agarró ambas; se cargó una en cada hombro.

Ella lo miró. El camión partió con cierto estrépito. Al parecer, el motor no estaba demasiado afinado. El hombre se dirigió al quiosco con los diarios y entonces la vio.

—¿Necesita algo, señorita?

Ella no supo qué contestarle. Luego se le ocurrió algo tonto, loco.

—¿Tiene alguna revista *Mafalda*?

No quiso preguntarse por qué, pero tenía lágrimas a punto de caer de los ojos.

CAPÍTULO IXXX

La pasión a menudo convierte en loco al más sensato de los hombres, y a menudo también hace sensatos a los más locos.

François de La Rochefoucauld

Frío y oscuridad. Eso era todo cuanto sentía. Por un momento, las brumas oscuras cedieron lo suficiente como para mostrarle el rostro de la mujer que lo veía.

—Hola, Simón.

Era rubia, con el cabello largo hasta los hombros. No terminaba de enfocarla.

—¿Eloisa?

Vio que el rostro se le contraía en una expresión de molestia.

—No, Francesca.

No supo qué decir. No entendía nada de lo que sucedía, de lo que le ocurría a él. ¿Qué pasaba?, ¿dónde estaba?

—No pude terminar de amarte, Simón, pero no voy a pedirte ningún perdón por eso.

Sí, no había dudas de que era ella. Arrepentirse no estaba en su vocabulario. Quiso alargar el brazo para tocarla; descubrió que no podía.

—Tus errores no son tu culpa —le dijo Francesca, cada vez más lejos—. Se trata de nuestra naturaleza. No buscamos a nadie que nos sirva. Lo que ambicionamos en realidad es tener a alguien a quien venerar.

Terminó disiparse, luego de esas palabras, entre las brumas de esa oscuridad tan extraña de la cual Simón era incapaz de salir.

* * *

No, no estaba muerto, podía estar casi seguro. Cualquiera fuera el lugar en el que se encontraba, se parecía demasiado a la habitación de un hospital. Blancas paredes y cuadros horribles que no compaginaban con ningún ámbito extraterrenal.

Se hallaba en una cama con sábanas blancas, inmaculadas. No podía moverse, apenas estaba consciente y la cabeza le dolía muchísimo. Tenía una mascarilla de oxígeno en el rostro y le habían canalizado uno de los brazos.

Estaban todo el tiempo sobre él hombres de guardapolvo blanco, acompañados de mujeres vestidas con una suerte de uniforme de idéntico tono que remataba en una pequeña cofia sobre el cabello recogido. Entraban, lo revisaban y salían. Lo auscultaban, le tomaban el pulso, controlaban el tubo de oxígeno unido a la mascarilla y cambiaban el suero o lo que fuera que le administraran por vía endovenosa. Suponía que eran médicos y enfermeras, pero a esa altura, y después de lo pasado, toda apariencia lo volvía desconfiado.

Luego de un día, le retiraron la máscara. Se sentía mejor, un poco más espabilado, pero le indicaron que no hablara. Preciso otro día más, y que le retiraran el suero, para poder levantarse de esa cama y darse el baño que tanto añoraba.

Estaba débil. Las piernas le temblaban y tuvo que recibir la ayuda de una enfermera para llegar al baño. La cabeza todavía le dolía cada tanto, pero intuía que ya había pasado la peor parte.

Salió de la ducha poco a poco, envuelto en una toalla y sin pedir ayuda. Le mortificaba el hecho de tener que depender de otros. Cinco trabajosos pasos más y estaría de nuevo en la cama.

—Hola, Simón.

No era la enfermera quien lo esperaba allí, sino su hermana. Vestía de negro, con un collar de perlas en el cuello. Su expresión denotaba aflicción. Antes de que pudiera preguntarle nada, ella le alcanzó la bata que tenía en las manos. Simón dejó que lo ayudara a colocársela, pero rechazó apoyarse en su hermana para llegar a la cama. Podía afirmarse mejor en sus piernas, aun cuando llegó a sentarse con dificultad.

—Deberías acostarte.

—No todavía. Ya estuve demasiado tiempo en esta cama.

—Sí, estuviste complicado varios días, pero los médicos siempre fueron optimistas. Comer esos hongos... —La voz se le endureció de repente—.

Tendrías que tener más cuidado con ciertas cosas: una intoxicación alimenticia es algo serio.

Él parpadeó un par de veces sin entender. ¿Intoxicación? ¿Dónde había quedado lo del infarto de que hablaban esos dos antes de que terminara de perder la conciencia?

—Te encontraron en muy mal estado, en tu casa. Alguien llamó a la policía y dijo que te estaban robando. Así te encontraron. Quien quiera que fuera ese bromista, es posible que te haya salvado la vida con esa llamada. Pudieron tratarte a tiempo. Lo que comiste inhibe el sistema nervioso central, según dijeron los médicos. Por suerte, no fue lo suficiente como para que dejaras de respirar o se te detuviera el corazón, pero estuvo cerca.

Simón miró hacia el techo blanco, tenía demasiadas cosas en qué pensar, y más difícil todavía era intentar hacerlo con tantos sentimientos cruzados que lo recorrían.

—Debería haber venido antes. —Trataba de explicarse como si tuviera algo para justificar su ausencia—. Facundo lo hizo, pero estabas inconsciente. Yo no pude hasta ahora, por lo de Mario.

Él procuró disimular la reacción que ese nombre le provocaba. Estefanía lo miró a los ojos, como si no supiera si decirle algo o no. Tragó saliva y al fin lo hizo.

—Tuvo un accidente con uno de los ascensores en la empresa. Se había quedado a trabajar hasta tarde y hubo un desperfecto cuando lo tomó. Cayó cinco pisos, la misma noche de lo tuyo. Lo encontraron a la mañana siguiente, dentro del aparato destrozado. Hubo que llamar a los bomberos para sacar de allí sus restos.

—Está...

—Sí, murió, y he lidiado con eso desde entonces. Por suerte, Facundo me ha sido de gran ayuda con las cosas de la empresa.

Él se guardó los comentarios. La noticia, más allá de la sorpresa, no le provocó ningún sentimiento de pesar. Pero se cuidó lo más posible de demostrarlo; no quería afligir a su hermana más de lo que ya estaba.

—No me ha sido fácil ocuparme de sus restos. Había otra mujer. Él tenía encuentros con una mujer cuando decía que estaba en reuniones de trabajo, y gastos bastante extraños. Los encubría en las cuentas de la empresa. Lástima que una se da cuenta luego de que pasan cosas como esas. La gente empieza a contarte detalles y una termina de unir los cabos sueltos.

Después de reconocerle la voz cuando hablaba con Eloisa mientras él agonizaba, nada sobre Mario podía impresionarlo. Maldito. Al menos estaba

muerto. Esa noticia fue un consuelo para él.

—Descubrirlo debió de ser algo terrible.

Su hermana se encogió de hombros. Hacía esfuerzos por no llorar y mantenía en tensión esos ojos húmedos.

—Todavía lo quiero y ahora lo odio. Ya se me pasarán ambas cosas.

Simón solo asintió. Estefanía nunca había dejado que la consolara en nada. En su cabeza, permitir eso era resignar el papel que implicaba ser la hermana mayor maternal, ese que ella se había autoimpuesto luego de quedarse sin padres.

—Estoy enojada, Simón —dijo ella al fin, luego de un pesado silencio entre ambos.

—¿Por lo de Mario?

Ella negó con la cabeza. En su mirada, vio esa expresión que adoptaba cuando iba a reprocharle algo.

—No. Estoy enojada con mi hermano Simón Heredia. ¿Por qué no me comentaste que te habías inscripto en un concurso de inventores en Suiza?

—Yo no...

—Lo ganaste. Por lo menos, esa organización internacional de inventores podría haber avisado antes de enviar el premio. —El reproche le había dado paso al orgullo—. Al principio, no sabíamos qué era ese depósito hecho desde Suiza a una de las cuentas de la empresa, una suma millonaria que nadie en contabilidad podía explicar. Hablamos con el banco y nos dijeron los datos de quien lo había depositado. Tuvimos suerte que lo hayan hecho: los suizos no suelen ser muy cooperativos con los detalles de esas operaciones.

Salvo que alguien les diga que hagan justo eso, pensó Simón.

—Espero que no te moleste que haya usado una parte para pagar cuentas de la empresa. Voy a devolvértelo a la brevedad.

Simón negó con la cabeza. Sabía de dónde venían esos fondos y no quería tener ninguna relación con ellos.

—No es necesario. Vas a usar ese dinero mucho mejor de lo que yo lo haría. Es todo tuyo.

Su hermana asintió, algo sorprendida. Luego de eso, la satisfacción le ganó el rostro. Ambos sabían que eso salvaba a la empresa familiar del trago amargo de tener que cerrar, presentarse en quiebra o concursarse por sus acreedores.

—Bien, un problema menos que discutir. Después está lo de esa mujer, Eloisa. —A ninguno de los dos se les escapó que Estefanía, siempre tan

metódica, la hubiera colocado en esa categoría: la de los problemas, las cuestiones por resolver—. Es raro que no hayas preguntado por ella.

Un extraño sentimiento de vergüenza lo invadió, por eso fue parco en su respuesta.

—Terminamos.

Estefanía no disimuló su agrado.

—No te convenía, no era una mujer decente.

No, no lo era, definitivamente. O, al menos, en el sentido usual del término. Solo pudo asentir para darle la razón a su hermana. La ira crecía dentro de él, parecía como si de amarla hubiera pasado a odiarla.

—Yo tuve mis errores con ella —le reconoció cuando pudo sosegar un poco el espíritu herido—. Perseguía a un fantasma, quería que se convirtiera en otra persona y no valoré lo que era ella.

Estefanía lo miró. Se le ocurrían muchas cosas, pero no le dijo ninguna.

—Desapareció así como así. Supongo que es mejor. Habría odiado tener que desalojarla de tu casa u otra cosa desagradable por el estilo.

Estefanía evitó comentarle que ella se entendía la responsable de esa súbita desaparición.

Simón no dijo nada. Si para todos lo suyo no había pasado de un problema médico, que así lo creyeran. Eso le ahorraba muchas explicaciones y cubría con un conveniente manto de olvido la vergüenza que recordar esa relación le causaba.

Su hermana le preguntó si necesitaba algo; él le respondió que no. Entonces ella se acercó a besarlo para luego encaminarse a la puerta. Simón pensó que su visita había terminado, pero Estefanía se detuvo con la mano en el picaporte.

—Pensé mucho en estos días. Todo pasó demasiado rápido, lo tuyo y lo de Mario. No sé, supongo que es el dolor lo que le pone a uno ideas raras en la cabeza. Sé que parece una locura, pero en algunos momentos llegué a pensar si ambas cosas no estarían relacionadas.

Lo miraba como si le pidiera en silencio su opinión al respecto.

—No lo creo —le mintió él.

La respuesta pareció aliviarla un poco. A él, en cambio, lo dejó con culpa. A pesar de todo lo pasado, lo forzaban a continuar en un mundo de mentiras.

* * *

Cuando quedó de nuevo solo en la habitación, pudo volver a pensar en todo lo que le había sucedido. Ya fuera por la traición o la vergüenza, veía distintas las cosas. Por alguna razón, todos los hechos encajaban ahora de otra forma, quizá porque había querido matarlo, o porque se había convencido de que ella había actuado todos esos sentimientos que decía tener.

El encuentro casual en Florencia no había sido para nada casual. Todo había estado preparado: mostrar preocupación al estar con él para forzarlo a que la siguiera; todo ese periplo por la ciudad, un recorrido por calles angostas con gente que iba y venía. Era imposible que no hubiera percibido que la seguía. Las paradas que hizo, a la salida del hotel y luego en la plaza, no fueron otra cosa que asegurarse de que él pudiera seguirla. Luego, toda esa escena de la escritura en el bar para despertar su curiosidad y de ir al mismo puente donde él había tirado las cenizas de Francesca. Nunca había estado alterada, tampoco quería ponerle fin a su vida. Buscaba jugar con su mente para generarle un vínculo emocional con ella.

Se había registrado sola en el hotel, pero su cuarto tenía una cama matrimonial de dos plazas. Estaba seguro de que ese hombre misterioso que la había acompañado se trataba de Mario. Todo había sido armado para atraerlo hacia ella. Y él, muy tonto, con su dolor a cuestas, había entrado en la trampa sin ningún problema.

El presentarse en la empresa, todas esas actitudes suyas, de parecerse a Francesca. Ahora lo tenía claro: buscaba dominarlo para poder sacarle los bocetos en los que trabajaba. Estefanía no le había dicho nada al respecto, pero estaba seguro de que, al volver, no hallaría nada de sus investigaciones.

Le dolía en especial todo ese circo del cariño. En realidad, orquestó todo no solo para robarle, sino para terminar con su vida; y esa última cena era la prueba de ello. No le había salido bien. Peor para ella, porque se arrepentiría de no haber conseguido matarlo.

Lo único que no entendía eran esos constantes intentos de su parte de advertirle que ella no le convenía y que iba a dañarlo. Era como si Eloisa fuera dos personas y no una. Descubrió que se hallaba furioso con ella. Él también se había convertido en otro luego del engaño, y no le gustaba en absoluto la persona que había pasado a ser. La idea de la venganza lo tentaba en el alma.

* * *

Volvió a la empresa tan pronto los médicos lo dieron de alta. Fingía que nada había pasado; los demás hacían lo mismo.

Se encerró en su oficina sin poder empezar a trabajar. Lo intentó un par de veces: había papeles de sobre el escritorio para mantenerlo ocupado por horas, pero le faltaba la voluntad de sacudirse esa melancolía que experimentaba. Así que solo dejó pasar el tiempo, mientras miraba por la ventana a la avenida que se extendía entre los árboles.

No tuvo llamadas ni nadie entró al verlo. Solo cerca del mediodía, Facundo se dejó ver. Tenía el rostro muy serio y traía una revista entre manos.

—No creo que te guste, pero igual opino que tendrías que echarle una mirada.

Simón comenzó a leer lo que le alcanzó. Se trataba de un artículo aparecido en la revista *Industrial Engineer*. Allí se daba cuenta del suceso obtenido por la compañía Intel de poder reunir todos los transistores que constituían un procesador sobre un único circuito integrado. Sus capacidades eran algo menores a lo que Simón había tenido en mente, pero por lo que se dejaba saber sobre el concepto y sus partes, resultaba una formulación idéntica.

Quizás había sido esa ambición de dar el gran paso lo que había esterilizado sus esfuerzos. Tal vez, si hubiera pensado su concepto a una escala menor, lo habría logrado. Por algo existía ese dicho que quien pretende abarcar mucho termina por apretar poco.

—Le dicen «4004». Cuánto habrá de lo nuestro ahí, ¿verdad, Simón?

Él le devolvió la revista. De habérselo pedido, con gusto le hubiera dado a Eloisa todo el maldito proyecto a cambio de su amor. Habían tenido suficiente intimidad en común como para tener eso lo suficientemente claro. Pero ella había elegido robárselo, indiferente a sus sentimientos.

—Tendremos que esperar a que lo produzcan para saberlo. No mucho, tal vez. Estábamos estancados.

Facundo lo miró con perplejidad. Simón había puesto, por años, toda su pasión inventiva en ese desarrollo. Ahora lo refería como si se tratara de algo en lo que no hubiera tenido interés alguno.

—Sí que te pegó duro esa mujer.

Él pareció no escuchar el comentario. Estaba pensativo, en alguna otra parte.

—Los falsos científicos del MIT desaparecieron al mismo tiempo que ella y los documentos sobre el proyecto. Sí, es probable que nuestros papeles hayan terminado allí —terminó por decir, con amargura en las palabras.

Facundo vio tan apenado a su amigo que no quiso seguir con el tema, pero fue Simón quien persistió en la cuestión.

—Podría haberme robado y ya. No entiendo toda esa actuación conmigo y por tanto tiempo.

Facundo se encogió de hombros; tampoco lo comprendía. ¿Acaso podía culparlo? Él mismo no terminaba de entender todo por lo que había pasado.

—Ya que estamos en el tema del proyecto —continuó Simón—, quería disculparme. Fui intransigente en algunas ocasiones.

—Yo también —reconoció Facundo, algo sorprendido por lo que acababa de escuchar.

—Aun así, tendría que haber sido más abierto a otras posibilidades.

Era evidente que lo pasado le había hecho cambiar algunas conductas. Se lo percibía, en sus palabras, más conciliador y flexible. Tal vez podrían trabajar juntos todavía, en el siguiente proyecto, sin tantas rispideces como en el pasado.

—Tampoco soy alguien inocente respecto de tales actitudes. —Facundo sonrió un tanto por primera vez desde que había iniciado la conversación—. Nos parecemos en el carácter, quizá por eso somos amigos desde hace tanto.

Era algo típico de Facundo: llevaba la conversación a una situación de tablas. Resaltar que él tenía los mismos defectos por los que pretendía disculparse Simón era su forma particular de dar por terminado el asunto. Alguna vez se lo había escuchado: «Los amigos no se disculpan, solo compensan errores y siguen adelante». La discreción, aun en los momentos en los que se le daba la razón, presidía su carácter.

—Puede ser. Y hablando de viejos tiempos, deberíamos salir esta noche —propuso Simón—. A cualquier sitio. Ha pasado un buen rato desde la última vez que lo hicimos.

Vio que Facundo dudaba por un momento.

—¿Estás ocupado?

—Estefanía aceptó que la invitara a cenar —le dijo al fin, luego de un instante de duda.

Simón estaba al tanto de los sentimientos de su amigo y no le desagradaba verlo realizar su sueño con Estefanía. Mil veces había pensado que era una lástima que ella fuera tan tradicional en algunas cosas.

—Me alegro por ambos.

—Es solo una cena. La pérdida de Mario parece haberla cambiado en algunas cosas.

—Todos necesitamos cambiar a veces.

Simón lo dijo con dolorosa aceptación. Ser engañado, defraudado y abandonado suponía que debía modificar algunas de sus conductas.

Facundo asintió. Hablar de Estefanía lo ponía incómodo.

—Todo es muy reciente. Yo solo quiero lo mejor para ella.

—Por supuesto. Eso lo sé de sobra.

—Podrías venir con nosotros —propuso su amigo—. Estefi no se opondrá.

Siempre el bueno de Facundo se relegaba para favorecer a los amigos. La oferta era tentadora, sobre todo si vislumbraba la alternativa: otra noche en soledad con la mente devorada por los recuerdos.

—Claro que no.

No tenía derecho a entrometerse. Era un momento de ellos dos, algo que se concretaba al fin luego de tanto tiempo de indecisiones e imposibilidades. Se alegraba por ambos y, a la vez, los envidiaba.

—Si llegaras a cambiar de idea... —le reiteró Facundo, mientras se dirigía a la puerta.

—Estaré bien.

Cuando quedó solo, procuró concentrarse en los papeles atrasados que se acumulaban en el escritorio. No pudo. Pronto comenzó a mirar otra vez por la ventana, sumido en cavilaciones.

Aceptó su suerte: una cena frente a la televisión y dolorosos recuerdos de un pasado en el que había creído encontrar la felicidad. Todos a su alrededor parecían encaminarse a un porvenir dichoso. Salvo él, claro.

CAPÍTULO XXX

Quien no ha pasado a través del infierno de sus pasiones, no las ha superado nunca.

Carl Jung

Fue allí apenas supo que la oscuridad de la noche podía cubrir su presencia. Se acercó con cautela a la casa, al amparo de las sombras de la calle para evitar darse a conocer. Dio la vuelta a la esquina hasta llegar a la tapia que se extendía más allá del portón metálico del garaje.

Sacó un par de guantes de cuero, aprisionó hacia atrás su cabello con un prendedor por encima de la nuca, se puso el bolso en bandolera y se impulsó para poder aferrarse a lo alto del muro. Erró el primer salto, pero en el segundo consiguió sujetarse. Se izó no sin esfuerzo, llevaba tiempo sin hacer ese tipo de cosas.

Pronto estaba en el patio. Se movió con rapidez hasta la casa y buscó la pérgola a un lado de la pileta. Fue bastante fácil trepar por uno de los postes hasta las vigas de madera que estaban dispuestas en paralelo a lo largo de su parte superior. A diferencia de las cuerdas, que se suben con las manos, el truco en los objetos macizos estaba en usar los pies. Los brazos sostenían y las piernas impulsaban. Una vez arriba, había un segundo truco en lo que se refería a las pérgolas: tenía que distinguir las vigas de carga de las decorativas. Las primeras, que se asentaban en los postes clavados en vertical al suelo, soportaban el peso de un cuerpo. Las segundas, no.

Se deslizó por una de ellas, mientras procuraba no perder el equilibrio, hasta llegar a la pequeña ventana cuadrangular contigua al gran ventanal del dormitorio de Simón. Sabía que dejaba abierta esa ventana del baño para que

saliera el vapor de la ducha. Era un hombre metódico: eso ayudaba a entrar a la casa sin despertar sospechas.

Se deslizó por la abertura. Segundos después, estaba en el interior de la casa. Había resultado todo muy fácil. Casi cualquiera con un mínimo de destreza podría haber entrado allí. No le gustó esa idea, ya que conducía a una consecuencia incómoda: él se encontraba desprotegido.

Se quitó los guantes y salió al pasillo. No pudo evitar cierta nostalgia al pasar por el cuarto en el que había compartido tantos momentos intensos. Para peor, todo parecía como entonces, como si nada hubiera cambiado. Era un engaño atrayente, pero se negó a caer en él. Nada podía ser más distinto.

Bajó sin hacer ruido por la escalera hasta quedar en la puerta del estudio de Simón. Como era usual, estaba abierta. Él se hallaba sentado detrás del escritorio, absorto en su trabajo y con la cabeza inclinada sobre un papel que marcaba una y otra vez con la pluma.

A juzgar por el edredón arrugado y una almohada dejados sobre el sofá a un lado de la chimenea, debía pasar la mayor parte de las noches allí. Estaba segura de que buscaba reconstruir todo lo que ella se había llevado sobre el microprocesador.

Avanzó un par de pasos, insegura. Volvía a verlo después de bastante tiempo, una eternidad, para ella. Luego de todos los riesgos y esfuerzos que se había tomado para estar allí, dudaba sobre qué hacer.

Una parte suya le decía que diera media vuelta y huyera en tanto era posible. Otra, la congelaba en su sitio. Se preguntó cómo llamarle la atención sin sobresaltarlo.

—Hola, Eloisa —dijo entonces él, con toda naturalidad y sin levantar la vista.

—Hola —le contestó, algo sorprendida de que hubiera reparado en su presencia—. No quería asustarte.

—Poco y nada me asusta últimamente.

Apenas pudo moverse y articular palabra cuando volvió a verle el rostro. Maldita dulce tortura la de su ausencia. Pero mucho más terrible era el remordimiento que tenía por lo que le había hecho. Sí, ahora sentía ese tipo de cosas.

—No estás sorprendido de verme.

—¿No dicen que el ladrón siempre regresa a la escena del crimen?

Le molestó ese comentario, pero acusó el golpe en silencio, sin decir nada. No tenía el coraje para contestar lo que, por otra parte, no dejaba de ser

verdad. Podía ser dura e implacable con casi todos, pero no con él. Ese hombre la podía, por eso es que estaba allí.

Se aproximó a donde se encontraba y se dejó caer en uno de los asientos frente de él. Podía ver, por su expresión, que Simón estaba enojado, aunque se cuidara de mostrarlo y buscara aparentar tranquilidad. Era lo mismo que ella hacía con su nerviosismo. Que la mirara de esa forma, tan dura y cortante, no la ayudaba en nada a concentrarse en lo que tenía que decirle. Además, al verlo así se le antojaba muy atractivo y le despertaba algunos sentimientos. Demasiados para tener la cabeza fría.

—¿Olvidaste quitarme algo más antes de irte? —le preguntó con sorna.

Conocía ese tono ácido de sus palabras. Era furia contenida.

—Te extrañaba.

—¿En serio? No veo por qué. La última vez quisiste matarme.

Ella lo negó de manera enfática con la cabeza antes de replicarlo en palabras.

—Nunca busqué hacer eso.

Se la veía afligida y se la escuchaba igual. Pero Simón ya no se fiaba de ella, aun cuando siguiera tan hermosa como de costumbre. Había vuelto a tener el cabello de color castaño y se lo dejaba largo. ¿Podía odiarla y desearla al mismo tiempo? Él creía que le pasaba justo eso.

—Tuve que permanecer un buen tiempo en el sanatorio para recuperarme de lo que sea que pusiste en la comida.

—Debía ser convincente con lo que te pasara, pero te juro que nunca corriste ningún riesgo.

—Dejemos los juramentos de lado, has quebrado un par de ellos conmigo. ¿Para qué se suponía que debía parecer que moría?

—Mario debía confiar en mí lo suficiente para poder asegurarme de que no fuera un peligro para nadie en el futuro. Te odiaba. Quería tus ideas y tu dinero. Era algo enfermizo lo que tenía en tu contra; nunca te habría dejado tranquilo.

Él la miró con cierta tristeza. A pesar de la mala predisposición, no le gustaba oír lo que decía, sobre todo por lo que implicaba. Todavía quería creer que no era una mala persona. Le esquivó por un momento la mirada antes de preguntarle:

—¿Tuviste algo que ver con lo que le ocurrió en el ascensor?

No estaba seguro de querer escuchar la respuesta. Vio también que ella vacilaba en decírselo.

Eloisa dudaba si él aceptaría la verdad, por eso no entraba en detalles. Había sacado del medio a su cuñado para asegurarse de que nunca más pudiera ser un riesgo para Simón. Era una condición que había puesto en el acuerdo con los falsos científicos de la CIA, y habría hecho lo mismo con cualquiera que fuera un riesgo de ese tipo para Simón. Podía estar enamorada sin remedio de ese hombre, pero era la misma implacable de siempre con el resto del mundo.

—¿A qué viene esa pregunta? ¿Habría alguna diferencia si hubiera intervenido en algo?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Pienso en mi hermana.

—No, Simón, no me mientas. Tus pensamientos están fijados en tus propios egoísmos. No te gusta sentir algo por quien puede ser una asesina.

—Haberlo sentido, en todo caso —la corrigió él.

—Como te guste decirlo. ¿Cambia en algo si te dijera que me defendí? Él me dio el veneno para matarte e iba a hacer lo mismo conmigo luego de que le entregara tus papeles. Le volví en contra su propio juego.

—Podrías haber huido sin necesidad de matarlo.

—No quería que él hiciera algo más en tu contra cuando se enterara de que vivías. Quería protegerte.

Simón no pudo dejar escapar una risa irónica. Toda la situación era una completa locura. Hablaban de robos y muertes como quien charla sobre el clima.

La observó, sin saber si creerle o no. Era obvio que ella quería que la entendiera, la justificara o, incluso, la perdonara. Dentro de él, el ánimo le fluctuaba con cada nueva palabra, con cada nuevo gesto y explicación. Una parte suya buscaba disculparla de todo, y otra se preguntaba por qué no había llamado todavía a la policía.

Ella sacó un sobre de papel madera de dentro de la cartera y se lo alcanzó.

—¿Qué es esto?

—Copias de tus diagramas y anotaciones. Con el dinero que te conseguí, podrás terminar eso o hacer algo mucho mejor. También hay una confesión mía, de puño y letra, firmada. Allí lo cuento todo: cómo quise estafarte y me hago cargo de haber matado a Mario. Ahora es tuya.

Simón revisó el contenido del sobre con incredulidad. Contenía exactamente los documentos que ella le había dicho.

—Estoy a tu merced, como creo que me querías tener.

Era muy consciente de la imagen patética que daba. Se dejaba pisotear el orgullo para entregarle una rendición incondicional a ese hombre. Odiaba hacerlo, pero no tenía remedio. En los terribles meses que había pasado sin él, descubrió que necesitaba su amor mucho más que la propia autoestima.

—Nunca quise eso —le contestó Simón, un poco incrédulo por lo que ella acababa de darle—. Solo tenerte a mi lado.

—No por mí, sino porque me parecía a tu amada muerta.

Parecía que era su turno para estar malhumorada y hablar con ironía. Simón entendió entonces que había pasado de disculparse a reprocharle. Lo irritaba no terminar de aceptarla, perdonarla o como fuera que se llamara. Era su orgullo que se resistía a morir dentro de ella.

—¿Haría alguna diferencia si te dijera lo contrario? —le contestó, de idéntica forma que ella para no responder de manera directa a ciertas cuestiones.

Ella sonrió con un dejo de tristeza.

—Das vuelta mis palabras para ponerlas en mi contra.

—No. Te muestro cómo se siente cuando te dicen esas cosas.

Eloisa abrió un poco los brazos, sin perder la tristeza, en un gesto de impotencia.

—Supongo que me lo merezco. Como sea, ahí está mi confesión para que hagas lo que quieras.

—Nunca podría usarla, destruiría a mi hermana.

Ella negó con vehemencia con la cabeza.

—En absoluto. Escribí solo sobre mí, ni siquiera he nombrado a tu cuñado. Cargo con toda la culpa.

—No entiendo por qué harías eso.

—Es lo único que se me ocurrió para mostrarte lo que siento, hasta dónde puedo llegar por tu amor. Aunque no me creas, has sido muy importante para mí.

—Qué forma de demostrármelo.

Él seguía ácido y desconfiado. Quién podría culparlo, pensó Eloisa.

—Es lo menos que puedo hacer por el único hombre que me ha amado de verdad y que no me ha hecho ningún daño.

—No ha sido mutuo.

—Sí en lo que respecta al amor. Por supuesto que te amé. Te amo, Simón.

—No me refería a esa parte, sino al daño.

Sintió de nuevo frustración de no poder hacerle entender, y la culpa en ella creció todavía más. Tal vez lo había arruinado todo en una forma que no

podía remediarse.

—Sí, es cierto —reconoció con tristeza—, te dañé. No tengo excusas para eso. Espero que me aceptes, que me perdones o como lo quieras decir. Por eso estoy aquí.

Había querido abandonarlo, pero descubrió que era incapaz de separarse de él. No importaba dónde o con quién estuviera, Simón seguía en su cabeza sin poder sacárselo de allí. Consumió sus pensamientos desde que se había ido de esa casa.

Si eso era el amor, descubriría lo terrible que podía ser perderlo. No le gustaba estar así, pero no tenía otro remedio. Ese sentimiento que la encadenaba a Simón tenía demasiado en común con una adicción como para dejarla tranquila. Allí estaba ella, antes tan fría, autosuficiente y calculadora; ahora, en cambio, saltaba al vacío para rogarle que la aceptara de nuevo.

—¿Y si no quiero? —preguntó él.

—Aceptaré lo que desees hacerme. Hasta ese punto llega mi amor.

O, más bien, su desesperación. Simón iba a contestarle algo, pero entonces un sonido lo sobresaltó. Tardó unos instantes en caer en la cuenta de que se trataba del timbre de la puerta de calle.

CAPÍTULO XXXI

Nunca estamos tan indefensos frente al sufrimiento como cuando amamos.

Sigmund Freud

Él descubrió, con sorpresa y contrariedad, que aquel sonido era el timbre de la puerta de entrada. Ella no dejó de advertir que Simón no quería ser interrumpido en esa conversación. Era obvio también que no tenía idea de quién podía ser a esa hora.

—Se trata de la policía —le dijo Eloisa.

La sorpresa de él fue mayor.

—¿Cómo estás tan segura?

—Yo la llamé.

Eloisa vio que mantenía la sorpresa en el rostro. Endemoniado hombre, todavía no entendía nada. ¿Debería, en definitiva, explicárselo? Eso hizo al fin, sin ahorrar reproche en el tono de voz.

—Sí, no me mires así, con esa cara. Solo he buscado facilitarte las cosas para que puedas hacer justicia, vengarte o lo que te venga en gana conmigo.

Una vez más, Simón pensó que todo lo que sucedía era una locura. Le pidió que se quedara allí y cerró la puerta del estudio al salir. El timbre no dejaba de sonar.

Se encaminó a la entrada de su casa sin tener la menor idea de qué iba a hacer. Cuando abrió al fin la puerta, un par de policías lo miraron con cautela desde el otro lado. Les preguntó qué los traía hasta su casa.

—Recibimos una llamada anónima de que una persona había entrado escalando el muro del patio.

Simón asintió y buscó reflejar tranquilidad, sentimiento que carecía en su interior.

—Aquí no hay nadie.

—¿Podemos revisar, ingeniero? Solo para confirmar que todo está en orden —le preguntó uno de los policías con insignia de sargento.

—¿Cómo sabe mi profesión? —Simón lo interrogó con desconfianza. Desde lo pasado con Eloisa, estaba más huraño con ese tipo de cosas.

—Estuve en esta casa la noche que quisieron robarle. No creo que me recuerde, usted se encontraba bastante mal. Ayudé a cargarlo en la ambulancia.

Era lógico lo que decía, por lo que se tranquilizó. No solo parecían policías, debían serlo también. Se dijo que debía controlar sus nervios o pondría todo en evidencia.

¿Podía acaso negarse? Sería bastante sospechoso que lo hiciera. Les franqueó la entrada y esperó que Eloisa ya hubiera desaparecido.

—Demoraremos lo menos posible, así se queda tranquilo.

Lo que menos estaba era tranquilo, pero por causa de ese registro. No por él, nada podía pasarle ya, sino que se trataba de ella. No quería que le sucediera algo malo, como ser detenida.

A pesar de lo que le había hecho, no buscaba perjudicarla. No se sentía un santo por ello, sino más bien tonto, uno que se había enamorado de la persona equivocada. Por segunda vez en la vida.

Buscaron por fuera de la casa y luego por dentro. Cuando Simón creía que podía librarse de ellos sin brindar mayores explicaciones, el sargento reparó en la luz que se filtraba por debajo de la puerta del estudio.

—¿Vive alguien más aquí con usted? —le preguntó.

Simón inspiró con lentitud antes de responderle:

—Solo yo.

—Hay alguien más allí. La luz se corta por debajo.

El sargento le hizo una seña a su compañero y ambos sacaron las armas antes de acercarse a la puerta.

Por suerte, Simón pensó rápido.

—Es... mi prometida que está de visita. No vive conmigo.

Antes de que pudieran detenerlo, él abrió la puerta del estudio. Mientras lo hacía, pensó que iba a decirles si Eloisa no estaba allí. O qué podrían pensar al verla de negro y con un bolso, vestida como la típica intrusa nocturna que aparecía en las series de televisión.

Por eso, respiró aliviado al verla. Se había recostado en el sofá y tapado con el edredón. Apoyaba la cabeza en la almohada que Simón tenía allí y aparentaba leer un libro. Había una mujer en el medio de la tapa verde; *Para ahogar un loco amor* era el título.

Fingió sorpresa al verlos entrar, hasta cierto sobresalto. Se cubrió más con el edredón para dar a entender que estaba desnuda. Y con su mejor carita de inocente, le preguntó a Simón qué era lo que sucedía.

Los policías se dejaron llevar por las apariencias, sumaron dos más dos y les dio seis. Guardaron las armas y, tras disculparse con Simón, salieron con rapidez por donde habían entrado.

* * *

Eloisa lo vio conversar, nervioso, con los policías, para tratar de que se fueran de una vez. Sintió un profundo agradecimiento por cómo la protegía. Nadie lo había hecho hasta entonces, mucho menos alguien a quien había dañado.

No pudo evitar recordar con placer las palabras de cuando entró al estudio junto a los policías. El corazón pareció salirse del pecho cuando se refirió a ella como «su prometida». Saboreó de nuevo esa palabra y se la repitió varias veces para sus adentros. Ese hombre, sin dudas, la había amado con adoración. Se sintió entonces mala y sucia, indigna de esos sentimientos que Simón mantenía aun después de todo lo pasado.

Habría sido hermoso poder tener algo con él, pero veía poco probable continuar algo juntos. Demasiadas cosas habían ocurrido, y la culpa de eso era solo suya. Él no dejaba de ser una persona demasiado buena como para poder mantenerla a su lado.

Le resultaba una pena, algo tristísimo. Por primera vez en mucho tiempo, las lágrimas que le salieron de los ojos fueron verdaderas. Experimentaba remordimiento, y desde niña que no sentía eso. Podía sumarla a la lista de cosas que Simón había hecho con ella: la había sacudido de esas ideas tan aciagas sobre la vida y los hombres. Por primera vez, parecía posible dejar de lado ese espíritu de perdición que llevaba como una maldición dentro de sí.

Las lágrimas se convirtieron en llanto. Desde que tenía memoria, había ambicionado con tener un hombre bueno, alguien que no la rebajara, la usara o se mofara de sus sentimientos y necesidades. Cuando al fin lo tuvo enfrente, había sido la misma de siempre: un ser egoísta y autodestructivo. Simón le había limpiado el alma y ella había vuelto a embarrarla con miseria. Cuando

había tenido a su alcance lo que siempre había añorado para sí, había hecho cuanto había podido para engañarlo, estafarlo y desilusionarlo.

Sí, era un ser terrible, una mujer mala. Y sufría al caer en la cuenta de ello.

Se secó con rapidez las lágrimas cuando oyó sus pasos, no quería que la viera así. Entendía que ya se había humillado lo suficiente.

Simón no dijo palabra respecto de esos ojos llorosos.

—Creo que deberíamos tomar algo fuerte.

Eloisa asintió.

—Sería más fácil si te enojaras de verdad conmigo, o si me castigaras de alguna forma.

Él evadió el tema, al tiempo que hizo un ademán con la mano para que lo siguiera hasta la sala.

—No quiero castigarte. Tampoco soy quién para hacerlo. Ojalá todo fuera tan simple.

Llegaron a la sala; Simón fue hasta el bar. Sobre la barra, estaban dispuestos sobre una bandeja plateada dos vasos de *whisky* y una botella de Chivas Regal.

—Ya te he devuelto todo lo que me dieron por tus papeles. Transferí hasta el último centavo, inclusive el producido de unos bonos. Traté con gente bastante peligrosa para asegurar tu tranquilidad y corrí muchos riesgos para que pudieras tener lo suficiente para financiar tus benditos sueños. Eso debe servir de algo a mi favor.

Él negó con la cabeza, mientras llenaba los vasos.

—No me importa nada de eso. Me robaste.

Ella lo miraba a los ojos, no podía dejar de hacerlo. Tenía en la mirada una calmada firmeza que por alguna razón intranquilizaba a Eloisa.

—Por favor, Simón, estabas atascado con eso. No perdiste nada de la información. Solo cambié unos cuantos papeles para obtener el dinero que no tenías para continuar con la empresa y tus investigaciones.

—No me refiero a eso; hablo de los sentimientos que defraudaste. Fue mucho más que unos papeles lo que me sacaste al actuar de esa forma.

Esas palabras sonaron mortificantes para ella. No podían ser más ciertas, implicaban lo que ella era, y ahora descubría que le incomodaba ser una calculadora mentirosa dispuesta a aprovecharse de cualquiera que tuviera la bondad para creer en sus fingidos sentimientos.

—Siempre fue real lo que sentía. Intenté no quererte, pero no pude dejar de hacerlo.

Él la miró con dureza.

—Claro que sé que fue real. Eso empeora todo lo que me hiciste.

Un animal herido, eso era lo que tenía ante sí Eloisa. No abrigaba muchas esperanzas, pero tampoco se rendía al fracaso. De estar en la posición de Simón, no habría pensado ni un instante en perdonar y olvidar. Lo habría descartado de inmediato para pasar a vengarse. Pero él era distinto. Confiaba en eso.

Le alcanzó uno de los vasos. Ella lo tomó y lo miró unos instantes. Simón recogió el suyo y dio unos pasos en dirección al piano. Allí Eloisa reparó en que no era el mismo de antes. Con todo lo sucedido, se había olvidado del asunto.

—No sé si agradecerte el piano o pedirte que te lo lleves.

—Querías uno de ese tipo. Es tuyo.

Simón bebió en silencio. Contemplaba al Blüthner como quien mira un objeto tan deseado como prohibido.

—Intentó ser mi regalo de despedida —le confesó ella. Se había colocado a la par suya. Tomó un par de tragos de la bebida.

—¿Intentó ser?

—Estaba decidida a dejarte en paz y alejarme. Pero como ves, no pude.

—No es lo único que he cambiado aquí —le dijo, sin dejar de ver el piano.

Eloisa recorrió la sala con la vista, pero no encontró nada distinto. Se enfocó luego en las paredes, al tiempo que se detenía, absorta, en el espacio encima de la chimenea. Descubrió entonces que ya no estaba más allí el cuadro de la mujer rubia vestida de largo y blanco. Había sido reemplazado por otro lienzo, uno que representaba a una mujer cortada en rodajas, que se dividía por encima de la cintura. Se trataba de una mezcla de colores, estilos e influencias que Eloisa conocía a la perfección.

—Veo que cambiaste el cuadro.

—Sí.

—Es un gesto muy bello, Simón.

Él sonrió.

—Eras todo lo que buscaba en una mujer.

Eloisa miró el cuadro. No podía ser mayor su satisfacción por haber destronado de allí a esa bruja que le competía desde el más allá y la molestaba en sueños, pero eso no le hacía pasar por alto lo principal: se trataba de un gesto con el cual Simón le decía muchas cosas.

—Quería que lo vieras antes de terminar con todo esto.

No entendió esas últimas palabras. Tampoco les prestó demasiada atención. Estaba extasiada por lo que implicaba que su cuadro estuviera allí.

Luego, el corazón comenzó a palparle de manera extraña, empezó a latir más y más rápido, al tiempo que el cuerpo le temblaba. Un par de espasmos después, todo comenzó a darle vueltas y el mundo alrededor suyo se volvió algo oscuro.

Entonces comprendió qué era lo que le pasaba, y no quiso creerlo. Simón le sacó el vaso de las manos antes de que le faltaran las fuerzas para sostenerlo.

—No entiendo... si ambos bebimos...

—No estaba en la botella, sino en el vaso —le aclaró él, mientras la tomaba por debajo de los brazos para que no cayera.

Los párpados le pesaban y ya no podía mantenerlos abiertos, por más que luchara por hacerlo.

—Quien a hierro mata, a hierro muere, dice la Biblia.

—Dios mío —dijo ella, mientras cerraba los ojos con aflicción y perdía la conciencia—. ¿En qué te convertí?

EPÍLOGO

Lo primero que pudo ver al volver en sí fue el rostro de Simón. La había recostado en el sofá frente a la chimenea y permanecía a su lado con expresión seria.

—Estamos a mano. Tenía que hacerte pasar por eso —le dijo.

No puedo decir que no lo merezco, pensó ella. Su orgullo no dejaba de punzarla, y la ira por lo que le había hecho crecía. Pero, en un sentido del todo opuesto, no podía dejar de sentirse aliviada porque seguía a su lado.

—Dijiste que no ibas a castigarme —le reprochó. Una postura a medio camino entre sus dos sentimientos.

—No se trata de un castigo.

—¿Por qué lo hiciste entonces? ¿Para demostrarme tu poder? ¿Para ver lo que se siente hacerlo?

—No. Quería que supieras lo que se siente ser una víctima tuya.

La miró. Ella le sostuvo la mirada. Había honestidad en esos ojos. Era de las cosas que la hacían perderse en él. La periódica constatación de que era el primer hombre bueno que se le había cruzado en el camino.

—Te perdoné hacía ya mucho tiempo —le aclaró Simón, mientras se levantaba—. Solo que no quiero que seas más de esa forma. No, si vas a estar conmigo.

Eloisa se quedó estupefacta unos momentos. Trataba de entender si lo que había escuchado era de verdad así, porque temía haber entendido mal. Cuando al fin aceptó estar en lo correcto, Simón le pareció incluso más querible que nunca. Se levantó y se acercó a él con lentitud. La ansiedad la recorría por dentro, pero también el temor. Miedo a que no fuese cierto lo que acababa de decirle.

—Simón —comenzó—. Yo...

—No digas nada —interrumpió—. No hay nada más que decir. Por lo menos de mi parte. Quiero tenerte conmigo para siempre, pero es tu decisión.

Ella casi se le echó en los brazos. Se sentía muy bien estar así de nuevo, con el calor de su piel y el aroma a perfume que la aprisionaban.

Él la tomó del pelo por detrás de la cabeza y la atrajo hacia sí. Fue un movimiento gentil, pero también dotado de una indudable firmeza. Eloisa tomó una nota mental del gesto y decidió que se dejaría crecer más el cabello. Le gustaba que él hiciera eso.

Un momento después, sus labios eran invadidos por los de él. Supo que Simón la había echado de menos tanto como ella, había extrañado esa cercanía. Estaba tan embriagado de ella, como Eloisa de él.

—Voy a ser buena, Simón —le dijo en el breve instante en que se separaron para tomar aliento—. Te lo juro.

Volvieron a besarse con intensidad. Ella no tenía dudas sobre lo que él sentía. Era un hombre bueno y la había perdonado. Esperaba, desde lo profundo del espíritu, tener las fuerzas necesarias para cumplir con ese juramento.

Él pareció adivinar ese pensamiento.

—No hay por qué preocuparse. Te obligaré a serlo —le dijo.

Él abría de nuevo, con esa llave dorada que era su virilidad, esa puerta mágica al goce y la pasión. La empujó hacia el pasillo para llevarla al cuarto, mientras Eloisa, que caminaba hacia atrás sin dejar de besarle, se las ingeniaba para mantener el equilibrio. Por suerte, él la sostenía con fuerza, mucha más de la habitual.

Y en tanto él le ganaba la boca, Eloisa recordó la frase escrita por Francesca, la que había modificado del *Cantar de Mio Cid*: «Qué buena vasalla sería si tuviera un buen señor».

Por alguna razón que no sabía a ciencia cierta, entendió que eso estaba también escrito para ella. Lo confirmó, en tanto él asaltaba sus labios primero y su cuerpo después. Sí, sin dudas Simón era su señor, uno elegido por ella en sus propios términos. Todo lo que había hecho respondía a ese propósito. Aun cuando no lo hubiera advertido antes, estaba más que claro ahora.

Sus lenguas se encontraron a medio camino entre ambas cavernas húmedas, mientras él percibía ese sabor a alcohol y miel en la de ella.

Sí, a Simón le quedaba bien el puesto de ejercer su señorío sobre ella. Por primera vez, aceptaba a otro en su vida y descubría que esa mezcla de bondad y firmeza le embriagaba el espíritu, le brindaba paz, le sosegaba todos sus nuevos miedos y culpas. Era la única luz posible para su oscuridad.

Simón sería la conciencia que Eloisa nunca había tenido demasiado en cuenta, el único que podía mantener a raya sus demonios. Solo él podía con

un abrazo, con un roce, con una mirada unir todas las partes rotas y hacer que dejaran de dolerle.

Y esa perspectiva de tenerlo en adelante para sí hizo nacer dentro de ella una creciente embriaguez de satisfacción y placer como nunca antes había sentido.



Luis R. Carranza Torres nació en la ciudad de Córdoba (Argentina). Se graduó en Derecho en la Universidad Nacional de Córdoba, y como Doctor en Ciencias Jurídicas en la Pontificia Universidad Católica Argentina de Buenos Aires. Ha vivido y ejercido profesionalmente el derecho tanto en Córdoba como en Buenos Aires.

Ha publicado seis novelas, *Yo Luis de Tejada* (1996), *La sombra del caudillo* (2001), *Los laureles del olvido* (2009), *Secretos en Juicio* (2013), *Palabras Silenciadas* (2015) y *El juego de las dudas* (2016)).

Ha participado de varios certámenes literarios que le han valido los premios Concurso de Literatura de Aventuras «Historia de España» en Cádiz (2009) y «Leer y Leer» en el rubro novela de suspenso (2015).